

TU FE TE HA SALVADO

P. Pedro Trigo S.J*

ABSTRACT:

To us Christians, the crucial importance of dealing with faith in Jesus is because he is our access not only to God, but also to our own mystery as well as the others'. But Jesus is not here. Hence, the favored means is the Gospel: by studying it as disciples, it gives us a true access to Him, and the encounters therein described become paradigmatic of ours. Thus, by analyzing several evangelical scenes, we attempt to unravel their mystery. Next, we inquire into the cause for the authorities' refusal to believe, as well as the disciples' deficient faith, the role of the resurrection and the apparitions. We conclude with the current ways to get to Jesus.

KEYWORDS: *personal Encounter, Incarnation, Neediness, Trust Transitivity, Transparency, Personal Openness, Self-relativization, Mercy.*

Agradezco que se me haya invitado a hablar sobre la fe en Jesús. Los cristianos somos compañeros de Jesús, y, por tanto, si nos definimos por él, Jesús, del que vivimos y hacia el que caminamos, es lo más propio que tenemos que dar, el tesoro que se nos ha dado para compartir. Pero es que, además, es un tesoro que no podemos acaparar: lo poseemos en la medida en que lo entregamos. Porque no lo podemos entregar objetualmente, como un saber. Sólo lo entregamos realmente

* **Pedro Trigo, SJ**, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosa publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLaT, Iter, Sic, Anthropos, Nuevo Mundo... Correo electrónico trigodura@gmail.com

cuando lo compartimos en una relación de fe: una relación de sujeto a sujeto¹. Entregamos a Jesús como una llama prende a otra llama. Al prenderla, la llama se incrementa. Por eso, les agradezco de corazón por esa confianza.

Entendemos la fe bíblicamente como la relación que se da de sujeto a sujeto, una relación en la que priva la escucha de la autorrevelación del otro, sobre el juicio acerca del otro en base a los indicios que da de sí. Desde este punto de vista, Jesús es el mayor creyente. Ahora bien, lo es, si partimos de la imagen que nos dejaron de él en los evangelios los testigos que lo recordaron y en los que las diversas Iglesias reconocieron su fe y que, por esa razón, reconocieron que en ese trabajo de recordar y compulsar testimonios estuvieron guiados por el mismo Espíritu de Jesús. En efecto, lo más básico y denso que aparece en ellos de la persona de Jesús es su relación con el Dios de Israel, al que llamaba con toda familiaridad Padre y ante el que se mantenía habitualmente con absoluta confianza y disponibilidad. Era tal la transparencia de esta relación que cuando realizaba los signos del Reino la gente daba gloria a Dios y no a él. Realmente que esa relación fontal no sólo lo caracterizaba sino que lo definía. Esa vida en sus manos y para su designio culminó en su pasión cuando, a gritos y con lágrimas, pidió que pasara ese cáliz, pero insistió, más aún, en que no se hiciera su voluntad sino la de su Padre. Y en la cruz murió remitido a su Padre, poniéndose en sus manos, de manera que él tuviera la última palabra de su vida. Así se consumó como Hijo. Murió, pues, en la fe: la fe en su Padre tuvo la última palabra en su vida y murió sin haberla escuchado. La respuesta de su Padre fue la resurrección.

Esa relación fue tan íntima y totalizadora que a lo largo de su vida se dio un trasvasamiento total, de manera que por Jesús habló y a través de él actuó Dios con absoluta transparencia. Por eso la fe en Jesús no es como la fe que se puede tener en cualquier ser humano, ni siquiera como la que se puede otorgar a una persona fehaciente por su saber, su poder y su entrega sin reticencia al bien de los demás. Quienes se abrieron a la propuesta de Jesús, a sus palabras y acciones, a lo que Jesús irradiaba, al misterio de su persona, dieron su fe a Jesús de un modo ilimitado, se pusieron en sus manos, llegaron a entregarse a él, le ofrecieron sus personas, del mismo modo incondicionado con que un creyente se entrega a Dios. Pero no como si Jesús sustituyera a Dios sino sintiendo que, por el contrario, lo representaba, literalmente, lo hacía presente. Por eso la fe en Jesús se daba, en último lugar, a Dios.

1 Trigo, Relación de fe. En *Cómo relacionarnos humanizadamente*. Centro Gumilla, Caracas 2012,11-27

Sin embargo, no todos ni mucho menos llegaron a este grado de fe. Unos no se abrieron en absoluto: no le prestaron atención profunda porque no quisieron ser afectados por él, en muchos casos porque intuían que tendrían que cambiar aspectos de su vida que no estaban dispuestos a modificar. Otros le cerraron positivamente su corazón porque la imagen que tenían de Dios no cuadraba con la que él hacía presente y no quisieron dejarla, o porque, como no era de la institución eclesiástica y como era del pueblo bajo y tenía a ese pueblo como su compañía habitual, no quisieron reconocerle autoridad, porque cuestionaba su estatus. Otros no llegaron más allá de la curiosidad, o se quedaron en la simpatía o llegaron hasta la admiración, sin querer profundizar más.

Toda fe otorgada a un ser humano es, en definitiva, un misterio ya que llega al terreno de lo sagrado, en el sentido de lo último, de lo definitivo, de lo incondicionado. Por eso, la fe es, en todo caso, una opción, no el resultado necesario de una deducción; puede ser una opción razonable (como dice Pablo de sí: “sé de quién me he fiado, que tiene poder para custodiar mi depósito”: 2Tim 1,12), pero no quita que sea siempre una apuesta y, por tanto, abierta a la comprobación definitiva. Al ser el resultado de una relación personal o el modo de llevar esa relación, requiere un proceso, que puede resultar largo y contrastado, y se mantiene también, en todo caso, como un proceso, abierto siempre a ulteriores comprobaciones.

También la fe en Jesús conoce este mismo proceso contrastado, porque nuestras expectativas de la epifanía de Dios no se corresponden con la humanidad de Jesús, que tiene la figura de uno de tantos. Y, no lo olvidemos, la fe en Jesús es fe en un ser humano, en cuya humanidad se trasparenta la presencia de Dios. Es su humanidad la que la trasparenta.

No, como se lo representa muchas veces, como si fuera una mezcla de Dios y ser humano y lo que nos interesa no es lo que tiene de humano sino lo que tiene de Dios. Así se lo ha representado la cristología fundamental que estaba vigente antes del concilio, que estaba totalmente centrada en lo que Jesús tenía de más que humano y, por tanto, daba por supuesto que no era lo humano lo que trasparentaba al Hijo de Dios. Así también, el símbolo largo nicenoconstantinopolitano, que, al explicar los misterios de la vida de Jesús, pasa por alto precisamente su vida porque no halla en ella el misterio.

Y, sin embargo, para el evangelio la Palabra se hizo precisamente carne. Es lo que dice helenísticamente Pablo o ese discípulo suyo que escribió la carta a los colosenses: “en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente” (2,9). No puede decirse más provocativamente para un helenista, que suspira por dejar este

cuerpo para que el alma inmortal retorne a su patria. Y, sin embargo, el cristianismo afirma que Dios cabe completamente en la humanidad de Jesús, en lenguaje hebreo, en su cuerpo, que es el modo de aludir a su persona.

Así pues, sólo se puede entrar en el misterio de Jesús a través de su vida; eso, tanto para sus contemporáneos, como para los que hemos venido después. Así como muchos intelectuales son proclives a algún tipo de arrianismo, es decir, a considerar a Jesús como uno de los seres humanos que, de un modo u otro, han hecho presente a Dios (como uno de los Cristos, que es lo que dicen muchos hoy, cuando las grandes religiones se han hecho presentes unas a otras), así muchos en el pueblo y en la institución eclesiástica han tendido a algún tipo de apolinarismo, o sea, que se han representado a Jesús como Dios vestido con un cuerpo para podérsenos hacer visible y para poder padecer por nosotros. En el primer caso no se llega al misterio de Jesús porque no se profundiza suficientemente en su historia y en el segundo una falsa concepción del misterio impide tomar en serio su historia. Así pues, para nosotros como para sus contemporáneos que llegaron a creer en él, la única puerta para acceder conscientemente a Jesús de Nazaret es su historia, es decir, son los evangelios.

Claro está, que el primer acceso a Jesús, un acceso absoluto, independiente de la conciencia que se tenga, son los pobres. Atiendo a Jesús, si atiendo a los pobres; no atiendo a Jesús, si no atiendo a los pobres; lo sepa o no lo sepa (Mt 25,40.45). Pero el acceso consciente, es decir, discipular, que es el acceso de fe, se da mediante los evangelios. Es cierto que también puede accederse a Jesús mediante la comunidad cristiana, en las relaciones que se dan entre los condiscípulos (Mt 19,20) o en la Cena del Señor. Pero sólo a través de los evangelios podemos discernir si el contacto es con Jesús de Nazaret o con un cristo, que no es más que proyección nuestra o del grupo al que pertenecemos. Por eso para discernir y cualificar nuestra fe en Jesús necesitamos la relación asidua con los evangelios.

Pero es que, además, ellos son paradigmáticos: las relaciones de fe en Jesús que se entablan en las diversas escenas de los evangelios o la falta de fe en Jesús en la relación con él, ilustran las diversas posibilidades que se nos ofrecen también hoy a nosotros.

Por eso, vamos a referirnos a ellas de un modo sistemático.

1. SUS PAISANOS NO CREEN EN ÉL (MC 6,1-6)²

Marcos cierra la breve crónica de su retorno a Nazaret, después de la salida para ser bautizado por Juan, manifestando que Jesús se extrañó de su falta de fe. Se sintió decepcionado, dolido, incluso, así lo subraya Mateo, escandalizado. Por eso no pudo hacer milagros, sólo curó a algunos débiles³.

Él quería a su gente: había convivido con ellos treinta años dándoles lo mejor de sí y recibiendo agradecido su convivialidad y las ayudas que le habían proporcionado. No se había ido porque el pueblo se le había quedado pequeño y quería ir a un ambiente más estimulante. Entonces ¿por qué había dejado su casa, su familia, su oficio y su pueblo?

Había sentido la llamada de su Padre en la proclamación del bautismo de penitencia por parte de Juan y había confesado los pecados en el río con todo el dolor del mundo porque había metido en su corazón a sus paisanos, a todo Israel y, en él, a todo el mundo. Por eso, como sentía a su Padre en el fondo de su corazón, le dolía tener en él como hermanos a quienes no vivían como deben hacerlo los que son su pueblo y pidió perdón, como hemos dicho, con todo el dolor del mundo. Al salir del río, sintió que el cielo se había abierto: su Padre había aceptado su confesión y había perdonado incondicionalmente a la humanidad. Por eso, Jesús, sintiendo que su Padre nos había aceptado a todos en su corazón, se dedicó a proclamar que ya había llegado el tiempo de la cercanía absoluta de Dios como Padre con entrañas de madre: el reinado de Dios. Y, por eso, pidió a todos que se convirtieran de sus caminos, fueran buenos o malos, a esta buena nueva, a esta nueva insuperable de que el Creador, que nos había entregado la tierra y luego su ley para que viviéramos en ella con sabiduría, había venido a hacernos hijos suyos en Jesús, su Hijo único y eterno.

- 2 Navarro, *Marcos*. EVD, Estella 2006,209-217; Gnilka, *El evangelio según san Marcos I*. Sígueme, Salamanca 1986,262-273; Taylor, *Evangelio según san Marcos*. Cristiandad, Madrid 1979,344-349; Marcus, *Marcos (1-8)*. Sígueme, Salamanca 2010,431-440; Bovon, *El Evangelio según san Lucas I*. Sígueme, Salamanca 1995,305-310; Fitzmyer, *El Evangelio según Lucas II*, Cristiandad, Madrid 1987, 422-449; Pagola, *El camino abierto por Jesús, 2, Marcos*. DDB, Bilbao 2011,80-86; Id, oc, 3, *Lucas*. PPC, Madrid 2012,80-86; Grilli-Langner, *Comentario al Evangelio de Mateo*. EVD, Estella 2011,371-373
- 3 Esto es lo que más le llama la atención a Taylor, que comenta: “Este pasaje es uno de los más atrevidos de todos los evangelios porque refiere lo que Jesús no pudo hacer” (oc,349). Gnilka lo explica convincentemente: “Al afirmar que no puede hacer milagro alguno en su patria chica se pone en juego la relación entre milagro y fe (...) Donde se rechaza por completo el ofrecimiento de salvación que se contiene en el milagro, éste resulta completamente imposible” (oc 270)

Ese misterio de condescendencia que había acontecido en el Jordán, lo fue historizando Jesús en cada encuentro con individuos, grupos o multitudes, encuentros, en su intención, siempre personalizados y personalizadores. Por eso, lo que pedía era, en definitiva, que nos amáramos con el mismo amor que se nos había entregado en Jesús.

Jesús sacramentalizaba lo que decía entregándose él mismo servicialmente a cada clase de personas: a los pobres, para que supieran que Dios estaba con ellos, que era suyo, que les daba su vida y que, por eso, podían levantarse de su postración y ponerse en camino como personas reconocidas; a los pecadores, para que no se siguieran creyendo dejados de la mano de Dios sino que se sintieran acogidos por él en la acogida gratuita que les dispensaba Jesús; a los misericordiosos, para que supieran que Dios los iba a tratar con toda misericordia; a los sufridos, que en esa situación de pecado no podían vivir de su justicia, para que tuvieran esperanza en que habitarían por fin la tierra donde habita la justicia; a los que se tenían por justos y despreciaban a los demás les hacía ver que la justicia que quería el Padre común era que recibieran como hermanos a los que ahora despreciaban; a los que ponían su confianza en el dinero los desengañaba diciéndoles que él no nos puede hacer humanos, que hicieran con él buenas obras, es decir, que ayudaran a los pobres, para que no se quedaran vacíos y su vida no fuera estéril.

Todo esto lo llevaba a cabo con la misma figura que sus paisanos habían visto toda la vida. Era el mismo Jesús, el hijo del carpintero, carpintero él mismo, hermano de sus familiares, que seguían viviendo con ellos. Ése era el que hablaba con autoridad en las sinagogas y hacía signos milagrosos de esta cercanía agraciadora de Dios.

Por eso cuando llegó, lo que ellos vieron fue a su vecino. Es cierto que nunca lo habían oído hablar en la sinagoga y que hablaba realmente con autoridad. Sus palabras ciertamente los sorprendían y admiraban. En este sentido era verdad lo que habían oído de él. Pero no hallaban cómo componer lo que acontecía ante ellos con lo que recordaban de Jesús. Y no se abrieron a lo que entrañaba la novedad percibida. Acabaron ateniéndose a lo que creían saber de él en su convivencia de tantos años, y no dieron fe a lo que estaban viendo. Jesús era el que habían conocido, no éste que regresaba⁴.

4 “Mediante su oficio y su familia Jesús queda identificado de manera inconfundible para sus conciudadanos (...) El enraizamiento de Jesús en la familia del pueblo sirve aquí únicamente para que sus paisanos rechacen a Jesús y no acepten sus enseñanzas. Su escandalizarse significa lo mismo que su incredulidad” (Gnilka, oc,268,269). “Lo aparentemente obvio y comprensible tiene aquí la preponderancia y no permite ninguna pregunta posterior. La *sabiduría* de Jesús y

¿Por qué se negaron a dar crédito a lo que acontecía ante sus ojos? Sus paisanos no le creen porque es uno de ellos y no creen en ellos. Ésta es la triste verdad. Nacieron y viven en un pueblo que no sale en la Biblia hebrea, un pueblo del que sus vecinos piensan y dicen que no puede salir nada bueno. Y, aunque ellos dicen estar orgullosos de ser nazarenos, en realidad piensan, como sus vecinos, que de ellos no puede salir la salvación. Ellos dan para vivir esa vida, no para trasformarla y redimirla. Si a ellos los tiene que salvar alguien más cualificado, ¿cómo uno de Nazaret va a ser el salvador de Israel?

Una relación absolutamente asimétrica con las autoridades y los que tienen alguna relevancia los ha llevado a minusvalorarse, incluso, a despreciarse a sí mismos. Por eso, a pesar de lo que oyen, no están dispuestos a creer en Jesús, que no es más que uno de ellos.

Ahí está, en esa misma lógica tan persistente, el trasfondo de la propensión que se ha mostrado irresistible a lo largo de todos los siglos cristianos, de revestir a Jesús con los atributos de la realeza y de la riqueza. ¡Qué pocos artistas han representado a Jesús con figura de pobre! De ahí, también, la propensión a comprender a Jesús como un Dios disfrazado de ser humano pobre; pero en realidad Dios, y no, ser humano ni menos pobre.

Como no pueden llegar a hacerse idea de la dignidad y, menos aún, de la calidad humana de los pobres, no pueden llegar a representarse a Jesús como un campesino pobre. Por eso, desechando la tradición evangélica y la tradición más auténtica de la Iglesia, se agarran hoy algunos a la palabra *tekne* para asentar que Jesús fue un constructor que tenía obreros a su cargo, que vestía elegantemente, que habría realizado trabajos en la construcción de Séforis y que frecuentaría el teatro.

No creo que tenga sentido refutar esta opinión sino referirse más bien a esa incapacidad de aceptar que Jesús pudo ser un pobre y, más aún, un pobre que no se promovió sino que se cualificó dentro de su ambiente y que transmitió la sabiduría de la vida que pudo atesorar como pobre y la capacidad de comprender la situación desde soportar su peso y la capacidad de transmitir dignidad y levantar de su postración y de ayudar eficazmente desde tanta carencia y humillación,

sus *milagros* bien podrían ofrecer una buena razón para seguir indagando, pero esto no tiene lugar" (Grilli-Langner oc 272). "Marcos muestra que el poderoso Hijo de Dios que calma tormentas, expulsa demonios, supera enfermedades y resucita a los muertos queda finalmente vencido ante la trinchera de la falta de fe en su ciudad natal" (Marcus, oc 440, citando a Marshall). Lo mismo, Pagola, oc,113,115

soportadas y superadas desde dentro⁵, superadas desde la relación con su Padre, pero a su vez una relación que no precisa de ambientes exquisitos para desarrollarse sino que se consume en la mayor plenitud posible, precisamente en esa situación de carencia, de privación injusta y de humillación.

Desde la perspectiva del orden establecido, no sólo asumida sino naturalizada, nada de esto tiene sentido. Naturalmente que desde esta perspectiva se captan y critican los abusos del sistema (aunque no pocas veces, ni eso), pero en el supuesto que sólo desde sus representantes más cualificados cabe salvación, siempre que no sean egoístas sino altruistas. Desde esta perspectiva la idea de un salvador desde abajo carece de plausibilidad. De ahí viene ese maquillaje necesario de la figura de Jesús para hacerla aceptable.

La apreciación, tan corriente, de que, bajo esa apariencia pobre, se encontraba el Hijo de Dios se debe a la incapacidad de fondo de reconocer la mayor grandeza humana posible, una grandeza realmente trascendente, la que caracteriza al Hijo único y eterno de Dios, en un ser humano pobre. Según esa versión de Jesús, su ser pobre no lo caracteriza, es únicamente la apariencia. Es como si se hubiera disfrazado de pobre, como si hubiera venido agachadito al mundo para no deslumbrarnos y para probar lo que había en nuestros corazones y poder así juzgarnos en su segunda venida, ésa sí ya gloriosa, en su apariencia verdadera. Frente a esa apreciación, hay que insistir en que, si bien es verdad que su ser pobre, su pertenencia al pueblo bajo (como dicen los de arriba), no lo definió, sí lo caracterizó. Y en ese sentido sí fue una persona perteneciente al mundo popular. En ese medio procesó y realizó lo que lo definió, que era su ser Hijo único y eterno de Dios y, consiguientemente, su ser Hermano de todos, desde la preferencia de los pobres. Es decir, que su modo de ser Hijo y hermano está concretado, coloreado y caracterizado de esa condición. Así como esa condición de pobre y de gente popular está concretada, personalizada y trascendida desde dentro por las dos coordenadas que lo definieron.

En este sentido hay que reconocer que, si bien era verdad que Jesús era vecino de Nazaret, no era un vecino más, porque nunca se definió por esa condición. Y aquí viene el fondo de la dificultad de creer en Jesús de Nazaret. No pudieron creer

5 En eso insiste Navarro que asienta que Jesús fue desechado por ser un obrero manual que se metió a intelectual sin cualificarse por los estudios: “Según sus compatriotas Jesús es un *teknon* y no un escriba e intelectual, que es como dicen que se va mostrando por ahí: viajero incluso a tierras paganas, sabio en palabras, narrador de parábolas, con dominio de los acertijos, que se levanta de madrugada para orar... Si es un obrero de toda la vida, y ahora de las da de intelectual, es que se trata de un impostor y mentiroso” (oc 212)

en él quienes vivían genéricamente, es decir, como vecinos⁶. No pudieron creer en él quienes se resignaron a esa condición de manera que ella los definiera y no que fuera el cauce para construir mediante sus acciones su humanidad cualitativa.

¿Y por qué la excelencia humana de Jesús de Nazaret, que en rigor era, como hemos asentado, infinita, no se traslucía con tanta imponentia que de hecho se impusiera?⁷ No se imponía porque era excelencia propiamente humana, pura calidad humana y no cualidades excepcionales; es decir, que Jesús no fue el más fuerte ni el más atrevido ni el más agudo ni el más erudito ni el más poderoso ni el más intachable y fanático en el cumplimiento de la ley (como decía de sí Pablo). Si hubiera sobresalido por alguna cualidad, sin duda, se habría hecho notar. Pero lo que tenía era la mayor calidad humana posible. ¿Y por qué ésta no se hace notar a cualquier observador? Porque no cabe de ella un conocimiento objetual. El único conocimiento posible de la humanidad cualitativa es desde dentro: participando en alguna medida de ella, abriéndose a ella. Es decir, mediante una relación de fe.

Volvamos al caso concreto de la vida de Jesús en Nazaret. Sus paisanos no se fijaron en él porque él tampoco estaba pendiente de sí mismo. Él vivía transitivamente: desde su Padre y hacia la realidad. Por eso, lo que decía o hacía era tan adecuado que parecía surgir de la misma realidad, en vez de salir de él. Los implicados se fijaban en lo que se traía entre manos, no en Jesús. Él dirigía la atención de todos hacia la acción que se llevaba a cabo, hacia el que demandaba alguna atención o simplemente hacia la convivialidad y, por supuesto, hacia su Padre. Pero en este caso, no como la persona tenida como religiosa que está constantemente tematizando a Dios o a su ley, sino como la alusión que cuadra en cada ocasión.

Lo típico de Jesús fue la transitividad (desde Dios y hacia los demás), no el afincarse en sí mismo hasta tratar de nacer de sí mismo y poner a los demás para sí. Su transparencia, como la dirección vital que lo unificaba, era lo que provocaba su invisibilidad.

6 “Sus paisanos han criticado sus pretensiones sobre la base de lo conocido y de las lógicas expectativas sociorreligiosas. Pero un profeta en la tradición judía es justamente aquel que no responde a ellas. La vocación y misión profética no se heredan ni se transmiten por la vía de la familia la raza... y casi ni por la enseñanza” (Navarro oc,215)

7 “La pregunta sobre el origen de sus palabras y sus gestos indica que para los paisanos nada precedía este futuro. Bien porque Jesús había sido un hombre normal, bien porque no han sabido leer los signos que iba emitiendo”. “Quién se ha creído que es, como si no lo conociéramos de siempre” (Navarro, oc 212,213)

Ahora bien, si decimos que ésa no era una peculiaridad de Jesús, en el sentido de una particularidad suya sino precisamente lo que lo constituye en persona, hay que reconocer que cuesta mucho dar fe a una persona así, tan opuesta a la dirección dominante durante toda la historia del occidente, que ha promovido, por el contrario, a las grandes personalidades, que no se caracterizan precisamente por su transitividad y, por tanto, por su transparencia, sino por lo contrario: por estar llenas de sí y por salir de sí mismas para poner a lo demás para sí, aunque sea, en el mejor de los casos, con servicios relevantes.

Como se ve, la falta de fe de sus vecinos no es un dato anecdótico sino que revela dos raíces bien profundas de la dificultad de tener fe en Jesús: la primera es la dificultad de tener fe en un pobre y la dificultad particular de que los pobres crean en un pobre⁸; la segunda, la dificultad de ver lo cualitativamente humano, ya que sólo se lo puede captar desde dentro, desde la participación en ello o, por lo menos, desde el estar encaminado hacia ello. Esta dificultad se acrecienta porque desde el orden establecido se promueven las cualidades humanas por las que uno sobresale de los demás, pero no la calidad humana; se promociona el cultivo de la personalidad, no la constitución como persona por la salida servicial y gratuita de sí, en la que culmina la relación de fe.

2. LOS DISCÍPULOS SE DEJAN LLEVAR POR EL MIEDO PORQUE LES FALTA FE (MC 4,40)⁹

Jesús había estado todo el día en el lago hablando desde una barca a miles de personas que escuchaban en la orilla. Había quedado tan agotado del esfuerzo de hablarles a esa distancia que, al acabar, no se acercó a la orilla, como acostumbraba, para atender a cada uno, sino que les pidió que remaran hacia la otra orilla¹⁰. Le

8 Por eso decía proféticamente la misa salvadoreña de tiempos de Romero: “*Cuando el pobre crea en el pobre/ ya podremos cantar libertad/ Cuando el pobre crea en el pobre/ construiremos la fraternidad*”

9 Navarro, oc, 166-173; Taylor, oc, 311-318; Gnilka, oc, I, 224-231; Bovon, oc, 592-602; Grilli-Langner, oc, 221-224; Léon-Dufour, *Estudios de Evangelio*, Cristiandad, Madrid 1982, 147-175; Alegre, *Memoria subversiva y esperanzada para los pueblos crucificados*. Trotta, Madrid 2003, 279-308; Pagola, oc, 95-102

10 Navarro, oc 167 y Taylor oc 314. En cambio Gnilka sostiene que “su sueño no es consecuencia de la actividad agotadora de la predicación ni está motivado por la nocturnidad que comienza, sino que es expresión de su soberanía y seguridad. En contraposición total con esta situación de Jesús aparece la excitación que padecen los discípulos que en su apuro despiertan a Jesús” (oc 227). Esa interpretación de su soberanía ¿no entraña un cierto docetismo larvado? Además

pusieron un cojín en la popa, se recostó en él y se quedó profundamente dormido. Estaba tan traspuesto que no se enteró de que, con el ímpetu del viento, el agua se estaba entrando en la barca y que los discípulos no se daban abasto para achicarla y la barca se estaba llenando de agua y estaban a punto de naufragar.

Los discípulos, poseídos por el pánico por el temor a naufragar en la tempestad, despiertan a Jesús, no para que no se ahogue sino para que los salve. Le dicen: “Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?”.

Analicemos esta plegaria que tiene la forma de un reclamo. El modo de encararse con Jesús que, no lo olvidemos, estaba profundamente dormido de puro agotamiento, presupone que los discípulos han interpretado el sueño de Jesús como falta de solidaridad con ellos. Como si Jesús no estuviera también a punto de perecer, como si el peligro fuera sólo para ellos y a Jesús, abstraído en sí, no le importara la suerte de sus discípulos¹¹. ¿Lo veían tan señor de sí y tan entrañado en Dios, que lo creían a salvo de cualquier eventualidad? ¿O es que estaban tan absorbidos por el peligro inminente de sus vidas que sólo pueden atender a ellas? En todo caso sí piensan que Jesús, si prestara atención a la situación, sí podría remediarla.

Jesús se despierta y, después de serenar la tempestad¹², se encara con ellos

me parece que no hace justicia a la narratividad del texto. Es cierto que Jesús confiaba completamente en su Padre (el sentimiento no es, pues, seguridad sino confianza) y ése es su horizonte de vida, pero no la causa próxima de que se quede dormido; para ello es causa suficiente el agotamiento.

- 11 Para Taylor la exclamación indica “indignación y temor”. “Los discípulos se ven ante las puertas de la muerte y lamentan que Jesús siga dormido sin preocuparse de su situación” (oc 316). Para Navarro “se quejan de lo que ellos interpretan como indiferencia de Jesús”. “Se trata de una demanda de atención, una demanda afectiva, más amplia que la petición de ayuda instrumental”. Y ante la incongruencia de su falta de fe, comenta: “Los discípulos han visto el poder de Jesús sobre los demonios, es decir sobre el mal que se impone y vuelve impotentes a sus víctimas. Han visto su poder para curar. Esperan, en una determinada lógica, que Jesús haga algo. Pero lo increpan en cuento maestro, irónicamente, sin que ellos se acrediten como discípulos” (168).
- 12 Léon Dufour piensa que a nivel de la historia sería más plausible pensar que Jesús no serenó los elementos sino que hubo la coincidencia de que el viento se calmara precisamente en ese momento (*Estudios de Evangelio*, oc 146.165). Creo que esa lógica lleva a reducir los evangelios a relatos ejemplares. Pero entonces ¿qué tienen de ejemplar? Si se basan en una ilusión, sus enseñanzas morales carecen de fundamento. Creo que en este caso el meollo del problema está en considerar los milagros como trasgresiones de las leyes de la naturaleza y no como el influjo en ella desde la comunión con ella al colocarse en el nivel de realidad de su condición creatural. Desde esa perspectiva la palabra de Jesús es la misma Palabra creadora que hizo del caos cosmos. En este sentido iría Navarro: “El presente episodio desmitifica la divinidad de la naturaleza aunque mantiene su sobrecogedora potencia de criatura bajo el poder de Dios que deja al descubierto la vulnerabilidad humana”. “La palabra autorizada de Jesús parece dirigida,

diciéndoles: “¿Por qué son tan cobardes? ¿Es que no tienen fe?”¹³

Como se ve, para Jesús la fe es lo opuesto del miedo, es decir, de dejarse llevar por el miedo¹⁴. En efecto, si yo tengo un hermano riquísimo que me ofrece todo lo suyo como respaldo para mi vida, si tengo fe en él y acepto su ofrecimiento, ¿puedo tener miedo a quedarme arruinado? Así pues, si creo en alguien que es apoyo firme porque quiere y puede ayudarme, vivo confiado y no me asustan las eventualidades. Pues bien, si creo en Jesús y, a través de él, en Dios como el Padre materno que es la vida de mi vida, estando con él, nada me puede pasar que sea un mal irremediable. Para Jesús, como se ve en el pasaje que comentamos, ni siquiera la muerte lo es, porque aquél en quien me apoyo es el creador de la vida y el resucitador de los muertos. Como un signo de que es así, Jesús se encara con el viento, lo manda callar y sobreviene la calma¹⁵. Los discípulos, en el colmo de su estupor¹⁶, comentan: “¿Quién es éste que hasta el viento y el mar obedecen?”.

Hay que tener en cuenta que serenar la tempestad es el signo de que, estando con Jesús, no nos puede suceder ningún mal irremediable¹⁷. Por eso, este signo no

en efecto, a su trasfondo de potencia sobrehumana, pero bajo el poder divino” (oc 171.172).

- 13 “El tono del reproche es duro. A lo largo del evangelio Jesús dirigirá a sus discípulos una serie de reproches, iniciada con el de 4,40, por su falta de fe o de comprensión; cf. 7,18;8,17s.21.32s;9,19;16,(14). *Oupo*, 8,17-21;11,2;13,7” (Taylor oc 317). “El reproche que se les dirige es duro. Les acusa de cobardía y de incredulidad” (Gnilka oc,228)
- 14 Aleixandre, *Paisajes para la fe*. En *Fijos los ojos en Jesús*. PPC, Madrid 2012,120-122. Gnilka anota que “en Ap 21,8 los cobardes aparecen junto a los incrédulos (cf 2Tim 1,7;Jn 14,1)” (oc 229). “El miedo les impide confiar en Jesús. Sólo ven el peligro. Dudan de Jesús. Le reprochan su indiferencia ¿por qué se desentiende? ¿ya no se preocupa de sus seguidores? (...) Donde comienza el miedo termina la fe” (Pagola, oc, *Marcos* 96; cf 97-99)
- 15 “El presente episodio desmitifica la divinidad de la naturaleza aunque mantiene su sobrecogedora potencia de criatura bajo el poder de Dios que deja al descubierto la vulnerabilidad humana” (Navarro oc 171; cf 172). “En este pasaje Matero no muestra a Jesús como un exorcista sino como el Señor de los elementos naturales, como el *Kyrios* (Señor) en el que se hace presente la acción de Dios y en quien las personas pueden confiar totalmente” (Grilli-Langner oc, 223)
- 16 “La frase indica que los discípulos sintieron temor reverencial y que experimentaron el sentido de misterio”. (Taylor oc,317). “La reacción que encaja con la epifanía de Dios, es un temor grande” (Gnilka oc 229). Para Navarro, al liberarlos de la tempestad, libera su miedo primordial de esa máscara específica, para procesarlo, una vez identificado. Pero eso requeriría la fe en Jesús, que no tienen; por eso el miedo es indicador de que Jesús se les va de las manos: “En *el mundo del relato* los discípulos son objeto por primera vez de la actitud (paradójicamente) liberadora de Jesús. Ahora tienen experiencia personal de salvación. Parecería que sobre esta base aumentaría su conocimiento de él. Por el contrario, comienzan a darse cuenta de que no lo conocen, no lo entienden... no pueden controlarlo como se hace con lo familiar y cotidiano, con lo conocido y cercano” (oc 170)
- 17 “La postura equivocada consistió en que sólo pensaron en sí mismos y no estuvieron dispuestos

quiere decir, de ningún modo, que no nos va a suceder nada malo. Quiere decir que, de cualquier mal que nos sobrevenga, Dios sacará un bien mayor.

Sin embargo, los discípulos entendieron, que, como los había salvado de la tempestad, los salvaría de cualquier peligro. Por eso, al caer Jesús en manos de sus enemigos y morir sin signos, se quedaron completamente desorientados y su fe entró en una crisis total. Porque, si por una parte no podían dudar de que a través de Jesús había pasado Dios, por otra no podían entender que Dios lo hubiera abandonado en la hora de la verdad. Al entender la fe como seguridad objetiva y no como confianza en Jesús y, en definitiva, en Dios, no pudieron comprender que en la cruz el Espíritu del Padre lo estaba sosteniendo y que Jesús estaba culminando su entrega incondicional al Padre y que su Padre estaba sufriendo con él y esperándolo al otro lado de la muerte para resucitarlo.

Para quien tiene fe, la confianza triunfa de la inseguridad, sin que ésta desaparezca. Por eso la fe da paz, una paz que, como dice Jesús, el mundo no puede dar ni tampoco tiene poder para quitar.

Ahora bien, volviendo a la plegaria de los discípulos, nos preguntamos: esa oración angustiada a Jesús ¿es signo de su fe en él o de que no tenían fe? La respuesta es que la invocación a Jesús es señal de que ni carecían de fe ni tenían fe en Jesús. Si no hubieran tenido fe en él, como pensaban que no podía remediar la situación, no lo habrían despertado. Tampoco lo habrían despertado, si hubieran tenido fe en él, ya que habrían confiado en que, estando con Jesús, no les iba a pasar nada irremediable. Lo despiertan porque tienen poca-fe. Lo ponemos con guiones porque la poca-fe, en griego, *oligopistós*, como se ve, es una sola palabra porque no es un término medio entre la fe y la no fe en una gradación cuantitativa. En el ejemplo resulta palpable que la “pocafe” es otra cosa distinta que la fe y la carencia de fe. Ya volveremos sobre el tema¹⁸.

a corree el peligro juntamente con Jesús. La situación se repetirá cuando huyan ante la cruz” (Gnilka oc 228-229). “A los discípulos les falta confianza, no tienen valor para correr riesgos junto a Jesús” (Pagola, oc *Marcos* 96)

18 Este tema de la poca fe es propio de la teología de Mateo. Léon Dufour lo desarrolla convincentemente en *Estudios de Evangelio*, oc 162-163

3. LA FE COMO PROCESO: DE LA FE DE LOS AMIGOS, AL PERDÓN COMO SUPERACION DE LA RESIGNACIÓN A LA ENFERMEDAD Y DESEO DE SER CURADO (MC 2,1-12)¹⁹

La curación del paralítico revela la relación entre amistad y fe y entre pecado y falta de fe por resignación a lo que se toma como castigo. Se puede tener fe en Jesús porque es misericordia incondicional.

En la escena que comentamos Jesús estaba enseñando en una casa y había tanta gente que llegaban hasta el zaguán e, incluso, hasta la calle. En esto se presentan cuatro hombres llevando a un paralítico en una camilla. Como no les abrieron paso para llegar hasta Jesús, lo subieron a la azotea y quitaron lo que recubría la parte del centro hasta descolgar con sogas por el boquete al paralítico, que quedó frente a Jesús²⁰. “Viendo Jesús la fe de ellos²¹, le dijo al paralítico: ‘hijo, se te perdonan los pecados’”²².

Lo primero que queremos resaltar es que Jesús, en vez de distraerse con el hueco que se iba formando en el techo, con la nube de polvo que caería, con el alboroto que iba en aumento, y, sobre todo, en vez de molestarse porque le interrumpieran su plática, a él, que tenía palabras de vida eterna, en lo único en que

19 Navarro, oc, 92-98; Bovon, oc, 345-358; Taylor, oc, 211-220; Fitzmyer, oc 509-525; Bonnard, *Evangelio según san Mateo*. Cristiandad, Madrid 1976,194-200; Gnilka, oc, 111-120; Pagola, oc *Marcos*, 58-64

20 “La ausencia de la petición de curación es suplida por el transporte extraordinario del enfermo a través del techo de la casa en la que se encuentra Jesús. Esto sustituye con creces la petición. Jesús dirige la palabra al enfermo y señala (con reconocimiento) la fe la gente” (Gnilka oc 112)

21 “El suceso relatado en el v.18 es provocado por un grupo distinto del de los fariseos. Los hechos y los gestos de este grupo se interpretan, en el v. 20^a, por la palabra, densa de sentido, *pistis*, ‘fe’. Este grupo representa el movimiento, la vida, la confianza y la fe. Esta fe no se nos describe teóricamente, sino que se nos narra, por tanto es al mismo tiempo compromiso, acción, eficacia, comunidad y llamada. Por extraño que sea, ninguno de los evangelistas nos dice que esta fe sea la del propio paralítico” (Bovon oc, vol.I, 352). “Esta barrera ofrece también a los suplicantes la oportunidad de desplegar una iniciativa extraordinaria, que en nuestro pasaje se llama ‘fe’, una iniciativa cuya finalidad es superar el obstáculo (cf. 5,34;10,52;Mt 15,28). Según esto, como ha puesto de relieve G. Teissen, la fe está vinculada a la ‘superación de fronteras’” (Marcus oc (Mc 1-8) 243)

22 “Dios no nos salva sin nosotros. Si Jesús pronuncia aquí la sentencia del perdón, es porque aquellos hombres, por su fe han respondido ya a Dios” (Id 353-354)

se fijó fue en la fe de esos cuatro amigos²³. No, en la fe del paralítico, que no la tenía, sino en la de los amigos²⁴. ¡Qué capacidad de fijarse en lo esencial y decisivo!

Verdaderamente que tener amigos así es el mayor tesoro. Amigos así son sacramentos de la gracia de Dios. Y en este caso son específicamente sacramentos de la gracia de Dios a través de su Hijo Jesús, ya que no sólo tuvieron misericordia con su amigo sino una fe inquebrantable en Jesús²⁵. La fe en él fue la que les hizo concebir esperanza. Pero también hay resaltar que sin el amor a toda prueba por su amigo, no se habría suscitado en ellos esa fe en Jesús.

La clave de la escena es la interacción entre amistad y fe: la amistad hizo que sus amigos no se resignaran a que la enfermedad postrara a su amigo; él se había resignado, pero los amigos llegaban una y otra vez hasta él para levantarle el ánimo. La amistad incluía, pues, una fe en él que él no tenía.

Al aparecer Jesús, esa fe en la humanidad de su amigo se repotenció, porque les pareció que Jesús podía hacer real lo que sin él parecía imposible. En Jesús se hacía presente el Dios amigo de la vida, el Dios que se empeña en salvar lo que se había perdido. Por eso no pararon hasta poner a su amigo con Jesús²⁶. Ellos tenían una fe inquebrantable en que él iba a hacer el resto y que su amigo lo iba a consentir porque el contacto con Jesús lo iba a reanimar²⁷.

23 Para Taylor esta fe “denota plena confianza en Jesús y en su poder salvador” (oc 216). Igual Gnilka: “Aquí se percibe al menos uno de los componentes importantes de la exigencia de la fe. La autoentrega llena de confianza e incondicional al poder de Jesús” (oc 116). Y para Fitzmyer la fe “habría querido decir la convicción profunda de que Jesús era capaz de hacer algo por el pobre desvalido, una especie de confianza en el poder que manifestaba Jesús” (oc 519)

24 Quiero hacer notar que tanto Bonnard, como Gnilka y Taylor, creen que también el paralítico tenía fe.

25 Aleixandre, *Paisajes para la fe*. En *Fijos los ojos en Jesús*. PPC, Madrid 2012, 111-113

26 “Los hombres ofrecen al enfermo la posibilidad de llegar hasta Jesús” (Gnilka oc 115). “Jesús ve la fe de estos hombres en el esfuerzo que hacen para llegar a él con su preciada carga (...) la fe es un paso: estos hombres hacen un esfuerzo concreto; cierto que este esfuerzo sólo tiene sentido porque Jesús lo ha hecho posible y urgente con su presencia. Sin embargo, aquí, como en otros lugares, la fe no es aceptación estricta; implica un movimiento de los hombres hacia aquél que se ha acercado antes a ellos” (Bonnard oc 196). Marcus se refiere a que “la fe de los amigos suscite (ponga en marcha) la curación del paralítico y el que ellos le lleven físicamente a la presencia de Jesús” (oc 244)

27 “La manera de contar la escena indica que son los camilleros quienes lo hacen todo. Eso es lo que ve Jesús y lo que le impulsa a hablar y actuar. Sacamos la conclusión de que el centro de la acción no es la curación del paralítico, sino la fuerza de la fe. La palabra para referirse a ella, *pistis*, indica una confianza plena, y el término *hijo* utilizado por Jesús para dirigirse a enfermo lo confirma” (Navarro, oc 94)

Y, para sorpresa de todos y para asombro en primer lugar del propio paralítico, Jesús no lo cura sino que lo trata cariñosamente de hijo para darle confianza y ánimo y le perdona sus pecados. De buenas a primeras el paralítico sentiría: todos saben que me quedé paralítico y ahora se están enterando de que soy pecador. ¡Qué bochorno!²⁸. Pero enseguida se sobrepuso de esa vergüenza y sintió, con inmenso agradecimiento, que Jesús había dado en el clavo: él entendía su enfermedad como el castigo merecido de sus culpas y la vivía como una condena, por eso, al perdonarlo de parte de Dios, sintió que Jesús había soltado el nudo que lo ataba postrado a la camilla, y, al aceptar con fe agradecida el perdón otorgado tan graciosamente²⁹, sintió deseos de verse libre de su enfermedad porque ya había sido absuelto de su condena³⁰. Por eso, cuando Jesús le ordenó que tomara su camilla y se fuera a su casa, se levantó resueltamente y echó a andar con ella. Por supuesto que ahora todos le abrirían paso.

La fe de los amigos en Jesús y su amor por su amigo llegó hasta ponerlo con Jesús. Jesús suscitó su fe al darle confianza y él aceptó con fe el perdón y con él la orden de que se pusiera en pie.

Así pues, la fe para el ser humano comienza por la fe de otros en él, muchísimas veces, la de sus progenitores, en este caso la de los amigos. Sin amor no hay fe; pero la fe es la flor del amor. Y en este caso, la fe de los amigos se repotencia por la fe que ellos tienen en Jesús y la fe que tienen en que él suscitará la fe de su amigo, que ellos eran incapaces de suscitar. Para los amigos Jesús era el amigo por antonomasia: el perdón y la salud eran fruto de su simpatía y su misericordia. Su poder no era otro que el poder de su humanidad. Por eso, la fe en Jesús hace que triunfe siempre la humanidad.

Volvemos a repetir lo que dijimos a propósito de la tempestad calmada: no es que Jesús cancele la condición humana. De ningún modo. Lo que sucede es que él es el prototipo de humanidad, el molde en el que todos somos creados, y

28 “Jesús le habla de perdón y de pecados cuando nada en la escena lo prepara. Parece, más bien, una falta de cortesía pues pone todavía más en evidencia al hombre” (Id).

29 La postración del paralítico “remite a su propia responsabilidad”. “Buena Noticia es saber que los pecados están perdonados incluso en el caso de que no se pida perdón por ellos. Jesús, así, estaría anunciando un nuevo rostro de Dios” (Navarro oc 95). Taylor subraya que aunque “Jesús no creía en modo alguno que el pecado fuese la única causa de la aflicción y de la calamidad (Cf. Jn 9,2; Lc 13,1-5), pero se daba perfecta cuenta de que lo mental, lo espiritual y lo físico están íntimamente unidos” (oc 216)

30 “Jesús socorre a este enfermo en su postración más profunda y le comunica el perdón de Dios. Así supera, sin duda, la misma expectativa de la fe. Anteponiendo la palabra de perdón al gesto de curación, concede la primacía a lo que es esencial” (Bonnard oc 197)

también aquél en vistas al cual hemos sido creados, el Alfa y la Omega. Por eso sólo él conoce hasta dónde llegan nuestras potencialidades y sólo él, su simpatía y su misericordia, es capaz de suscitarlas hasta el límite; y sólo él es capaz de anticipar lo que el Padre nos tiene reservado, cuando después de morir, después de que sea vencido el último enemigo que es la muerte, seamos recreados como cuerpos espirituales y Dios sea todo en todos.

4. LA FE COMO RELACIÓN MUTUA: LA MUJER TOCA EL MANTO DE JESÚS Y JESÚS LA PRESENTA EN SOCIEDAD COMO BENDECIDA POR DIOS (MC 5,25-34)³¹

El episodio que comentamos está contado como un milagro dentro de otro. Jairo ha pedido a Jesús que vaya a su casa porque su hija se está muriendo y, mientras van de camino, sucede la escena. Una mujer padecía flujos de sangre. Esa enfermedad la hacía impura con lo que se veía impedida de participar con sus vecinos en esos momentos tan significativos del culto³² y, por ese motivo, como dejada de la mano de Dios. La enfermedad lleva a retraerse, impide casarse y, por si fuera poco, la mujer, que había buscado afanosamente curarse, había gastado todo lo que tenía en médicos que le habían hecho sufrir mucho y la habían dejado peor. La pobre mujer se encontraba como muerta en vida³³: doliente, triste y sola. Estando así, oyó hablar de Jesús y concibió esperanza. Después de doce años de perder paulatinamente la esperanza en su curación y, por eso, la alegría de vivir y el tono vital y hasta la autoestima, además de la compañía de los demás, oír de Jesús y concebir esperanza fue un cambio de horizonte y de dirección vital, sumamente apreciables para ella. Como estaba tan retraída, para ella sí fue verdad, como para los que hemos venido después de que se fue Jesús, que la fe entra por el oído, como dice Pablo. Ella dio fe a lo que iba oyendo. La esperanza creció al verlo repetidas veces. Por fin sintió que Dios lo había enviado para que la curara, y ese convencimiento la llenó de esperanza. Cuando se decidió a entrar en contacto con él, surgió la dificultad de cómo abordarlo porque siempre lo veía pasar rápido y rodeado de mucha gente, y, en esas condiciones, ¿cómo contarle su problema?

31 Bonnard, oc, 248-249; Navarro, oc, 186-196; Gnilka, oc, 247-251; Taylor, oc, 332-338; Calduch-Benages, *El perfume del Evangelio*. EVD, Estella, 2008, 15-33; Estévez, *El poder de una mujer creyente*. EVD, Estella 2003; Pagola oc 103-110

32 Sobre la legislación acerca de la pureza respecto de las mujeres israelitas, ver Calduch oc, 26-27

33 Esa expresión utiliza también Calduch para sintetizar el estado de la mujer; oc, 28-29

Estando en este impasse, vio a Jesús pasar con Jairo y muchísima gente. Sin pensarlo más, se abrió paso entre la gente diciéndose que, aunque tocara sólo la orla del manto, se sanaría. En efecto, cuando lo tocó sintió que la fuente de la hemorragia se había secado³⁴. Cerró los ojos y, de tanta alegría, sintió que estaba en el cielo. Pero enseguida la sacó de su éxtasis la voz de Jesús que se había parado y preguntaba quién lo había tocado³⁵. Pedro, extrañadísimo, le respondió que cómo preguntaba eso cuando todos iban tan apretados. Pero él siguió preguntando hasta que la mujer no tuvo más remedio que postrarse a sus pies, llena de temor y temblor, y contarle todo³⁶.

La primera pregunta que surge es si lo que ha hecho la mujer es una relación de fe o un acto de magia: tocar a un ser prodigioso para arrancarle su energía. Esta última interpretación parece avalada por el texto que dice que Jesús pregunta “consciente de que una fuerza había salido de él”. ¿El evangelista presenta a Jesús como un ser fabuloso cargado de fuerzas energizantes, de un dinamismo vitalizador, con el que contagia a los que toca o a los que, conscientes de sus facultades, lo tocan? Puede parecer pintoresco, pero es el modo de expresar que Jesús es el hombre del Espíritu, no sólo en el sentido de que obedece al Espíritu de Dios por el que fue concebido, sino en el de que posee al Espíritu de Dios como suyo y de él brota esa fuerza de Dios. Pero esa fuerza que es Dios no es, por eso, un poder de este mundo. Es un poder personal entregado en una relación personal³⁷.

-
- 34 “Su deseo canalizado a través del tacto la ha curado y es su propio cuerpo el que le comunica la curación. Su cuerpo, fuente de autoconocimiento y de certeza, le dice la verdad. No se ha visto ni oído nada, pero en el interior de la mujer ha tenido lugar un gran cambio, un cambio hacia la vida, que estalla en gratitud hacia Jesús. Jesús le ha trasmitido su energía vital y sanadora” (Calduch oc, 31)
- 35 Calduch, analizando cómo reacciona el cuerpo de Jesús (oc 31-33), expresa que “la reacción de Jesús es también una reacción corporal: el cuerpo de Jesús entra en diálogo con el de la mujer. Ésta no recita un monólogo, sino que se comunica con Jesús a través de su cuerpo enfermo e impuro. En efecto, el mensaje de la mujer no se pierde, sino que llega a su destinatario: Jesús advierte que alguien le ha tocado. Alguien ha puesto en movimiento las energías de su cuerpo”. “Entre el cuerpo de Jesús y el cuerpo de la hemorroísa se ha producido, por tanto, un encuentro personal, un encuentro de auténtica liberación”
- 36 Para Navarro, a diferencia de los discípulos y de los gerasenos, “el miedo desenmascarado la devuelve a sí misma y a su responsabilidad personal” (oc, 193). Gnilka lo interpreta como reacción ante la trascendencia: “Aquí nos encontramos con una fórmula de revelación. Temor y temblor son la reacción humana a la epifanía divina” (oc, 251). Calduch coincide con esa apreciación: “La mujer, inclinando su cuerpo ante Jesús, le reconoce como el Señor de la vida, como el Dios que ha establecido una nueva alianza con ella” (oc,31).
- 37 Calduch propone leer la escena como “un diálogo entre el cuerpo enfermo y la energía del amor que cura” (oc 17)

Así pues, la mujer lo toca, no como quien toca un amuleto, sino como el grado mínimo de contacto personal, ya que no puede acceder a él de otro modo porque siempre va pasando y acompañado de mucha gente y ella no se atreve a airear su mal en público³⁸. El contacto, lleno de fe, logra la curación³⁹.

Hay que recalcar que el comienzo es el abrirse a lo que oye de Jesús y luego la iniciativa de tocarlo como el grado mínimo de relación personal. Esto indica que es una mujer resuelta, que mueve cielo y tierra para encontrar su curación, que, a pesar de su condición de impura, conserva la iniciativa personal y, más todavía la apertura a posibilidades inéditas. Esto último es decisivo, porque, si no, no se habría abierto a la presencia de Jesús. Claro que es Jesús el que abre el horizonte que parecía cerrado definitivamente; pero también en este caso es ella la que elabora lo que va oyendo de él; la que, como María, su madre, le da vueltas en su corazón hasta llegar a creer en él y decidirse a entablar ese contacto salvador. Por eso Jesús le dirá que es su fe la que le ha salvado.

La segunda pregunta es, si ya la mujer está curada ¿por qué le hace pasar Jesús esa pena tan enorme de tener que contar delante de todos lo que había tenido oculto durante tantos años? ¿No parece cruel con la mujer sacarle los colores y precisamente en el instante en que ella está saboreando la alegría, venida del cielo, de la curación?

Así parece de buenas a primeras; pero, si seguimos haciéndonos cargo de la situación de la mujer, tendremos que convenir que, si Jesús no hubiera provocado esa confesión, cuando ella empiece a ir a la sinagoga, cuando empiece a salir de su enclaustramiento y mezclarse con todos y ellos la pregunten por qué ese cambio, qué la había pasado, ella ¿va a echar el cuento a cada uno? Y además ¿la van a creer? ¿No quedaría la sospecha de si aún subsiste el mal? Jesús, consciente de esa dificultad, lo que hizo al provocar la confesión, es que la gente se entere de un mal ya pasado, superado por la fuerza de Dios. Jesús, siempre tan atento a lo

38 Así Gnllka: "Nos está permitido suponer que su intención de tocarlo sin que nadie se diera cuenta de ello estaría relacionada con su timidez para hablar públicamente de su enfermedad" (oc,250). Callduch, en cambio, insiste que el problema no es la vergüenza de airear su mal sino la ley de pureza; pero que, contraviniéndola, le toca porque su deseo de curarse es mayor que el temor a trasgredir la norma sagrada (oc. 28-30). Navarro rebate convincentemente esa idea (oc 188-189,191,196).

39 "La mujer actúa en la confianza de experimentar la salvación a través de Jesús" (Gnllka oc,250). "No es el tacto en sí sino lo que el tacto expresa de su actitud personal. El relato permite percibir la diferencia entre confianza y manipulación mágica" (Navarro oc, 189; la autora dedica un largo y convincente apartado sobre la epistemología corporal, tanto de la mujer como de Jesús, en esta escena: 191-193)

concreto. Como en el caso del leproso a quien le dice que vaya a obtener la cédula del sacerdote, no vaya a ser que, movido por el entusiasmo, regrese a su familia y al entrar al pueblo lo apedreen, temiendo el contagio. Por eso mismo dice a Jairo y a su esposa que den de comer a su hija, porque, emocionados por su retorno a la vida, pueden empezar a hacerla cariño y recibir a los parientes que vengan a visitarla, sin darse cuenta de que, habiendo pasado enferma varios días sin comer, puede desfallecer de hambre.

Pero Jesús hizo mucho más: quiso que la mujer apareciera no sólo como sanada por él sino como coautora de su transformación personal. Por eso la despidió diciendo: “tu fe te ha salvado: vete en paz”. Para la mujer, toda llena de agradecimiento a Dios y a Jesús, oír que era su fe la que la había salvado; que no era sólo destinataria de esa bendición de Dios sino también coautora, era tan excesivo, que le daba más alegría que la propia curación⁴⁰. Y era cierto: Jesús había estimulado esa fe; pero era ella la que había respondido personalmente a la incitación a la fe esperanzada que provenía de la persona de Jesús⁴¹. La fe como un encuentro progresivo, como un proceso personalizador, que inicia Jesús y que, si es secundado por la persona, lleva a una transformación total. Ésa es la enseñanza de la escena.

Lo que hizo Jesús fue presentarla en sociedad como bendecida por Dios y como una mujer que se ha abierto personalmente para que esa bendición fecunde su vida. Por eso, cuando Jesús siguió con Jairo hacia su casa, todos la felicitarían y propagarían la noticia. Ya ella no sólo estaba curada sino reintegrada a la sociedad con honra y parabienes de todos.

40 “¿De qué fe estaba hablando? Ella se sabía indigna y vacía, portadora únicamente de una pobreza reconocida y asumida, pero él le hablaba de una fuerza que la habitaba, a la que atribuía su sanación. La que se sabía abandonada por todos y caminando hacia la muerte recibía el nombre de ‘hija’, como anuncio de un nuevo nacimiento que hacía de ella una mujer que comenzaba ahora vivir” (Aleixandre, *Paisajes para la fe*. En *Fijos los ojos en Jesús*. PPC, Madrid 2012, 118). Navarro enfatiza también en la trascendencia del apelativo hija referida a la nueva familia de las hijas e hijos de Dios que instauraba Jesús (oc 194-195)

41 “El saludo de despedida de Jesús interpreta la actuación de la mujer como fe. Esta fe, que se reconoce como plenamente válida, (...) fue la base por la que obtuvo la salvación y la salud (...) ahora se pone claramente de manifiesto que ella no actuó confiando ciegamente en fuerzas mágicas, sino movida por la fe” (Gnilka oc, 251)

5. LA FE DEL CENTURIÓN EN JESÚS COMO DISPENSADOR PLENIPOTENCIARIO DEL PODER BENÉFICO DE DIOS (LC 7,1-10)⁴²

El centurión romano de Cafarnaúm, obviamente pagano, teniendo un criado muy enfermo y sabiendo la presencia de Jesús en la ciudad, le envía una embajada para instarle a que lo cure. Al ser informado de que Jesús se dirige hacia su casa, le encarga decir que no entre para que no se contamine; porque, además, cree que no hace falta su presencia para que cure a su criado, porque si él, aunque es subordinado, manda a los que tiene bajo su mando y le obedecen, cuánto más podrá mandar Jesús a la fiebre que salga del criado. Jesús se admira de su fe, que él ha suscitado. Analicemos la escena.

Es cierto que los romanos habían conquistado la tierra prometida desbancando a las legítimas autoridades, que mantenían fuerzas de ocupación para asegurar el control y que cobraban pesados tributos. Tenían la política de apoyarse en las élites locales para internalizar el control y, en general, mantenían el orden de cosas pactado: el derecho romano. Pero eran durísimos a la hora de reprimir cualquier alboroto que supusiera poner en entredicho su dominio. Por eso las fuerzas de ocupación eran vistas como lo que eran. Sobre todo, los nacionalistas religiosos las mirarían con odio.

Sin embargo, las categorías sociales no determinan a las personas y, por eso, en concreto, podía haber ocupantes romanos que no se portaran como tales sino humanamente e, incluso, con simpatía hacia lo específico de ese pueblo, en ese caso, su religión. La muestra más palpable de que el centurión que comandaba la tropa en Cafarnaúm era una persona muy humana es que estaba muy preocupado por la enfermedad de un criado suyo y que sentía mucho verle sufrir tanto. Si se hubiera atendido a su papel, habría cambiado simplemente de criado. Pero ese centurión toma tan en serio la salud de su sirviente y está tan al tanto de lo que pasa en la región que, habiendo oído hablar de las dotes taumátúrgicas de Jesús, se molesta en enviarle una delegación de israelitas notables para rogarle su curación.

La escena parece totalmente desproporcionada desde el punto de vista de los criterios establecidos. Sin embargo, los notables se toman a pecho el encargo por lo contentos que están de su desempeño. Las credenciales que le exponen a Jesús para que le conceda lo que le pide es que quiere al pueblo galileo hasta el punto de haberles construido una sinagoga.

42 Fitzmyer, *oc.*, 627-639; Bovon, *oc.*, 469-501; Bonnard, *oc.*, 179-181; Luz, *Evangelio según san Mateo II*. Sígueme, Salamanca, 2001, 31-38; Grilli-Langner, *oc.*, 203-208; Pagola, *oc.*, Lucas, 117-124

Es la única escena en la que se alegan méritos para que Jesús atienda una necesidad. Jesús es gratuito. No cura a alguien porque lo merezca sino porque lo necesita y siente compasión de él. Pero, al tratarse de un militar romano, tanto el propio militar como los notables sentían que debían alegar a su favor, ya que era evidente lo que estaba en contra. Sin embargo, no se trata de él sino de un criado que se supone que era de la zona.

Jesús accede y se dirige con ellos hacia su casa. Como es normal, alguien se ha adelantado a informarle que viene la comitiva. Pero el centurión lo despacha de nuevo a Jesús para rogarle que no se moleste en llegarse hasta él, porque él no es digno y además no es necesario.

El centurión es consciente de que la ley de pureza prohíbe a un judío entrar en casa de un pagano y quiere liberar a Jesús de las molestias de la purificación subsiguiente. Jesús es un hombre de Dios y él un pagano incircunciso: no es digno⁴³. Además su oficio, las armas, añade una nueva indignidad.

Pero, además, no necesita ir porque así como él manda a sus subordinados y ellos lo obedecen puntualmente, así Jesús puede mandar a la fiebre y ella se alejará de su criado. Si su palabra basta, siendo él un jefe subordinado, cuánto más la de Jesús, que es enviado plenipotenciario de Dios⁴⁴. Basta con que diga una palabra y su criado quedará sano⁴⁵.

Jesús se queda genuinamente admirado⁴⁶, ciertamente de su humildad, siendo él, el representante del mayor poder de la tierra, pero, sobre todo, de su fe. Él piensa que Jesús tiene poder absoluto sobre la fiebre, porque lo tiene sobre todas las fuerzas que causan mal. Él piensa que Jesús tiene todo el poder de Dios, poder de vida y salvación. Basta con que quiera, con que diga una sola palabra.

43 “‘Yo no soy digno de que entres en mi casa’. Quien pronuncia estas palabras desde el fondo de su ser se está acercando a Dios con verdad y dignidad” (Pagola, *oc Lucas*,118)

44 Tanto Fitzmyer (637) como Bovon (*oc* 497) insisten en la lógica de menos a más que preside el discurso del centurión.

45 “Este versículo desarrolla implícitamente un argumento a fortiori: si yo, que soy sólo un hombre sometido a un jefe (ánthros), puedo hacerme obedecer con la mera autoridad de mi palabra, con cuánta más razón tú... El centurión no explica por qué Jesús no es un hombre como él, o es más que un hombre. Descubre en su interlocutor una autoridad, a la que se somete sin poder darle todavía un nombre” (Bonnard *oc* 180-181). Grilli-Langner *oc* 205

46 “Es sorprendente la grandeza de Jesús, capaz de alabar la fe que encuentra en un centurión romano (Pagola *oc* 124)

Jesús se admira por dos razones: la primera por la magnitud y calidad de su fe⁴⁷. El centurión cree que el imperio de Jesús sobre todo es tan ilimitado que no es necesaria ni la presencia. Puede hacer lo que quiera. Pero no, como un mago de feria sino como participación absoluta del poder creador y regenerador de Dios. El poder de Jesús es para restaurar la creación, para liberarla y plenificarla, exclusivamente para el bien⁴⁸.

Pero la segunda razón, bien paradójica, para admirarse, es porque no ha encontrado fe tan grande en el pueblo de Dios. Porque esa fe tan consumada es la fe de un pagano⁴⁹. Un pagano puede conocer a Dios y a su enviado y confiar en ellos más que los miembros de su pueblo. Es bonito que eso no le escandaliza ni le extraña sino que le admira: se abre a ello positivamente, con simpatía, le parece muy bien haber encontrado en él esa fe⁵⁰.

Este encuentro es a la distancia, no sólo porque no se encuentran físicamente sino por la distancia social, política, religiosa y económica, que había entre ambos,

47 Bonnard enumera distintas opiniones de por qué dijo Jesús que la fe del centurión era tan grande y luego emite su parecer: “¿Por qué es tan grande la fe del centurión (*tosauten*)? ¿Por qué cree que Jesús puede curar a distancia (B.Weiss)? ¿Por el impulso de confianza no razonada de su voluntad hacia Jesús (Ad. Schlatter)? ¿Por la esperanza ardiente del milagro (Klostermann)? ¿Por su comprensión del papel de la palabra en el ministerio de Jesús (Schniewind apoyado en Calvino: confía en la palabra sola y no pide ningún signo visible, como hacen los judíos)? Estas diversas interpretaciones no se excluyen: el centurión ha reconocido en Jesús una ‘autoridad’ a la que se abandona por completo. Creer significa para él dejar hablar y obrar a Cristo” (oc 181). “Lo que suscita la admiración en Jesús, no es tanto la valoración de la palabra sobre el gesto, como la confianza fundamental que el hombre puso en él y en su palabra. El elemento cristológico es decisivo en la fe del centurión” (Bovon oc 496)

48 “Sabe que Jesús no puede entrar en su casa y ha oído hablar de la autoridad de la palabra de Cristo (*logos*). Confía, pues, en Jesús; sabe por experiencia que la ‘autoridad’ consiste en vencer las resistencias y en hacer posible lo imposible. La experiencia del soldado se une aquí a la idea judía del poder milagroso y creador de la ‘palabra’” (Bonnard oc 180)

49 “El aspecto fundamental de la presentación de Lucas no es tanto el mérito del personaje –una cualidad que los ancianos ponen de relieve- sino más bien la ‘fe’ de un pagano” (Fitzmyer oc 631)

50 “Una función pragmática del texto consiste en la defensa de la fe en Jesús como Mesías y de la convicción unida a ella de que, gracias a su fe, los paganos pertenecen a la comunidad mesiánica”. “Un ejemplo de esta fe es la actitud del centurión: su confianza en la eficacia de una palabra de Jesús demuestra la firme certeza de su fe. Pero incluso esa gran fe puede crecer; en efecto, no se requiere una palabra poderosa de él, pues aquí no son los gestos o las palabras los que producen algo, sino únicamente la fe. Esto es importante para los lectores –de ayer y de hoy- que no pueden oír ninguna palabra directa de Jesús: a ellos sólo les vale la fe. Y con esto además se les presenta la exigencia de desarrollar la firmeza de esa fe” (Grilli-Langner oc 207.208)

una distancia que parecía imposible de mediar. Parecería que dos personas así nunca se encontrarían. La mediación es el criado enfermo; aunque más profundamente, es la misericordia del centurión y la de Jesús. Pero también es la apertura mental del centurión, su simpatía hacia ese pueblo ocupado, su atención hacia lo que pasaba en él, que lo llevó a tener ese conocimiento interno tan profundo de Jesús, esa fe verdadera en él.

El encuentro se dio a través de sus palabras, tan concretas, en las que, a partir de su propia experiencia como centurión, le da a conocer a Jesús el concepto que tiene de él, de su poder absoluto. Jesús se admira de que esa persona, al parecer tan profana, esté tan al tanto de su persona y de su misión. Es un encuentro en profundidad que llena a Jesús de alegría.

Por eso, la curación no ocurre por una palabra poderosa de Jesús, como había pedido el romano, sino que tiene lugar por la fe del centurión: “que te suceda como has creído”. La palabra de Jesús refrenda la fe del centurión⁵¹.

En esta escena queremos destacar dos temas: el de la misericordia y el de la fe. El tema de fondo sería la relación entre ambos, su mutua imbricación.

Ante todo, habría que reconocer que el impulso primigenio que pone todo en movimiento no es la fe sino la misericordia. Sin misericordia no hay fe, porque no hay salida de sí ni acudir al que puede poner remedio. Si la fe no es creer en verdades que escapan a la razón sino creer en personas, en este caso en la persona de Jesucristo como portador de la misericordia de Dios, no se puede creer en Jesús si no se necesita y busca afanosamente la salud del criado enfermo, movido por la misericordia.

51 “El versículo conclusivo subraya una vez más el significado decisivo de la fe: es en razón de la fe del centurión como tiene lugar de inmediato la curación: *en aquella hora*. Distintamente de lo que esperaba el militar –y quizá también el lector-, Jesús no sana precisamente con una ‘palabra poderosa’, sino que más bien constata que es la fe del centurión la que ha obrado lo que él mismo solicitaba” (Grilli-Langner oc 206). “‘La expresión ‘como has creído’ (*os episteusas*) no es comparativa. Jesús no concede un socorro proporcionado a la fe; el *os* (como) es causal: porque has creído, por el hecho de haber creído” (Bonnard oc 181). “El centurión es hasta tal punto el personaje principal, que Lucas no ve la necesidad de referir ni siquiera la palabra de curación. Cuando Jesús alza finalmente la voz, no es ni para responder a los amigos del centurión ni para pronunciar la palabra de curación, sino para dirigirse a la gente que le acompaña y hablarle del verdadero héroe de la historia”. “Lucas evita adrede expresar la palabra de curación que todos esperan (*alla eipe logo*, ‘pero di una palabra’, v.7), de forma que los lectores atribuyen al curación ante todo a la fe del centurión” (Bovon oc 488,498)

Si vivo tranquilo en lo mío, en el caso del centurión, en mi estatus, en mi poder, en mis relaciones, y, en otros casos, en mis posesiones o en mi integridad moral; si vivo autocentrado porque me basto para salir a flote en mi vida, si estoy satisfecho, o si, aun en el caso de que no lo esté, me atengo a mis posibilidades, no puedo tener fe, porque no tengo ninguna propensión a salir de mí y confiar en otra persona y menos aún, a ponerme en sus manos.

Si estoy autocentrado y veo que la relación con otro puede ser ventajosa para mí, trato de establecer una relación de mutua conveniencia. En esa relación cada quien busca su propio provecho, aunque pueda ser una relación muy querida y buscada, en la que la complacencia mutua alcanza cotas muy altas, incluso puede darse un deseo muy intenso (es lo que dice la canción venezolana: "cuando las ganas se juntan"); pero en ese tipo de relación está excluida la fe, que requiere salir de sí y ponerse en manos del otro.

La fe requiere el amor, que es lo único capaz de descentrar radicalmente, porque consiste en buscar el bien del otro por el otro mismo, no por mi propia perfección ni por congruencia con mi conciencia moral ni por mi satisfacción, sino porque afirmo incondicionalmente al otro. Aunque no basta el amor, ya que cuando el amor, la entrega al otro, no contiene la confianza en él, porque a través de muchas experiencias negativas se lo ha dejado por imposible, no humaniza al que ama ni al que es amado de ese modo. Por eso, la fe es la flor del amor, ya que incluye la esperanza en su redención, a pesar de lo que sea.

Pues bien, en el caso del centurión, la misericordia con su criado estimula la fe en Jesús. Ha oído, sin duda, hablar de Jesús y tiene una opinión muy favorable de su persona como personificación de la misericordia de Dios. Pero esta creencia en el poder de su amor misericordioso sólo se convierte en fe, cuando la misericordia hacia su criado lo impele a salir de sí y buscar la misericordia de Jesús. Entonces es cuando cree en él y por eso envía una comisión de ilustres para rogarle que sane a su enfermo. Cuando le avisan que ya viene y él se da cuenta de que le está poniendo en el aprieto de entrar en la casa de un incircunciso y quedar impuro, es cuando la delicadeza con Jesús, otra manifestación de su amor, que busca el bien de Jesús y no afectarlo negativamente, hace que su fe se aquilate hasta el máximo, que asombra a Jesús.

Le dice que no es necesario que entre en su casa porque, si él, que es un subordinado, da órdenes a sus soldados y a su criado y ellos le obedecen, Jesús, que es enviado plenipotenciario de Dios, con mayor razón puede dar órdenes a la fiebre y la fiebre le dejará a su criado. La explicación es un tanto pintoresca, pero

muy ajustada a su experiencia vital y da en el clavo de lo esencial: Jesús, como rostro humano de Dios, tiene un poder absoluto en orden a la vida, a su rehabilitación. El centurión descansa en ese poder, que es, no lo olvidemos, el poder de la misericordia de Dios. Su misericordia apela a la misericordia de Jesús, que es trasunto de la de Dios. La misericordia, que lleva al militar a salir de sí, lo capacita para tener fe en la misericordia de Dios, personificada en Jesús. La calidad de su misericordia, que desborda absolutamente los requerimientos de su estatus, le hace concebir una fe que desborda absolutamente las posibilidades humanas.

Así pues, al alabar Jesús su fe y ponerla por encima de la fe de los del pueblo de Dios, está reconociendo la calidad de su misericordia, que la ha suscitado, concretándola como fe, no en un poder desnudo sino en el poder dador de vida, recreador, humanizador.

Desgraciadamente no se suele tener en cuenta esta ligación entre fe y amor y más en concreto entre fe y amor misericordioso, y por eso, o bien se la considera como dar asentimiento a verdades o como apoyarse en la omnipotencia de un poder más allá del bien y del mal. No es ésa la fe del centurión, que alaba Jesús.

6. LA FE QUE BUSCA ENTENDER LOGRA QUE JESÚS SE ABRA A POSIBILIDADES QUE NO HABÍA CONTEMPLADO (MT 15,21-31)⁵²

Jesús ha roto con las autoridades y sale de Palestina para procesar la nueva etapa que se abre y para que sus discípulos se hagan cargo de las dificultades crecientes que van a tener que afrontar. Por eso quiere pasar desapercibido. Sin embargo, una mujer lo reconoce y le suplica a grandes voces que saque el demonio que trae postrada a su hija. Se lo pide como Mesías de Israel: “¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí!”⁵³. Jesús no le hace caso. Los discípulos, para quitársela de encima, le piden a Jesús que atienda a su petición. Jesús les responde que sólo

52 Navarro, oc, 266-280; Gnlika, oc, 337-244; Pellegrini, *Mujeres sin nombre en los evangelios canónicos*. En Navarro y Perroni, *Los Evangelios/Narraciones e historia*. EVD, Estella 2011,413-415, Luz, oc,565-575; Bonnard, oc, 347-351; Grilli-Langner, ,399-403; Calduch-Benegas, oc, 35-51; Pagola, *Oc,I,Mateo*, PPC, Madrid 2011,168-174

53 “Mateo sólo destaca su fe. Toda su vida se resume en un grito que expresa lo profundo de su desgracia. Viene detrás de los discípulos ‘gritando’. No se detiene ante el silencio de Jesús ni ante el malestar de sus discípulos. La desgracia de su hija poseída ‘por un demonio muy malo’, se ha convertido en su propio dolor: ‘Señor, ten compasión de mí’” (Pagola oc, Mateo, 169)

ha sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel. Como la mujer insiste, Jesús le responde con una dureza que parece impropia de él: “No está bien quitarle el pan a los hijos para echárselo a los perritos”. La mujer no se amilana por eso que suena a bofetada verbal y le responde: “Es verdad, Señor, pero también los perritos comen de las migajas que se caen de la mesa de sus dueños”. Jesús, genuinamente admirado, le contesta: “Mujer, ¡qué fe tan grande tienes!⁵⁴ Que se cumplan tus deseos”. Y la hija quedó sana.

Como se ve, la negativa de Jesús obedece a que cree que su Padre no lo ha enviado a los paganos. Según el Tercer Isaías y otros documentos de la época del retorno del exilio de Babilonia, el plan de Dios era la salvación universal, pero ella tendría lugar a través del ministerio de Israel, por fin convertido⁵⁵. La dureza de Jesús refleja su desazón interior: él quiere curar a la hija; le duele íntimamente tener que decirle que no. Por eso, para cortar la tensión, le responde de tan mala manera.

Pero la mujer sirofenicia, movida por el amor a su hija y por la fe en Jesús⁵⁶, se abre tanto al razonar y los sentimientos de Jesús que es capaz de reinterpretar convincentemente sus palabras, para que él llegue a hacerse cargo de que los paganos también tienen derecho a su misericordia. Por eso, asiéndose de sus mismas palabras, que de buenas a primeras sonaban tan ofensivas, y aceptando su puesto absolutamente subalterno en la casa del Dios de Israel, le hace ver que algún derecho tiene, aunque sea el derecho a la liberalidad del amo, que, aunque en un lugar tan humilde, le permite estar dentro de la casa.

Como se echa de ver, que la fe busque entender, nada tiene que ver con que busque captar intelectualmente el misterio: no se trata de conocimiento objetivo. Por este camino no se llega muy lejos. El sentido genuino de esta expresión, como

54 “En el nivel de los hechos de la historia sus gestos y palabras manifiestan su actitud de fe en Jesús y su reconocimiento. A medida que avanza la historia y en relación opuesta a las dificultades, esta fe se hace y se manifiesta más resistente y firme” (Navarro oc, 279)

55 Por eso, según la recensión de Marcos, primero son los hijos y luego le tocará a los perritos. Navarro subraya el cambio, que la mujer le ayuda a operar a Jesús, de la precedencia temporal a la espacial: los niños en la mesa y los paganos debajo, pero comiendo ambos a la vez, porque la liberalidad de dueño de la casa da lugar para unos y otros (oc 270-272)

56 Para Navarro, en cambio, “la condición culta de la mujer se confirma cuando en el diálogo con Jesús se advierte su manejo de la *chreia*, un instrumento retórico propio de los sabios y maestros. Jesús lo utiliza con la frase sobre la comida, los hijos y los perrillos. La mujer utiliza una *chreia* propia cuando le replica basándose en su segunda parte (referida a los perrillos). Si Jesús se comporta como un sabio, la mujer, más, puesto que es su sabiduría la que prevalece al final” (oc 270; este discurso lo mantiene la autora hasta la p. 272).

interna a la relación de fe, es que el que escucha con fe trata de meterse en la lógica y en los sentimientos de quien habla, para hacerse cargo de lo que le quiere decir. Y así la mujer llega a captar certeramente que las palabras de Jesús no contienen ningún desprecio hacia su persona ni, menos aún, falta de misericordia. Llega a captar el conflicto interno entre su corazón, que le pide atender al reclamo de la madre, y su condición de Hijo, que tiene que atenerse en todo caso al designio del Padre. Por eso, haciendo justicia a ambos motivos, la mujer le hace ver que puede dar rienda suelta a su misericordia sin contravenir la voluntad de su Padre sino, por el contrario, cumpliéndola.

Jesús se admira de su fe, una fe tan perspicaz, que le hace superar la barrera de su lenguaje provocativo y que es capaz de interpretar certeramente su misión, tanto el contenido, que es la misericordia divina, expresada humanamente, como su radio de acción, sus destinatarios, que son, ante todo, los miembros necesitados del pueblo de Dios, pero, lateralmente, también los demás, es decir, los paganos. Y, alegre y agradecido por la iluminación recibida⁵⁷, hace lo que le pide.

Ahora bien, hay que reconocer que el motor de esa fe tan perspicaz es el amor por su hija. Sin ese amor a toda prueba, la mujer no habría soportado la descarga de Jesús. Habría reaccionado resentida o airada, como reacciona la gente que sólo

57 “Es entonces cuando Jesús se manifiesta en toda su humildad y grandeza: ‘Mujer, ¡qué grande es tu fe!, que se te cumpla lo que deseas’. La mujer tiene razón. De nada sirven otras explicaciones. Lo primero es aliviar el sufrimiento. Su petición coincide con la voluntad de Dios”. “Jesús, que parecía tan seguro de su propia misión, se deja enseñar y corregir por esta mujer pagana (...) Es verdad que su misión está en Israel, pero la compasión de Dios ha de llegar a cualquier persona que está sufriendo” (Pagola oc, *Mateo*, 169,170). “Toda la frase de Jesús parece indicar que entiende la lógica de la mujer, que le convence su planteamiento y, sobre todo, que le suministra nuevas claves sobre sí, sobre el alcance de sus mismos signos, discursos y actitud” (Navarro oc, 272). La autora se refiere concretamente al signo de la multiplicación de los panes y al discurso sobre lo puro y lo impuro. Gnllka subraya por tres veces que en la discusión “Jesús es vencido por la mujer o por su fe”, “En esta discusión Jesús es el vencido”, “Siguiendo la imagen empleada por Jesús, la pagana vence a Jesús. Los perritos debajo de la mesa reciben las migajas de los niños” (oc 338,341). Creemos más exacto decir que la mujer convence a Jesús, posibilitando que se abra a una posibilidad que no había contemplado. A pesar de que retiene la expresión, me parece convincente la conclusión de Calduch: “finalmente la sirofinicia vence esta competición verbal, porque ha argumentado bien el discurso. Jesús acepta su ‘palabra’, *logos*, y hace lo que la mujer le había pedido: cura a la niña. La palabra de la sirofinicia, por tanto, se ha mostrado potente y eficaz: en efecto, después de haberla escuchado, Jesús ha cambiado de idea. La salvación alcanza también a los gentiles”. “Por un lado, ambos han afrontado el riesgo y la inseguridad que todo diálogo comporta; por otro, ambos se han mostrado abiertos en la relación del uno con el otro. Y al final el diálogo ha tenido éxito: la mujer ve a la hija curada y el mensaje de Jesús se hace universal” (oc 50,51)

se tiene en cuenta a sí misma. Pero para la mujer era de vida o muerte la liberación del demonio de su hija y por eso pasa por alto la ofensa y se mete en el razonar y la sensibilidad de Jesús. Es que, como dice san Pablo, la caridad “soporta todo”. Como venimos insistiendo, la fe es la flor del amor.

Si analizamos el texto desde la humanidad de Jesús de Nazaret, en la que, como hemos venido insistiendo, manifiesta al Padre y en la que se manifiesta, consiguientemente, su condición de Hijo, ésta parece la interpretación congruente con el modo como lo presentan los evangelios: creciendo en sabiduría y en gracia, ante Dios y ante los seres humanos.

Pero si partimos de una perspectiva doctrinaria, la interpretación que hemos expuesto es completamente inadmisibile, porque ¿cómo un ser humano va a enseñar algo a Jesús y menos relativo a su misión, si él como Dios lo sabía todo desde el principio? Si es, en todo caso, inconcebible, mucho más lo es tratándose de una mujer, ya que las mujeres no estudiaban, y, mucho menos todavía, pagana, que no conoce al Dios verdadero.

Como se ve, estamos jugando con dos conceptos de fe: el concepto bíblico, que hemos venido trabajando, desde el que la fe es la relación de persona a persona, en la que cada una de ellas se atiene en último término a lo que la otra revela de sí, y el helenístico, que cultivaron los intelectuales eclesiásticos hasta vísperas del concilio y que trasmitieron en los catecismos con los que fue adoctrinado el resto del pueblo de Dios. En éste se contraponen la fe a la visión. Como Jesús tenía desde siempre la visión beatífica, no pudo tener fe; como nosotros no la tenemos, tenemos que caminar en la oscuridad de la fe. Aquí fe es creer en lo que no vemos. El punto de contacto entre ambos conceptos de fe está en que en la fe bíblica no podemos ver el misterio personal sino tan sólo los indicios que las personas dan de sí. Por eso siempre se mantiene la autorrevelación que es entrega personal; así también en las relaciones entre las personas divinas, tal como se nos han revelado en Jesucristo, que es la única vía de acceso que tenemos y que tendremos por toda la eternidad.

Así pues, este texto es sintomático para comprobar si nuestro Dios es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo o el de los filósofos y el de los teólogos cuando piensan sin base bíblica (*teologumenon*). Desde esta noción de Jesucristo, que en definitiva es Dios vestido de carne humana, como Jesús no puede aprender nada, no hablaba expresando sus sentimientos sino que le estaba probando a la mujer y, por eso, se admiró de que superara la prueba.

Como se ve, para tratar de la fe es completamente distinto operar desde una noción preconcebida de Dios, que se tiene como indiscutible, que partir de los evangelios como fuente de todos los conceptos sobre Dios y sobre Jesús y sobre el misterio humano. El problema es que todavía la institución eclesiástica no vive de los evangelios y como ellos no son la fuente de su doctrina, tampoco los ha entregado al pueblo. Por eso nosotros para desarrollar el tema propuesto de la fe en Jesús no hemos acudido a doctrinas sino a la contemplación de los pasajes del evangelio que tratan del tema, ya que ellos son, es decir, deben ser, la fuente de la doctrina y de la vida cristiana.

7. LA FE EN JESÚS SALVA A LA PECADORA Y LE DA LA PAZ (LC 7,36-50)⁵⁸

La mujer pecadora llega a Jesús en casa del maestro de la ley porque espera que Jesús la acoja y así la reivindique ante los intachables de la ciudad⁵⁹. Al abrazar sus pies y sentir su acogida, se siente tan contenta, tan dignificada y tan agradecida que le expresa todo su amor. Jesús la justifica ante ellos haciéndoles ver que ha amado mucho porque ha conocido que se le ha perdonado mucho, y la despide en paz porque su fe, suscitada por el mismo Jesús, la ha salvado.

Jesús había sido invitado a comer a casa de Simón el fariseo. Era una deferencia de parte de Simón. Pero, para que no pensaran sus correligionarios que simpatizaba demasiado con él, omitió los ritos de recepción del huésped a la vista de todos. Por eso el banquete trascurría fríamente, era meramente protocolar. Es cierto que lo animaba el deseo de rendirle una cortesía al maestro; pero el temor a pasar la medida inhibía cualquier gesto de auténtico aprecio.

58 Fitzmyer, *oc*, 688-707; Bovon, *oc* 542-560; Calduch-Benegas, *oc*, 53-77; Pagola, *oc*, *Lucas*, 133-140; Vanhoye, *Acoger el amor de Dios*. ST, Santander 2012, 92-102

59 Para Pagola no es ése el caso. Esa mujer ha venido a agradecer el comportamiento de Jesús con gente como ella: "No sabe cómo agradecerle el amor que muestra hacia quienes, como ella, viven marcados por el desprecio general" (*oc*, *Lucas*, 137). Según Fitzmyer "se ha dicho con relativa frecuencia que la pecadora se presenta a Jesús como una penitente que busca en él el perdón de sus culpas; las muestras de amor por parte de la mujer serían las condiciones de su perdón (...) el pasaje significaría más bien que la mujer se presenta a Jesús después de haber experimentado el perdón de Dios y porque quiere manifestar con signos externos su amor y su gratitud" (*oc* II, 694, cf 699, 704, 705). Estamos de acuerdo en anteponer el perdón a las manifestaciones de amor; pero, si el perdón no está unido a la acogida de Jesús, no se ve por qué iría donde él a manifestar su agradecimiento a Dios.

Además y sobre todo, ellos cumplían la ley intachablemente. Sabían a qué atenerse respecto de Dios. No tenían ninguna pregunta trascendente que hacerle. No tenían nada que buscar porque en la Torá habían encontrado el camino de la vida. No tenían necesidad de llamar a su puerta, como tantos pecadores o necesitados. Ellos estaban dentro, como fieles cumplidores de la ley. Tenían a Jesús en su casa, a su disposición; pero no entablaron con él ninguna relación profunda porque no sintieron ni necesidad ni deseo de hacerlo. ¡Qué tristeza tan grande, perder una ocasión tan propicia!

Ese transcurrir vacío fue quebrado al hacer irrupción la mujer. Todos la conocían muy bien. Todos la habían despreciado en público, para dejar claro delante de sus vecinos que Dios odia al pecador y que sus fieles deben mostrar inequívocamente la misma repulsión. Se quedaron muy sorprendidos de que se hubiera atrevido a entrar a la casa⁶⁰. Les admiró más aún la resolución con la que se encaminó derechamente a Jesús y le tocó los pies, se los ungió con perfume, se los cubrió de besos y de lágrimas y se los enjugaba con sus cabellos. Pero lo que les llenó de estupor fue que Jesús se dejó hacer, es decir, que aceptó el homenaje de la mujer⁶¹. Juzgaron que no podía ser profeta alguien que acepta un homenaje de una persona indigna. Los que tenían dudas respecto de Jesús o incluso cierta simpatía hacia su persona se rindieron ante la evidencia de que quien no seguía la ley de la pureza, que exige apartarse de los pecadores, no podía ser un hombre de Dios⁶².

60 "Aparece en el banquete como una intrusa (...) Afronta el riesgo del rechazo, la incomprensión, el desprecio, la condena". "Libra su arriesgada batalla sólo con lo que tiene: con su humanidad y su ternura". "Quebranta las normas y de adentra en recintos estrictamente prohibidos para ella. Hace frente a las miradas acusadoras de los invitados, soporta el juicio intransigente de Simón, la humillación del desprecio de todos. No intenta con palabras justificar su gesto altamente ambiguo. Ella lo ha arriesgado todo" (Calduch oc,65)

61 Calduch analiza las cuatro acciones de la mujer sobre los pies de Jesús (besar, bañar con sus lágrimas, enjugar con sus cabellos y ungir con su perfume: oc 66-69) y explicita que Jesús acepta con toda naturalidad ese contacto físico. "Jesús se deja tocar porque se deja amar. Las caricias de aquella mujer son la expresión corporal de un amor sincero y agradecido" (oc 67)

62 "Simón sólo ve el contacto físico entre Jesús y la pecadora, y el inevitable contagio. Su óptica no da para más. Simón no contempla el llanto de la mujer; no le impresiona su situación personal: ¿hay en su vida aflicción, desconsuelo, desvalimiento, impotencia?, ¿conocía a Jesús de antes?, ¿necesitaba ayuda?... Simón sólo ve hechos desnudos y objetivos: la mujer ha tocado el cuerpo de su huésped y éste se ha dejado tocar. La mujer es pecadora, y, por tanto, impura. Y ahora todos están contagiados" (Calduch oc,70).

Jesús se dio cuenta de la situación y, aunque le entristecería profundamente esa falta tan radical de misericordia y de corazón, como no era un reaccionario, como buscaba siempre salvar a todos personalmente, es decir, a cada uno desde donde estaba, se dirigió a quien lo había invitado para hacerle caer en la cuenta de la entraña de ese acontecimiento tan conmovedoramente humano que estaban presenciando sin entender. Le habla de dos deudores a quienes el acreedor perdona, uno que le debía mucho y otro poco. Le pregunta que quién será el que más lo amará. Simón responde que el que le debía mucho⁶³. Jesús le dice que, si ha juzgado bien del caso, también puede entender lo que pasa.

Simón piensa que nada debe a Dios, más aún, piensa que tiene muchos méritos ante Dios y que, aunque, sin duda, tenga algún pecado, Dios tiene que premiarlo. Por eso, como ante Dios se cree más acreedor que deudor, no muestra agradecimiento. Sin embargo, la mujer tenía una necesidad de vida o muerte de ser acogida por Dios y al verse acogida por ese hombre de Dios⁶⁴, se siente acogida por el propio Dios, se siente reconocida por él. Le da tanta alegría que Jesús la acoja delante de todos los que la despreciaban públicamente, que, fuera de sí de tanto gozo, le demuestra todo su amor.

Eso es lo que está pasando. Por eso se dirige a la mujer y le perdona sus pecados. Más aún, le dice que es su fe la que la ha salvado. Que esa confianza que tuvo en él y en Dios le ha traído la salvación. Claro que es Jesús el que con su humanidad ha suscitado esa fe, pero la fe es lo más propio del ser humano, lo que lo humaniza. Ellos descansan en su justicia, en sí mismos, no en el amor gratuito de Papadios ni de su enviado Jesús⁶⁵.

Para valorar la escena es imprescindible hacerse cargo del escándalo de Simón y sus correligionarios. No hacerse cargo de él es mantener también una actitud farisaica respecto de los fariseos⁶⁶. Dios, no se puede dudar, quiere el bien; y el mal es realmente malo, hace mal: daña a las personas y a la sociedad. En esa sociedad integrada, la prostitución daña relaciones humanas primarias

63 Calduch analiza muy delicadamente la estrategia dialógica de Jesús, que busca sinceramente que su anfitrión llegue a comprender la actuación de la mujer (oc 70-73)

64 “Sus pecados le sirven para ir hasta Jesús y, tal vez, le sirven más que cualquier otra cosa” (Vanhoye oc,93)

65 Jesús “ha leído en los dos corazones, en el del fariseo y en el de la pecadora. Ha entendido que el fariseo juzga y desprecia, que tiene un corazón cerrado; y que la mujer, en cambio, tiene un corazón abierto, un corazón que ya está lleno de amor agradecido” (Vanhoye oc 95)

66 Esto es lo que no comparto del análisis de Calduch: que Simón niega a la mujer su dignidad sin motivo y por eso concluye dando gracias a Dios por no ser farisea (oc76 y77). Jesús supera una situación inhumana.

o es el plano inclinado para que disgustos o insatisfacciones no se procesen superadoramente sino que desemboquen en infidelidades. La prostituta ha roto la solidaridad social al irrespetar y prestarse al irrespeto. Esto no es una tontería. No da lo mismo cualquier cosa, y la permisividad y el indiferentismo hacia el mal acaban nivelando el bien y el mal. Y cuando unas personas y una sociedad se han colocado por encima del bien y del mal, han caído, se han degradado. Contra esto se levantan los fariseos poniendo las cosas en su lugar.

¿Dónde está entonces el problema? Está en confundir el pecado con el pecador o, más exactamente, en reducir a la persona a la condición de pecadora⁶⁷. Y, por tanto, al desconocer todo lo demás que hay en ella y, sobre todo, su carácter de persona, su dignidad personal, dada por Dios y por eso inamisible, imposibilitar cualquier relación con ella. El problema es obrar con ella de un modo reaccionario: irrespetarla como ella irrespeta a otros. Al irrespetarla, el que lo hace, también cae, se degrada, ya que hace lo mismo que ella⁶⁸. Ella es una hija de Dios extraviada. En esa caracterización lo absoluto es que es hija de Dios. En mi relación con ella tengo que tener en cuenta su extravío, pero para potenciar lo bueno que hay en ella, de manera que el extravío ocupe cada vez menos espacio hasta que pueda ser superado. Sin embargo, si la repudio por su condición de extraviada, la hundo más en su mal hasta hacerlo irremediable. Eso es lo que hacían los fariseos y eso es lo que no podía hacer Jesús. Ellos lo hacían porque no amaban a esa mujer y no la amaban porque no la veían como una hija de Dios, necesitada de ayuda. Por verla así, por amarla hasta tener fe en ella, actuó Jesús de ese modo⁶⁹.

Como se ve, en el pasaje se da un desencuentro y un encuentro. El cumplimiento de los preceptos y los ritos de la religión puede servir para no entregarse personalmente a Dios ni a nadie. Es decir, para no tener fe: relaciones personalizadas. Por el contrario, el reconocimiento de la necesidad de ser reconocido

67 “El fariseo encierra a la mujer en su situación de pecadora y no permite que salga de ella; es pecadora ¡y punto!” (Vanhoye oc 94)

68 Vanhoye parte del axioma que da lugar a la ley de pureza: “Para estar con Dios hay que separarse de los pecadores”. Pero comenta: “en realidad, al separarse de los pecadores, el fariseo se separa de Dios. Parece una paradoja, pero el evangelio nos revela que al separarnos de los pecadores con el rechazo de la misericordia, nos separamos de la misericordia de Dios y de Dios mismo” (oc 94)

69 “La mirada de Jesús es diferente. En aquel comportamiento que tanto escandaliza al ‘moralista’ Simón, el sólo ve el amor y el agradecimiento grande de una mujer que se sabe querida y perdonada por Dios. Por eso se deja tocar y querer por ella. Le ofrece el perdón de Dios, le ayuda a descubrir dentro de sí misma una fe que la está salvando y le anima a vivir en paz” (Pagola oc, *Lucas* 135)

por Dios y por el Hijo de Dios, y la fe en que ellos pueden reconocer a la persona, a pesar de su condición de pecadora, puede ser la palanca que saque de sí y lleve a un encuentro definitivo.

En esta escena evangélica aparecen temas muy sorprendentes que invitan a cambios profundos. El primero es la posibilidad tristísima de ser intachable respecto de lo establecido en la religión (saber la doctrina, hacer las oraciones aconsejadas, cumplir los preceptos y recibir los sacramentos) y no tener una relación profunda con Dios ni con Jesús; es decir, no tener fe en ellos, que consiste en escuchar lo que ellos quieren de mí en cada momento y ponerlo por obra. Y lo más grave es que no se busca esa relación precisamente porque, al observar todo lo mandado, uno piensa que se ha ganado su puesto y que no tiene que pedirselo a nadie. La relación con prescripciones y no con personas vuelve a las personas autocentradas e individualistas. Así pues, la práctica de la religión puede dispensar de la fe. La religión es, pues, ambivalente.

El segundo tema es que la fe que salva es la fe en que Jesús la va a acoger, la confianza absoluta en su misericordia. Esa fe la salva porque, en efecto, Jesús la acoge y ella le entrega todo su amor. La fe se expresa ciertamente en la caridad. Pero antes se da la acogida de Jesús y la de su Padre materno y el agradecimiento de la mujer por esa acogida gratuita. Así pues, para Jesús la mujer no es sólo receptora de la salvación, es decir, de la acogida de Dios en su acogida y del perdón de Dios en su perdón, sino autora de ella, porque la fe que ella tuvo en que Jesús la iba a acoger y en él Dios, es lo más personal de la mujer; aunque sea Jesús el que la haya suscitado.

El tercer tema, que surge de la comparación entre los dos primeros, es que la acogida de Jesús a la mujer es incondicional y gratuita. En la religión la acogida del pecador tiene lugar después que éste se haya arrepentido de sus pecados, los haya confesado y haya prometido no pecar más. Es decir, se lo acoge cuando ha dejado de ser pecador⁷⁰. La mujer, sin embargo, se presenta ante Jesús, confiando en su acogida, tal como es, con su pecado a cuestas. A pesar de ser pecadora, confía en la misericordia de Jesús, trasunto, cree ella, de la de Dios. Y Jesús no la acoge y perdona porque se haya arrepentido. La acoge porque es misericordioso, como su Padre materno⁷¹. La mujer, ama porque se siente acogida tal cual es. El

70 “La parábola de los dos deudores presenta las cosas en sentido contrario: es el perdón de la deuda lo que provoca el amor, un amor agradecido.” (Vanhoye, oc 99)

71 Los judíos entendían la santidad de Dios como una separación de lo impuro. “En esta sociedad Jesús introduce una alternativa revolucionaria: ‘Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo’ (Lucas 6,36). El primer rasgo de Dios es la compasión, no la santidad. Quien

amor brota de la acogida. Es amor agradecido⁷².

Por eso puede decir Jesús que es su fe la que la ha salvado: su fe en la misericordia incondicional de Dios. Éste es el sentido de la fe que salva. No salva una mera confesión doctrinaria, por ejemplo, al kerigma: Jesús es el Señor; aunque se haga de corazón. Salva esa relación personalísima, la que nos convierte en personas, que consiste en creer en Jesús y a través de él en Dios, en confiar en su misericordia, en acercarse a ellos confiados, en ponerse en sus manos, confiando en su acogida.

Si realmente uno se ha puesto en sus manos, al ver su acogida, al experimentar que no tienen asco de nosotros ni nos desprecian ni nos apartan sino que nos acogen realmente como una madre llena de ternura, ¿cómo no vamos a estar agradecidos? ¿Cómo no los vamos a amar? ¿Cómo ese amor no nos va a dar fuerzas para superar nuestro pecado? Y más profundamente, ¿cómo esa acogida incondicional no nos va a dar una paz tan honda que nadie nos puede quitar?⁷³ La paz de estar en el corazón misericordioso de Jesús y en las manos siempre abiertas de Dios es la paz que vence al mundo. Éste es el sentido de la expresión: “la victoria vence al mundo es la fe”.

Ése es el sentido de la fe que salva. ¿Por qué, no pocas veces, no es ésa la práctica eclesial?

quiera asemejarse a él no tiene que vivir ‘separándose’ de los impuros sino amándolos con amor compasivo./ Por eso Jesús inicia un estilo de vida nuevo, inspirado sólo en el respeto y el amor. Toca a los leprosos, acoge a los pecadores, come con publicanos y prostitutas. Su mesa está abierta a todos. Nadie queda excluido, porque nadie está excluido del corazón de Dios” (Pagola, *oc Lucas* 138)

72 “El amor manifestado por la mujer es un amor agradecido por el perdón esperado y obtenido (...) Eso quiere decir que tenía plena confianza en ser perdonada al acercarse a Jesús; ha venido hasta él como el Salvador que ciertamente la liberaría de sus pecados” (oc)

73 “Nuestra historia empezó con una mujer pecadora pública que entra en la casa del fariseo llorando sin consuelo y concluye con una mujer perdonada que abandona el relato con un corazón esponjado y rebosante de paz” (Calduch *oc* 77)

8. DE LA FE EN JESÚS, A CONVERTIRSE EN UNA PERSONA FEHACIENTE (JN 4,5-42)⁷⁴

Camino a Galilea, Jesús, cansado del camino, se sienta al mediodía junto al pozo de un pueblo de Samaria. Viene una mujer a sacar agua y Jesús le pide de beber. La mujer pasa de la extrañeza y la curiosidad de que ese judío le pida, exponiéndose al rechazo, al interés por el modo como él se relaciona y por lo que ofrece; de ahí es llevada a la petición de su don⁷⁵; seguidamente arriba al respeto por su figura; y, finalmente, a la entrega a su persona y al testimonio fehaciente; y sus paisanos pasan de creer a esa mujer trasfigurada, a conocer a Jesús.

También este encuentro es con una mujer no israelita, adoradora de Yahvéh, como los judíos, pero con un culto no legal, enemistados con ellos desde la separación del reino del norte, a la muerte de Salomón, que conllevó no adorar en Jerusalén sino en el monte Garizín, y mucho más cuando toda la gente importante fue deportada por los asirios y en su lugar trajeron a otros, obviamente no de las doce tribus. Para los judíos los samaritanos eran cismáticos y, en esa época en que tanta importancia tenía la ley de la pureza, impuros por haberse mezclado con paganos. Había entre ambos una gran hostilidad. Una muestra de ella en la vida de Jesús es que en otra ocasión, yendo hacia Jerusalén y buscando alojamiento en una aldea samaritana, no los quieren recibir porque iban a Jerusalén, se entiende que de peregrinación al templo (Lc 9,51-56). Sin embargo, los lazos no estaban cortados del todo. Por ejemplo, en esa misma ocasión, se van a otra aldea donde sí los reciben. También en la parábola del buen samaritano, lo pone Jesús entrando con toda naturalidad a una posada del camino y siendo recibido como uno más en ella; aunque en este caso se trata de un samaritano rico y podíamos decir que el dinero abre todas las puertas.

Jesús iba de Judea a Galilea, no por el Jordán sino por el oeste, pasando por Samaria. Habían caminado mucho y estaba cansado, así que se sentó al lado del pozo de Jacob, mientras sus discípulos iban por comida a la ciudad.

74 Léon-Dufour, *Lectura del Evangelio de Juan I*, Sígueme, Salamanca 1997,273-301; Mateos-Barreto, *El Evangelio de Juan*. Cristiandad, Madrid 1979,222-242,247-248; Brown, *El Evangelio según san Juan I-XII*. Cristiandad, Madrid 1979,368-386,390-391; Barret, *El Evangelio según san Juan*. Cristiandad, Madrid 2003,343-367; Tilborg, *Comentario al Evangelio de Juan*. EVD, Estella 2005,77-96; Pellegrini, oc, 415-418

75 "En esta escena nos ha presentado Juan el drama de un alma que lucha por elevarse de las cosas del mundo a la fe en Jesús. No sólo la Samaritana, sino todo hombre ha de llegar a reconocer quién es el que habla cuando le habla Jesús, y tiene que pedir agua viva a Jesús" (Brown, oc 382)

En esto llegó una mujer. Si esta mujer sacaba el agua a esta hora, era porque no quería encontrarse con nadie. La razón era su situación ilegal, más aún, desastrada: había vivido con cinco hombres y ahora vivía con otro que tampoco era su marido. Las mujeres sentirían un profundo desprecio hacia ella. Y ella se sentiría muy mal. Sin embargo, igual que acudía al pozo a la hora de la siesta, también seguía probando a ver si algún día alguien calmaba su sed de amar. No se había resignado a la soledad, a la infelicidad.

Para la mujer era un contratiempo encontrarse con alguien y no tenía intención de entablar conversación. Ésta la inicia Jesús con una petición muy objetiva: le pide agua⁷⁶. La mujer, acostumbrada a tantos desaires, se extraña de que un varón judío en la plenitud de la edad se exponga a su lógico rechazo. Y se lo echa en cara como un reproche, teñido de un punto de extrañeza y de curiosidad. ¿Por qué me pides de beber, si sabes que te voy a decir que no? Ahora bien, el que le responda, aunque sea de ese modo, indica paradójicamente, que no rechaza el diálogo.

Jesús no se da por enterado de ese rechazo, o, por mejor decir, responde, no siguiendo el juego, reactivamente, sino desde sí mismo, y le dice que él le ha pedido lo que necesita y ella le puede dar; y se lo ha pedido porque, si ella le pidiera a él lo que él le puede dar, que es más valioso aún, porque es agua viva como don de Dios, él se la daría⁷⁷. Él cree que ella puede proceder con él, como él está dispuesto a proceder con ella⁷⁸.

La mujer se admira de ese tono, que deja atrás estereotipos, que coloca el encuentro a un nivel en el que ella no es una samaritana más sino ella misma y él tampoco es uno de tantos judíos sino esa persona única que habla con ella entablando una respectividad positiva y, digamos, incondicionada⁷⁹. Por eso siente

76 “Al pedirle que le dé de beber, Jesús manifiesta que tiene sed, como un hombre ordinario, cuya primera preocupación es asegurarse la vida” (Léon Dufour, *oc.I,279*). “Por ser hombre, Jesús siente necesidad y es, así, solidario de la necesidad de todo hombre. Pide una muestra de solidaridad en el nivel humano más elemental, que une a los hombres por encima de las culturas y de las barreras políticas y religiosas (Mateos/Barreto, *oc,230-231*)”

77 “Al expresar una petición, elimina la superioridad proverbial de los judíos respecto de los samaritanos. Él se presenta simplemente como un hombre, necesitado como todos; se pone en situación de dependencia y reconoce que ella puede ofrecerle algo indispensable. Al colocarse en el nivel de la necesidad corporal afirma la igualdad (...) suprime la discriminación y dignifica a la mujer. Le ha mostrado su confianza (...) Le ha pedido un favor, pero está dispuesto a corresponder con otro mayor que el suyo. Le propone superar la enemistad entablando una relación de buena voluntad mutua” (Id 231)

78 “Jesús está libre de todo prejuicio; para él existe sólo la realicen interpersonal, manifestada en el dar y recibir” (Id 231-232)

79 La mujer “piensa que el agua ha de extraerse con el esfuerzo humano. No conoce ni se imagina un don de Dios gratuito” (Id 232)

respeto por quien se dirige a ella, a lo mejor de ella, y lo llama señor y le pregunta si es mayor que su padre Jacob, ya que le puede dar agua viva, no agua empozada.

Jesús le responde que quien bebe del pozo sólo sacia la sed momentáneamente, por lo que tiene que regresar siempre de nuevo. En cambio, el agua que él ofrece forma dentro de la persona un manantial que salta hasta la vida eterna⁸⁰. La mujer no entiende muy bien las palabras de Jesús; pero le parece sumamente deseable tener dentro de sí la posibilidad de saciarse y le pide de esa agua⁸¹.

Jesús, el sediento de agua, está aún más sediento de dar la salvación definitiva del Espíritu⁸². Pero, en vez de darle el agua que le ha ofrecido, le pide que llame a su marido y venga con él. Ella, desarmada, pero a la vez decidida a no perder esa altura del encuentro desde la verdad, le confiesa que no tiene marido⁸³. Jesús le reconoce su sinceridad, su capacidad de exponerse, la libertad con la que prefiere el encuentro verdadero al quedar bien con una persona que se le revela como estimable, porque, le dice, has vivido con cinco hombres y aquel con el que vives tampoco es tu marido⁸⁴. Ella se queda impactada de la clarividencia de Jesús. No toma sus palabras como una acusación, sino como la capacidad del hombre de Dios de leer los corazones y las vidas.

Y por eso, en parte para desviar la atención de su situación y en parte por reconocerlo como profeta (ya no como un judío), le plantea la disputa histórica de dónde adorar a Yahvéh, si en el Garizín, de ascendencia patriarcal o en Jerusalén, en el templo salomónico. Jesús, en un principio reafirma la tesis de la legitimidad

80 Sobre el agua viva, Barret oc 350-351; “El Espíritu es un manantial interno, no externo como el de Jacob. El hombre debe recibir vida en su raíz misma” (Mateos/Barreto, oc 233)

81 “Con su promesa de vida, Jesús ha despertado el anhelo de la mujer (...) Ella, rompiendo con su pasado, quiere nacer de nuevo. Tiene fe en que eso es posible y lo espera de Jesús. Éste empezó pidiendo agua y termina prometiéndola (...) Se han roto las barreras; la mujer samaritana le pide a él, judío” (Id 234)

82 “Jesús le pidió ciertamente de beber a la samaritana y se vislumbra ahora que aquello de lo que tiene sed es de su sed, del deseo que ella ha de tener del agua viva, que solamente él puede darle” (Léon Dufour oc 282)

83 “En 3,19-21 se dice que aquellos cuyas obras son malas no acuden a la luz, para que no sean puestas en claro sus obras. El diálogo de los vv.16-18 constituye el momento crucial del juicio: ¿dará la espalda esta mujer a la luz? (...) vv.19-29. La mujer se vuelve hacia la luz, aunque desearía desviar sus rayos hacia algo menos personal” (Brown, oc,381-382)

84 Mateos/Barreto insisten en que Jesús no trata de dar una lección de moralidad a la mujer sino que, desde el trasfondo de la profecía de Oseas, se refiere al abandono del esposo Yahvéh por parte de Samaria, que adora a cinco ídolos, y por tanto a la necesidad de que los deje (oc 234-237). Brown objeta: “no estamos seguros de que semejante alegoría hubiera podido ser entendida en aquella época sin alguna explicación supletoria” (oc 373)

de los judíos y, por tanto, de la ilegitimidad de los samaritanos; pero añade que ha llegado el tiempo en que Dios va a ser reconocido y adorado como Padre⁸⁵ y la adoración no va a consistir en ritos sino en dejarse llevar por el espíritu de hijos⁸⁶.

Ella, no convencida del todo, remite al tiempo del Mesías la clarificación y realización de esa adoración definitiva que propone Jesús. Jesús le declara que el Mesías que ella invoca es él mismo, el que habla con ella⁸⁷.

Es el momento en que llegan los discípulos, que, por supuesto, no entienden nada de lo que está pasando y se extrañan de que su Maestro hable con una mujer, porque piensan que un maestro que se respete no habla de cosas serias con mujeres, porque ellas no son capaces de comprenderlas ni tienen solidez para vivirlas.

La mujer deja el cántaro⁸⁸ y regresa a la ciudad. Allí va pregonando a todos que se ha encontrado con un hombre que le ha dicho todo lo que ha hecho. La que no quería hablar con nadie, la que vivía avergonzada y era despreciada, va proclamando que le han dicho lo que es su vergüenza. Lo proclama con tal prestancia, sus paisanos ven tal transformación en esa mujer, la ven tan dueña de sí, con una libertad tan liberada, con tal plenitud humana (tan saciada su sed⁸⁹),

85 Dios “adquiere ahora un nombre nuevo, el Padre, que establece entre Dios y el hombre un vínculo familiar y personal y cambia el carácter del culto, que pasa a ser también personal, en el marco de la relación hijo-Padre (...) Esta paternidad directa, sin intermediarios, hará posible la unión de todos” (Mateos/Barreto, oc 238).

86 “Su relación con el hombre pasa por el Espíritu que permite la reciprocidad” (Léon Dufour, oc 298). “Nótese que se trata de dar culto *al Padre* con Espíritu. Dios puede ser adorado como Padre únicamente por quienes poseen el Espíritu que los convierte en hijos de Dios (cf. Rm 8,15-16)” (Brown, oc 385)

87 Barret oc 359-360

88 Sobre este detalle comenta agudamente Pellegrini: “Al partir para su misión del anuncio, deja el cántaro: signo de que volverá, signo de que ya no le hace falta, signo también de que se lo ha dejado a Jesús, cumpliendo ahora con su petición de darle de beber. Las dos formas de sed (sed de ofrecer amor y sed de recibir amor) se apagan por fin en el encuentro, llegando a la misma fuente, el eterno amor de Dios por las mujeres y por los hombres” (oc 418). Y Léon Dufour: “Al pedirle a Jesús que le diera el agua viva de la que él le había hablado, la mujer había indicado que, gracias a esa agua, no tendría ya sed ni sería necesario que viniera a sacar agua (4,15). Después de que Jesús declaró que era el Mesías, la samaritana no responde nada (...) El cántaro abandonado dice, sin palabras, que la samaritana se fía en adelante solamente de la promesa de Jesús (oc,I,301). Y Brown: “Este detalle parece ser un recurso de Juan para subrayar que aquel cántaro sería inútil para la clase de agua viva en que Jesús había interesado a la mujer” (oc 376)

89 “El agua ‘se convierte’ en vida eterna inmediatamente y, según la actualización joánica de la escatología, no se trata de una realidad posterior a la muerte, sino concedida al hombre desde que cree en la palabra del Revelador” (Léon Dufour oc 284)

que están dispuestos a creerla en su indicación de si será el Mesías, y salen al encuentro de Jesús. Un encuentro realmente transformador⁹⁰. En verdad que Jesús es el salvador del mundo.

El mesianismo de Jesús no consiste, como esperaban tantos y entre ellos los discípulos, en liberar al pueblo de Dios de la dominación de los romanos y de los judíos colaboracionistas con la fuerza invencible y justa del Espíritu, sino en vivir esa libertad propia del Espíritu y entregarla: es la libertad inherente al amor, que llega hasta la verdad y hace verdaderos, que crea la vida y la recrea en su condición de humana, con esa calidad que vence a la muerte porque supera la sujeción a la necesidad, una libertad, sin embargo, que se ejerce desde la condición de seres de necesidades y así, desde esa debilidad, revela y ejerce esa fuerza. La que Jesús dio a la mujer, que no pudo ir a buscar a su marido porque no lo tenía. La que percibieron sus vecinos, llenos de admiración, cuando ella, colmada, quiso hacerlos partícipes de su alegría. La que la hizo tan creíble que acudieron donde Jesús.

Como se ve, de entrada, Jesús cree en la mujer y, por eso, se expone ante ella, tanto a su rechazo en la petición que le hace, como ofreciéndole, desarmado e incondicional, su propio don. La mujer se abre en fe a ese trato, tan heterogéneo al trato interesado y despectivo, sin fe, que ha vivido hasta ese momento. Por eso, la que se extraña de que Jesús le pidiera, acaba pidiéndole a él. Él propone entregar ese don, no a ella sola sino a toda su familia. Ella, aunque le mortifique íntimamente tener que confesar a ese hombre tan estimable que no tiene marido, se lo dice porque, de todos modos, prefiere mantener ese tono de fe mutua en que va trascurriendo el encuentro. Jesús alaba su capacidad de verdad: su entereza. Y completa la información de la mujer. La mujer, ante la clarividencia de Jesús, llega a creer en él como un profeta y le propone el contencioso con los judíos relativo a cuál es el templo legítimo. Jesús le dice que ese contencioso está siendo

90 “Según nuestro texto, es una y otra palabra (vv. 39,41) las que motivan a los samaritanos a creer (...) Distinguiendo los dos fundamentos sucesivos de la fe de los samaritanos (‘por causa de la palabra de la mujer’ y ‘por causa de lo que ha dicho Jesús’ el narrador sugiere un proceso (...) el paso de una fe motivada por signos a la fe que procede de la palabra de Jesús” (Léon Dufour, oc 312-313). Lo mismo dice Brown: en la conclusión se funden ambas escenas “se recuerda a la mujer, que tanta importancia tuvo en la primera escena, porque la gente del pueblo creyó por su palabra. Pero la consumación de la obra del Padre (v. 34), la cosecha de los samaritanos, habrá de tener mayor permanencia, pues aquellas gentes llegaron a creer en Jesús como salvador del mundo por la palabra de éste. Si nuestro relato del cap. 4, particularmente la primera escena, narra los pasos que ha de dar el alma para llegar a creer en Jesús, también recoge la historia del apostolado” (oc 390)

superado porque Dios, que es espíritu, no quiere que se le adore en un templo material sino en espíritu y verdad. Como se ve, Jesús tiene tanta fe en ella que le revela la llegada de los tiempos mesiánicos, cuando, al ser derramado el Espíritu sobre los adoradores en espíritu y en verdad, ya habrán sido sobrepasados los templos. Ella, que se siente sobrepasada por la revelación de Jesús, le remite al tiempo del Mesías. Entonces Jesús, culminando su autorrevelación, su relación de fe, le confiesa que él es el Mesías⁹¹.

Entonces, aprovechando la llegada de los discípulos, la mujer, que ha creído en Jesús, que se ha entregado a él, sale, llena de su Espíritu, a comunicar a sus paisanos la buena nueva de la presencia en el pozo de Jacob del que ha causado en ella ese encuentro transformador. Se lo dice del modo más asequible para ellos, aunque sea el más doloroso para ella: un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho. Por eso, les añade, convidándolos a salir a encontrarse también con él: “¿Será el Mesías?”. Ella sabe que sí lo es; pero lo proclama de ese modo abierto para darles ocasión a ellos de que lo comprueben por sí mismos⁹². Por primera vez en muchos años, quién sabe si por primera vez en su vida, ella ha tenido fe en ellos.

Sus paisanos se abren a la proclamación que la mujer hace de Jesús y lo hacen porque se abren a la evidencia de su transformación humanizadora. La ven, ciertamente, como una mujer nueva, como toda una señora: con señorío de sí, que es el mayor señorío. Les parece tan increíble esa transformación superadora, de la que no la creían capaz, que salen con gran interés a conocer a quien la provocó. La provocó con su relación de fe; pero, no lo olvidemos, una relación correspondida por ella. Un proceso ascendente de creer en un ser humano que entablaba con ella una respectividad positiva, a creer en alguien que se pretendía capaz de concederle la libertad interior respecto de las necesidades experimentadas, a creer en un profeta que leía su vida para rehabilitarla, a creer en el portador definitivo del Espíritu de Dios, que tenía el poder de comunicarlo.

La prueba de que su fe, suscitada por Jesús a través de ese proceso abierto, la había salvado, en el sentido de rehabilitado, humanizado y plenificado, fue que

91 “La mujer se confiesa dispuesta a aceptar al Mesías cuando llegue (...) Ante su apertura al futuro y su esperanza, Jesús se le revela: *Soy yo, el que habla contigo*” (Mateos/Barreto, oc 241)

92 “Su mensaje es modesto, lo propone en forma interrogativa; quiere que cada uno, como ella, llegue a su conclusión personal. Sus palabras son una invitación que abre una esperanza (...) El comportamiento de la mujer es parecido al de los discípulos cuando encontraron a Jesús. Andrés va a buscar a su hermano Simón (1,41); Felipe a Natanael (1,45). Ella va al pueblo y anuncia” (Id 242); Barret oc 365-366

no se ensimismó para gozar de ese estadio humano tan cualitativo, desconocido por ella hasta entonces, sino que se dirigió a los suyos, reconocidos, por fin, como tales, para comunicarles el secreto que había trasfigurado su vida y que se lo comunicó fehacientemente, de modo que sus paisanos creyeron en ella.

Jesús se quedó tres días con ellos. Jesús entabló con ellos la misma relación, el mismo proceso de fe, que había tenido con la mujer, de tal manera que, al irse Jesús, le dijeron a ella: “Ya no creemos por lo que nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos escuchado y sabemos que ése es realmente el salvador del mundo”. Pasaron de creer a la mujer y creer en alguna medida en ella y en Jesús, a causa de la transformación tan positiva que observaron en ella y que ella atribuía a Jesús, a relacionarse en fe con el mismo Jesús, a abrirse a él. De este modo creyeron en él, no ya por la fe dada al testimonio, sino por la relación en fe con él.

En el lenguaje del cuarto evangelio, pasaron del creer al conocer, donde conocer no es dejar atrás la relación de fe, sino pasar de la fe dada al testimonio del testigo y en cierto modo al testigo, a la fe dada directamente a Jesús por la relación con él, pero, en todo caso, una relación de fe: de apertura al misterio de su persona que aparece en la autorrevelación que él hace de sí.

9. LA DIFICULTAD DE SUSCITAR LA FE Y LA FE SUPLETORIA DE JESÚS (MC 9,14-29)⁹³

Cuando Jesús, como respuesta a la proclamación mesiánica de Pedro, advierte a los discípulos que “el Hijo del Hombre va a ser entregado a manos de los hombres”, ellos se quedan completamente desorientados porque, como le dice Pedro, si él tiene el Espíritu, que es el poder de Dios, no es posible que caiga en poder de los enemigos, porque tendrían que tener más poder que el mismo Dios. Jesús les replica que ese modo de concebir el poder, (que sigue siendo el de la mayoría de los cristianos) es propio de los seres humanos, no de Dios y les advierte que el que quiera seguirlo tiene que estar dispuesto a que lo crucifiquen. Él no les promete éxito sino fecundidad histórica. Ellos no aceptan la mentalidad de Jesús y él se siente solo y triste al comprobar que no es capaz de transmitir a los suyos la gloria de ese camino de entrega total.

93 Navarro, oc, 324-331; Gnilka, oc, 49-60; Taylor, oc, 470-478; Luz, oc, 676-685; Bonnard, 384-390; Grilli-Langner, oc, 445-449; Léon-Dufour, *Estudios de Evangelio*. Cristiandad, Madrid 1982, 177-220

Seis días después sube a una montaña con tres de ellos y Dios les da sus ojos para que vean a su Hijo como él lo ve, y ellos, en vez de reconocer la gloria de su camino, le proponen que deje el camino y que se queden allí. Como el Padre ve que tampoco quieren interpretar lo que están viendo, los cubre con la densidad de su presencia y les dice que Jesús es su Hijo, que lo escuchen. Pero ellos, mientras bajan, sólo atinan a decirle que si antes del fin no tiene que venir Elías a ponerlo todo en orden, matando, se entiende, como lo hizo en vida, a los opositores a la alianza. Jesús está por los suelos al ver que ni él ni su Padre han podido sacarlos de su proyecto de imponerse a la fuerza sobre los invasores romanos y los judíos colaboracionistas.

Cuando van llegando donde están los demás, ve que están discutiendo con uno, que se adelanta donde Jesús y le dice que se busque otros ayudantes porque los que tiene no sirven, porque les ha traído a su hijo para que le saquen el demonio y no han sido capaces. Para ese padre, como se ve, Jesús es un mago de feria que hace conjuros, que no ha sabido transmitir a sus discípulos.

Es la gota que rebosa el vaso. Jesús pierde los estribos y grita algo que nunca había dicho y no volverá a repetir: “¡Generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos?”. Jesús, por un momento, pierde la fe en sus contemporáneos, empezando por sus discípulos⁹⁴. Su entrega incondicional a todos no ha sido aceptada porque ni siquiera ha sido comprendida. Jesús siente en ellos una resistencia cerril a su camino, a su propuesta, a su persona. Cada uno quiere que Jesús se elija a sí mismo como cada uno lo concibe. Jesús no puede más. Y saca afuera su decepción y su dolor⁹⁵. Pero el que lo exprese y no se lo guarde, indica que todavía no los ha dejado por imposibles⁹⁶: todavía no ha llegado el momento de no soportarlos más; nunca

94 “Le resultan insoportables a causa de su falta de fe” (Grilli-Langner oc 447)

95 “Las palabras de Jesús revelan, lo mismo que 8,22, sus ideas sobre la gente entre la que se desarrolló su ministerio, y sobre todo su admiración por su falta de fe (cf. 6,6). Como Jesús espera su muerte (8,31, etc), sus palabras son importantes para la situación en la que se halla. No es, pues, necesario afirmar que la sentencia es mitológica o de inspiración doctrinal, ni que describe la vida de aquél cuya verdadera patria es el mundo celestial. Por más que oscuros lazos le unen a esa generación, pero tan sólo en espera de volver nuevamente a su mundo. Cf. Lohmeyer, 187; Bultmann, 169; Dibelius, 278. Mucho más convincentes son las palabras de Lagrange, 239, que describe así el tono de las palabras: ‘es el de un maestro cansado de desempeñar una función ingrata y dominado ya por el pensamiento de su próxima muerte’” (Taylor oc 475)

96 Así lo ve Gnilka, que, después de citar paralelos del AT, concluye: “La pregunta permite todavía un breve espacio de tiempo (Ap 6,10)” (oc 54)

llegará ese momento⁹⁷. Por eso, cambiando completamente de tono, pide que le traigan al niño porque se va a hacer cargo de él.

Al niño le da un tremendo ataque. Es el reto del demonio a su poder⁹⁸. Jesús no sigue la corriente al demonio y, para que el padre asuma el problema de su hijo, le pregunta que desde cuándo le pasa. El padre, transido de dolor, le da cuenta y acaba implorándole lleno de desespero: “Si puedes algo, ten piedad de nosotros y ayúdanos”. Ya el padre ha asumido el problema de su hijo y se involucra en él; lo ve tan sin remedio humano que apela a la misericordia de Jesús, si es que tiene poder contra un mal tan fuera de control⁹⁹.

El padre apela al poder de Jesús y Jesús lo remite al poder de la fe: “¿Cómo si puedes? Todo es posible al que cree”. Entonces el padre comprende que Jesús nada tiene que ver con un poder desnudo, porque tampoco Dios tiene que ver con ese tipo de poder; que se trata de una relación interpersonal, que se trata de la fe en el poder creador y recreador del amor, de Dios amor, de Jesús, que hace presente ese amor y del que crea en ese amor y, más aún, del que se entregue a que acontezca por medio de él¹⁰⁰. El padre ha comprendido, por fin, de qué se trata¹⁰¹.

97 “La primera queja de Jesús, ¿hasta cuándo estaré don ustedes?, alude al significado de su nombre ‘Emmanuel’, *Dios con nosotros* (1,23), pero los conocedores del Evangelio escuchan aquí también la promesa del Resucitado: *Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo* (28,20). En este pasaje, pues, Jesús no está amenazando con retirarse, porque él promete su presencia (...) esa pregunta contiene a su vez para los presentes y para los lectores- la exigencia de que finalmente desarrollen su propia fe y la hagan actuar, en vez de estar siempre esperando todo de Jesús” (Grilli-Langner oc 447)

98 Así lo subraya Gnilka: oc 54-56 y Navarro: oc 326-327

99 “Las palabras del padre producen una viva impresión; hasta cierto punto son naturales su duda en el poder de Jesús, su petición de compasión y de ayuda, y su identificación y tal vez la de su familia con el endemoniado” (Taylor oc 475-476)

100 “El que cree supera toda limitación porque todo es posible para él. De esta manera se traslada al creyente la frase que habla de la omnipotencia de Dios (cf. 10,27;11,23)” (Gnilka oc54-55)

101 Gnilka, al hablar de la historia del influjo de esta perícopa resume: “todas las generaciones fueron conscientes de que en el centro de la perícopa se encuentra la fe. Concretamente la fe que posibilita Jesús” (oc 58). Para Navarro también “el episodio se centra en las cuestión de la fe” (oc 326). Jesús propone que el verdadero desafío está “en la dificultad para creer” (Id 327). Y, más específicamente, “Jesús asocia la fe con la práctica de la misericordia”. “El exorcismo parece quedar en un segundo término ante el centro de la discusión, que es la presencia o la ausencia de la fe. Con ello no se quiere decir que el sufrimiento queda en un segundo término, sino que el narrador da preeminencia a las causas y a las posibilidades, de forma que indirectamente el lector entiende que hay sufrimientos que no deben de existir y que, de todas formas, si los hay, también existen posibilidades de liberación” (Id 331). “Si concebimos la fe como algo similar al amor, entonces puede resultarnos evidente que también ella, al igual que el amor, puede desplegar fuerzas insospechadas y hacer posible lo aparentemente imposible”

Pero no logra tener tanta fe como para que su hijo se cure; por eso grita lleno de angustia con gran patetismo: “Creo, socorre mi poca fe”¹⁰². Ahora sí se da una relación de fe y, por eso, el padre apela, no ya a un poder desnudo que poseyera Jesús, sino a su fe para que supla lo que le falta a la suya¹⁰³. Entonces Jesús curó al muchacho.

El padre del epiléptico pasa de la no fe, ya que tiene a Jesús por alguien dotado de poderes con unos ayudantes que no dan la talla, a la “pocafe” que logra acarrear en sí cuando Jesús lo lleva a implicarse personalmente en el problema de su hijo. Al ver Jesús que el padre ha llegado hasta donde le ha sido posible, suple con su fe absoluta la que a él le falta.

Es como el caso de Pedro en la tempestad después de la multiplicación de los panes. Cuando ven a Jesús caminado sobre las aguas y gritan espantados, pensando ver a un fantasma, Jesús los conforta diciendo: “Ánimo, soy yo. No teman”. Entonces Pedro le pide que le mande ir a su encuentro por el agua. Jesús le dice que vaya y, en efecto, Pedro, fiado de la palabra de Jesús, camina sin hundirse. Pero al sentir la fuerza del viento, le entra el miedo y comienza a hundirse y le pide auxilio al Señor. Él le agarró de la mano diciendo: “Poca fe. ¿Por qué dudaste?” (Mt 14,31). Como en el caso del padre que estamos considerando, como en el caso, que consideramos antes, de los discípulos en la tempestad cuando despiertan a Jesús para que los salve, todos ellos tienen algo de fe, ya que, si no la tuvieran, no invocarían a Jesús. Pero tampoco creen completamente en Jesús. Si Pedro hubiera creído, no se habría dejado llevar por el miedo. Si los discípulos hubieran creído, o no le habrían despertado o le habrían preguntado qué quería que hicieran; pero en todo caso se habrían sobrepuesto al miedo. En el caso del padre le habría dicho a Jesús que creía que Dios le había dado autoridad sobre el demonio que estaba destrozando a su hijo y que él se atenía a lo que le dijera su corazón. Que fue lo que le dijo el leproso: “si quieres, puedes curarme”. O le habría pedido con fe su curación, como lo hicieron otros.

(Grilli-Langner oc 449). Para nosotros la fe no es similar al amor sino que es la flor del amor.

102 “La exclamación ‘ayuda mi incredulidad’ es una petición de ayuda para una fe en los dolores del nacimiento (...) No se trata de la incredulidad de 6,6, sino de una fe a medias, que va acompañada de dudas y de temores y que precisa ayuda para salir a la luz” (Taylor oc 476)

103 “El diálogo en 23s crea, junto al dramatismo del acontecimiento de curación, otro clímax nuevo y superior: el de la lucha por la fe (...) Todo esto nos hace ver que Marcos fue consciente de la división existente en el hombre entre su fe e incredulidad. Todo creyente tiene una parte de incrédulo y debería reconocer esto. Debería reconocer también que en el incrédulo está presente la fe soterrada. Sólo será posible el regalo de la curación en la renuncia a toda autoseguridad equivocada y en la unión incondicional a Jesús” (Gnilka oc 57)

Así pues, a veces la persona está tan afectada por la situación adversa en que se encuentra, que no logra salir de sí hasta el punto en que la confianza en el otro, en este caso en Dios y en su enviado Jesús, logre sobrepasar a la percepción de la consistencia del obstáculo sentido. En eso consiste la “pocafe”: tiene confianza, pero no superior a la minusvalía que le hace sentir el obstáculo. Ahora bien, cuando esa poca fe se pone confiadamente en manos de Jesús, la que vence no es ya la fe propia, sino la fe en Jesús. En ese caso Jesús no puede decir *tú fe te ha salvado*, pero la persona sí logra la salvación asido de la fe de Jesús.

Así pues, a veces la relación con Jesús, la oración, no es expresión de fe sino de poca fe. Sería mejor que llegáramos a una relación de fe y nunca debemos resignarnos a la poca fe ni desistir del empeño en llegar al don pleno de la fe. Pero, mientras tanto, nunca debemos dejar la oración. No por rutina ni pensando, como los romanos, que al hartar a los dioses con nuestros rezos interminables (*fatigare dii*, decían) ellos nos van a atender para que los dejemos en paz. Nuestra oración debe ser, en todo caso, una relación personal, una relación de fe en Dios a través de Jesús¹⁰⁴. Pero, si no podemos llegar a la relación plena de fe, que consiste en ponernos confiadamente en sus manos, al menos debemos confiar en la fe de Jesucristo y remitirnos confiadamente a ella. Que es lo que hicieron Pedro, los discípulos y el padre del epiléptico.

104 “Hay que considerar como intención de Marcos la sugerencia de que la fe del hombre tiene que encenderse en Jesús, en su ayuda que viene de Dios, en su fe (Cf. 11,12-14.20-22). No el padre, sino Jesús es el modelo de la fe. Sólo él puede pronunciar la frase de la omnipotencia del que cree. Sólo él puede prometer esa fe. Podemos considerar la reacción del padre como el punto culminante dramático de toda la narración. En el encuentro con Jesús vio con toda claridad su situación ante Dios. El acento se desplaza del hijo enfermo al padre. Mirando a su interior y reconociéndose a sí mismo lanza un grito. La exclamación pone de manifiesto su desamparo, que también él necesita la compasión de Jesús tan radicalmente como su hijo. A la luz de la palabra de Jesús reconoció que su propia fe no era aún fe, que, por consiguiente, su incredulidad necesitaba ayuda. Y espera que Jesús le abra la fe auténtica. Porque él sabe ahora que el encuentro con Jesús puede proporcionarle la libertad de esta fe” (Gnilka oc 55)

10. CREER A JESÚS Y CREER EN JESÚS: LA FE QUE SANA Y LA FE QUE SALVA (LC 17,11-19)¹⁰⁵

Al entrar Jesús a un pueblo entre Judea y Samaria, diez leprosos le gritan a la distancia que tenga piedad de ellos¹⁰⁶. Jesús, por toda respuesta, les pide que vayan a presentarse al sacerdote para que, después de hacer lo prescrito, les dé la cédula de que están sanos y puedan reintegrarse, sin peligro de que los apedreen, a su familia y a su pueblo, a la sociedad¹⁰⁷. Como se ve, el diálogo queda reducido a lo mínimo indispensable, la relación es de una parquedad, que puede parecer frialdad y sonar casi a desapego. Pero los leprosos creen que Jesús habla en serio, creen en su palabra y se ponen en camino.

No es poca la fe que se requiere para que por esa simple indicación se dirijan al templo. Esa indicación se la hace también al leproso que se hincó de rodillas ante él; pero se la hace después de tocarlo y sanarlo con su contacto humano. Pero ponerse en camino en dirección al templo mientras sienten en sus carnes la enfermedad, requiere mucha fe. Ahí sí que la fe es literalmente creer lo que no se ve, o, como dice más exactamente la carta a los Hebreos, “la consistencia de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve” (11,1). Pero queda claro que creer nada tiene que ver aquí con contenidos doctrinales; es estrictamente, confiar en Jesús, confiar en su palabra cuando aún no ha producido su efecto¹⁰⁸.

105 Bovon, oc III, 2004, 182-198; Fitzmyer, oc III, 791-806; Pagola, oc.3, *Lucas*, 278-283; Aguirre-Camps, *La curación del ciego Bartimeo*. En *Los milagros de Jesús*. EVD, Estella, 2002, 209-246.

106 “Los exegetas no han señalado suficientemente que este episodio recuerda por su tonalidad la piedad de los Salmos. Como si fuera Dios mismo, a Jesús se le invoca y pide ayuda con confianza en una oración que no admite dudas: ‘ten piedad de nosotros’” y cita los salmos 40,5 y 50,3-4 y Is 33,2 (Bovon oc 190-191)

107 “El mandato, en realidad, no es más que una expresión del poder efectivo de la palabra de Jesús, y eso es perfectamente lógico en un relato de milagro” (Fitzmyer oc 794). Pero más en profundidad es expresión de su misericordia visceral: “Desde la distancia suena un grito que le pide un gesto de compasión. Y la respuesta es inmediata; ningún gesto sólo un mandato: que se presenten al sacerdote, como lo prescribe la ley” (Fitzmyer oc 795)

108 “La curación de los leprosos no es instantánea, pero el desarrollo narrativo supone en ellos una confianza en Jesús y una disponibilidad para seguir sus instrucciones (véase, por contraste, la reacción de Naamán en 2Re 5,10-12). Como fruto de esa disponibilidad sobreviene la curación, y precisamente a distancia. Cf. 7,7-10” (Fitzmyer oc 802). “Confirmando así su confianza inicial, les insta a creer en su curación desde ese momento y a presentarse a los sacerdotes. Al enviarlos antes de estar curados, Jesús prueba la fe en su poder (...) Jesús, según Lucas, poseía efectivamente ese poder del que los leprosos lo creían investido. Durante el camino hacia los sacerdotes (...) quedaron curados milagrosamente; dicho en términos bíblicos, ‘fueron purificados’. Su fe los había curado” (Bovon oc 191)

Y, en efecto, de pronto se sienten curados. Se quedarían contentísimos; darían, sin dudar, gracias a Dios. Pero pasada la euforia inicial del grupo, el grupo se deshizo y cada quien tomó su camino. Tal vez fueron al templo. Pero ya habían dejado atrás la lepra y no querían mirar hacia ese pasado tan miserable y oprobioso por nada del mundo. Por eso romperían, incluso, el vínculo de compañeros de infortunio. Cada quien pensaría sólo en cómo rehacer su vida.

Pero uno de los leprosos, que era samaritano, al ver que estaba curado¹⁰⁹, se quedó tan conmovido de que Dios, por medio de Jesús, se hubiera fijado en él y le hubiera hecho esa merced tan insigne, equivalente a resucitarlo, sacándolo de esa muerte en vida, que regresó a toda prisa donde estaba Jesús y se le echó a los pies agradecido¹¹⁰.

Jesús se dolió de que no hubieran regresado los otros nueve, más aún, siendo judíos; y luego, pidió al samaritano que se pusiera en pie porque su fe lo había salvado¹¹¹.

Aparecen en este episodio dos tipos o grados de fe, que, siendo ambos fe, son cualitativamente distintos, de manera que sólo el segundo puede llamarse fe, en el sentido estricto de la fe que ha venido a suscitar Jesús, una fe absolutamente absoluta. Los nueve leprosos judíos creen a su palabra, que, como hemos visto, no es poca cosa; es tan grande que logra la sanción de la lepra. Pero ese tipo de fe

109 “En esta narración concreto, el ‘ver’ no es puramente una reacción sensorial, sino el despertar de la fe, una apertura de los ojos hacia la trascendencia, a la acción salvífica de Dios. Y como resultado de esa apertura, el leproso frena su camino, y en vez de presentarse ante el sacerdote, da la vuelta para presentarse a Jesús (...) La ‘vuelta’ implica una ‘conversión’, es decir, un reconocimiento de Jesús como su salvador” (Fitzmyer oc 803)

110 “Al evangelista le interesa destacar la reacción de uno de ellos. Este hombre ‘ve que está curado’: comprende que acaba de recibir algo muy grande; su vida ha cambiado. Entonces, en vez de presentarse a los sacerdotes, ‘se vuelve’ hacia Jesús. Allí está su Salvador./ Ya no camina como un leproso apartándose de la gente. Vuelve exultante. Según Lucas, hace dos cosas. En primer lugar ‘alaba a Dios a grandes gritos’: Dios está en el origen de su salvación. Luego, se postra ante Jesús y ‘le da gracias’: éste es el Profeta bendito por el que le ha llegado la compasión de Dios” (Pagola oc 279). Refiriéndose específicamente al proceso de la fe: “La fe inicial imploraba ya a Jesús; la fe madura del samaritano se dirige de nuevo a él”. La veneración que lo rodea “está señalada en el texto con precisión y amplitud: ‘caer rostro a tierra, a sus pies’” (Bovon oc 193).

111 “La línea decisiva del sentido del texto hay que buscarla en la conducta de uno que contrasta con la de los otros nueve (...) el origen o la descendencia étnica no garantizan la salvación sino la fe. Al final este aspecto es acentuado por Jesús: ‘Tu fe te ha salvado’. Con esto el narrador retoma una palabra clave del párrafo precedente donde los apóstoles piden a Jesús: ‘Refuerza nuestra fe’. Lucas 7,15-19 realiza la fe de un no judío” (Dillmann-Mora, *Comentario al evangelio de Lucas*. EVD, Estella 2006,397)

no es una fe estrictamente personal, ya que no creen propiamente en él sino que se limitan a creer en el poder de su palabra. El samaritano, en cambio, cree en él y, por eso, porque la relación, llena de misericordia, que Jesús ha tenido con él le importa más que su sanación, regresa a agradecerle¹¹². Por eso, ellos se sanan y él, además, se salva¹¹³.

El tema más visible de este pasaje es el del agradecimiento¹¹⁴; pero el tema de fondo, como su sustrato, el de la diferencia entre la fe como creer a una persona y fe como creer en una persona¹¹⁵.

Creer a una persona es creer que lo que dice es verdad porque sabe lo que dice y dice verdad (así es como creen los niños a sus maestros), o, más a fondo, porque su palabra es eficaz por la virtualidad o poder que posee esa persona (así se cree a un gobernante capaz y probo o a alguien que promete algo y puede y quiere cumplirlo). De ese modo creyeron los leprosos a Jesús: creyeron que su palabra tenía poder para sanarlos.

Creer en una persona es entablar con ella una relación personal, basados en lo que ella nos revela de sí misma. Esa relación personal puede ir ganando en confianza hasta llegar a entregarse personalmente a ella. Así creyó el leproso samaritano. No creyó simplemente que Jesús tenía un poder y lo quería ejercitar con él sino que era una persona que quería de corazón su bien, que lo quería tanto, que su amor tuvo poder para sanarlo. En este segundo caso el poder no es una cualidad excepcional de su naturaleza sino que brota de la única fuente de su amor, que es la fuente más personal, en el fondo, del amor fontal en que Dios consiste.

Por eso regresa: porque también él quiere corresponder personalmente a tanto amor. Para él el que se haya fijado en él, el que haya querido curarlo, es más precioso todavía que la propia salud, que ya es decir, en el caso del leproso, el discriminado absoluto. Precisamente por estar completamente discriminado, excluido,

112 “La alabanza a Dios toma cuerpo en la acción de gracias a Jesús, agente e intermediario de salvación, que es el que ha curado al leproso de su enfermedad. Sólo en este pasaje en todo el Nuevo Testamento la ‘acción de gracias’ se dirige a Jesús; normalmente el destinatario de la acción de gracias es simplemente Dios, o el Padre” (Fitzmyer oc 803-804)

113 Así lo insiste Pagola, oc 279,82

114 En él insiste muy hermosamente Pagola, oc 280

115 “La curación en sí misma no es una magnitud autónoma, sino que está subordinada a algo más significativo (15-18), a una nueva ‘declaración’ de Jesús, en la que se establece un contraste entre agradecimiento e ingratitud, entre judío y samaritano, entre actuación portentosa y visión de fe” (Fitzmyer oc 794). “El objetivo del relato es, en definitiva, el contraste entre agradecimiento e ingratitud (...) pero, sobre todo, entre el hecho de la curación y su interpretación en fe” (Id 796)

ha podido captar en todo su valor esa discriminación positiva de Jesús hacia su persona, esa inclusión de su persona de leproso en su vida de enviado de Dios¹¹⁶.

Por eso, los otros quedan simplemente sanados, pero el samaritano queda salvado¹¹⁷. Jesús hace a los primeros el beneficio de su salud corporal, que era lo que le habían pedido, con todo lo que conllevaba de reintegración a la sociedad y, más específicamente, al pueblo de Dios, a su presencia en la sinagoga y el templo. Pero no hay un avance en humanidad cualitativa, más bien hay un retroceso por preferir el uso inmediato de su vitalidad recobrada a la relación personal con Jesús y con Dios¹¹⁸.

El samaritano queda dignificado por su respuesta personal al acto personal de Jesús. Jesús hace de él el mayor elogio: es tu fe la que te ha salvado. Él es, sin duda, quien suscita esa fe; pero la fe es la respuesta proporcionada a la acción de Jesús: ambas se dan en el mismo plano.

Así pues, en este contexto queda claro que el agradecimiento no un acto de vasallaje ante un favor recibido sino la respuesta proporcionada a la acción del que da, ya que lo que da es una gracia, un don gratuito¹¹⁹. El agradecimiento es, literalmente, hacerse cargo de la gracia recibida y corresponder con la gracia de su presencia y acatamiento¹²⁰. Es un encuentro de libertades y dones: los del dador y

116 “La apertura a la trascendencia es lo que capacita al hombre para ‘volver’ (‘convertirse’), dar gloria a Dios y agradecer al propio Jesús la demostración de su misericordia. En el versículo conclusivo (19), ese ‘ver’ del samaritano se relaciona directamente con la ‘fe’ y con la ‘salvación’. Su grito inicial: ‘ten compasión’ (13b) se transforma en un acercamiento, en una vuelta que es conversión a Dios y a su intermediario salvífico: Jesús” (Fitzmyer oc 796)

117 Fitzmyer trae la siguiente explicación de Betz, que no acepta del todo: “Aunque los diez leprosos comparten la experiencia de una curación milagrosa, nueve de ellos no llegan a experimentar la ‘salvación’. Lo importante, lo decisivo, no es el hecho de quedar curado, sin el ‘ver’ (15), el darse cuenta de que la curación es un hecho que supone una ‘salvación’” (oc 797). “La segunda parte del relato (v. 15-19) va a mostrar que si esta fe los ha ‘purificado’, no ha sido suficiente para ‘salvarlos’. En efecto, sólo el leproso samaritano sentirá que en su oídos resuena la célebre fórmula de Jesús: ‘tu fe te ha salvado’ (...) El contraste es visual: diez habían suplicado y obtenido satisfacción; uno sólo de entre ellos reacciona positivamente” (Bovon oc 192)

118 “Su obediencia al mandato del taumaturgo –‘presentaos a los sacerdotes’- les produjo la curación física; pero su falta de una reacción responsable –dar gloria a Dios, dar gracias a Jesús- les hizo perder la mayor oportunidad de su vida, la de alcanzar la ‘salvación’” (Fitzmyer oc 804)

119 “La fe que lleva a la salvación presupone una actuación salvífica de Dios que se manifiesta en la actividad de Jesús, pero también supone, como componente esencial, una acción de gracias, como alabanza de la bondad de Dios, y una vuelta del ser humano para encontrarse con Jesús” (Fitzmyer oc 805)

120 “El leproso sanado vuelve sobre sus pasos. Pero este verbo, vinculado a la alegría y a la alabanza, sugiere también una realidad espiritual: el leproso interioriza su curación, intensifica

los del que corresponde. En este sentido literal, que es también el sentido teológico, no hay agradecimiento que no sea libre y gratuito, aunque se dé como respuesta. No es, pues, una respuesta automática ni obligada; es un acto tan personal, libre y trascendente como lo fue el don.

La gratitud se expresa como vida de fe, que consiste no sólo en ponernos en las manos de Dios sino también en ser dignos de fe para los demás.

11. EL SALVADO POR LA FE SE CONVIERTE EN SEGUIDOR (MC 10,46-52)¹²¹

Jesús sale de Jericó hacia Jerusalén, escoltado por el gentío que no quiere dejarlo. Todos van contentos sintiéndose agraciados por la presencia de Jesús. Al sentir el alboroto, un ciego que estaba sentado al borde del camino, pregunta a los que vienen delante qué es lo que pasa. Ellos le responden orgullosos que es Jesús de Nazaret. Al oírlo, el ciego¹²², que había oído hablar de él, de su corazón misericordioso, y lo tenía como un enviado de Dios para reanimar a todos los que estaban postrados, sintió que era la ocasión de su vida; que Dios lo había puesto en su camino para que lo curara. Por eso se puso a gritar: “¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí!”¹²³. Los de la comitiva, pensaron que esos gritos tan persistentes afeaban ese momento tan lucido y le decían que se callara la boca¹²⁴. Pero

su confianza inicial, profundiza su fe y culmina su conversión” (Bovon oc 193)

121 Navarro, oc,381-391; Gnilka, oc,125-131; Taylor, oc, 534-538; Bovon, oc, 311-326; Pagola, oc, 2, *Marcos*. DDB, Bilbao 2011,202-208; Fitzmyer, oc 42-52; Bonnard oc 444-447; Grilli-Langner oc 519-523

122 “El desplazamiento de la vista al oído (...) confirman el cambio antropológico y teológico del órgano de la fe, más centrado en la escucha que en la vista. La escena, en efecto, va a destacar la actitud de fe del personaje”. “La expresión *escuchó acerca de él* evoca analépticamente relatos de otros dos personajes con los que va a conectar esta historia, ya que los tres comparten la iniciativa individual de solicitar ayuda de Jesús después de que han escuchado hablar de él. Son el relato de la hemorroísa (5.21-34) y el de la mujer sirofenicia (7,24-30), vinculados entre sí por la misma actitud de fe” (Navarro oc 383). Sobre la comparación de los tres, ver Navarro oc 387-389

123 Sobre el sentido de esta invocación, ver Gnilka oc 128, Navarro oc 383-384, Fitzmyer oc 49, Bonnard oc 445-446

124 Para Bonnard, que subraya la agitación mesiánica, “el Hijo de David debía sobre todo aplastar a los enemigos de Israel y aportar a su pueblo una perfección a imagen de la piedad farisaica (cf. *ad* 12,23). No extraña, pues, ver aquí a la gente protestar contra estos ciegos; ¡no se puede importunar al Hijo de David ‘que sube’ a su ciudad” (oc 446)

él, lejos de hacerles caso, gritaba más fuerte¹²⁵. Al fin Jesús lo oyó, se paró y pidió que se lo trajeran. Los que le insistían que se callara, al ver que lo llamaba Jesús, es decir, que ya formaba parte de lo que ellos consideraban como el espectáculo, lo animaron diciéndole que lo llamaba el Maestro. Él, de la emoción, dejó el manto¹²⁶, pegó un salto y se dirigió hacia él. Cuando Jesús lo tuvo delante, le preguntó qué quería. Él le contestó que quería recobrar la vista. Jesús le respondió: “Vete, tu fe te ha salvado”¹²⁷. Al instante recobró la vista y lo seguía por el camino”.

El ciego se queda completamente fuera de sí de la emoción de tener a Jesús a su disposición. Que Jesús, ese hombre de Dios, le pregunte qué quería que hiciera por él, fue para él como si se lo preguntara Dios mismo. Se sintió tan dignificado de que le diera a él ese momento de su vida, de que se abriera a lo que él le iba a decir; le pareció tan increíble esa relación de fe de Jesús con él, es decir, que no

125 “Esa invitación a guardar silencio es, más bien, un impedimento en el camino de la fe, obstáculo que el ciego supera” (Gnilka oc 127; ver también 128). Lo mismo Navarro oc 384. Grilli-Langner destacan la falta de fe, la ceguera, de los que iban con Jesús que no comprenden sus entrañas de misericordia (oc 520,521,522)

126 Para Navarro el manto le serviría para recoger las limosnas y como “está convencido de que Jesús le devolverá la vista, así que no necesita el manto. A esta luz la acción de arrojar el manto es un signo de su fe, no sólo un rasgo estético del narrador para dar mayor vivacidad a la escena” (oc 386)

127 “Tenemos aquí una forma cambiada y específicamente cristiana de un relato de milagro al que, por la acentuación de la fe, podríamos denominar relato de fe”. “En el relato se trata más bien de la fe de Bartimeo que del milagro que sucede en él (...) Desde el comienzo se contó el relato de manera que Bartimeo y su fe –no Jesús– ocuparon el lugar destacado, a pesar de que el nombre de Jesús aparece seis veces. Se narra la perícopa desde el punto de vista del mendigo” (Gnilka oc 127) Es cierto lo del punto de vista; pero no estamos de acuerdo con la disyuntiva porque creemos que de lo que se trata es de la relación: Jesús es el que había suscitado la fe del mendigo y el que se pone a su disposición. Así pues, es una fe mutua. Para Navarro cuando el lector “espera una palabra de curación, encuentra el reconocimiento de la fe del hombre y la confirmación de su salvación, desplazando la curación al plano estrictamente religioso. Jesús le despide, pues ya todo está conseguido gracias a su fe. Mediante la expresión ¡vete! Jesús le indica que puede reincorporarse a su vida normal, que está capacitado para reinsertarse” (oc 386). “Es de notar que Marcos no describe ninguna acción ni refiere ninguna palabra curativa de Jesús”. Sólo le dice: *vete, tu fe te ha salvado*. “La fe en cuestión es la misma que en 5,34, es decir, confianza en Dios y en el poder curativo de Jesús” (Taylor oc 538). “A la pregunta de Jesús de qué quieren que les haga, ambos responden con una fórmula en voz pasiva, *que se abran nuestros ojos*, que remite a Dios como el que realiza lo solicitado. Con ello, los ciegos están expresando, a la vez, su fe y su esperanza en Jesús y en su acción. Por eso él no tiene que preguntar por la fe y por la confianza de ambos, como ocurría en el otro caso de curación de los dos ciegos en 9,27-31” (Grilli-Langner oc 521)

procediera como a él le parecía sino que le preguntara qué quería, para ponerse a su disposición¹²⁸, que sintió que ya su vida tenía sentido y rumbo cierto.

Si Jesús se había entregado a él y su acción en él había traído la luz a su existencia, no sólo la luz a sus ojos sino, sobre todo, a su corazón, él también quería entregarse a Jesús y caminar a su luz. Por eso, no usó los ojos para seguir su propio camino sino para seguir a Jesús¹²⁹. Lo siguió ciertamente por el camino hacia Jerusalén, pero lo siguió en el fondo por el camino, porque Jesús no tenía dónde reclinar la cabeza: lo siguió para vivir ya en camino. Él, que al quedarse ciego había tenido que vivir varado a la orilla de la vida, al recobrar la vista no busca establecerse por su cuenta, no busca una querencia, sino que se resuelve a vivir sin tener un lugar como referencia, porque en adelante su referencia era una persona viva y en camino¹³⁰. No necesita una querencia porque se ha entregado a quien se entregó a él, iluminando su vida. Caminando vive estable porque nunca se separará del camino, del Camino que es Jesús.

La respuesta del ciego a la fe de Jesús en él es la máxima expresión de la fe: vivir colgado de la palabra del Maestro, vivir en su seguimiento¹³¹. Por eso,

- 128 “Se presenta la reacción de Jesús como su respuesta. Con ello se pone de manifiesto su inclinación personal al mendigo” (Gnilka oc 129). “Con la pregunta ¿qué quieren que les haga?, él ofrece su ayuda: no se entromete ni ‘sabe’ ya anticipadamente qué es lo mejor para ellos. La conducta de Jesús constituye así mismo un ejemplo para los lectores de cómo deben tratar ellos con las personas que necesitan ayuda” (Grilli-Langner oc 522). Bonnard insiste en que, a diferencia de Marcos y Lucas, “en Mateo es más bien para destacar la autoridad de Jesús, que otorga el cumplimiento tan pronto como se ha expresado la petición”. En Mateo, añadá, el término *conmoverse las entrañas* “está destinado a ilustrar el *servicio* (v. 28) que el Hijo de hombre ha venido a realizar” (oc 447)
- 129 “No sólo ha logrado la visión corporal, sino que, mediante su fe, ha conseguido el acceso a Jesús, que es capaz de salvarlo. Marcos ha desarrollado más esta unión personal realizada en la fe. El que en otro tiempo fue ciego se convierte en seguidor de Jesús. Hay que dar todo su significado al término *akolouthein*. Como seguidor, es discípulo. El camino que inicia acompañando a Jesús, es el camino a la pasión” (Gnilka oc 129)
- 130 Navarro describe el proceso de transformación expresada en verbos de movimiento: “de *estar sentado*, posición inicial estática, pasiva, dependiente, en espera, pasa a *dar un salto*, que es ponerse de pie, disponerse activamente y solo, a orientarse, *andar hasta Jesús*, que es seguir la focalización de su oído, y *seguirle* (andando) en el camino, posición final de movimiento y actitud continuada, autónoma y relacional (seguir a Jesús en un grupo) (...) El recién incorporado no muestra miedo ni prejuicios. De este modo contrasta con el grupo de los doce, sus miedos, bloqueos y resistencia a entrar en esta última fase de Jesús” (oc 386). También para Fitzmyer “el ciego aparece aquí como contrapunto de los embotados discípulos” (oc 46)
- 131 “Si el tema de la fe estaba presente en el relato antes de Marcos, el ciego sanado se convierte en discípulo ejemplar. Y lo es, no sólo por su fe inquebrantable, sino, ahora de manera especial, por su disposición de seguir a Jesús en su camino a Jerusalén” (Gnilka oc 130). “Aquí es

Jesús, al ponerlo en marcha, le había dicho: “tu fe te ha salvado”. No sólo lo sanó, le devolvió la vista, sino que dio sentido y dirección, plenificó, su vida.

12. LOS POBRES ENTRAN EN JERUSALÉN EN UNA IMPOSIBLE MANIFESTACIÓN DE FE. LOS REPRESENTANTES DEL TEMPLO Y LA TORÁ NO RECIBEN A JESÚS PORQUE NO ES DEL APARATO (MC 11,1-11;MT 21,10-11;LC 19,41-44)¹³²

Jesús va entrando en Jerusalén escoltado por miles de peregrinos galileos que vienen a prepararse para celebrar la Pascua. Lo han avistado cuando se acercaba a la ciudad, han percibido que quería entrar en ella en forma, digamos, oficial y pública, como el enviado que es de Dios a su pueblo, y, por eso, lo acuerpan en son de reconocimiento y homenaje. Es una verdadera entrada triunfal, no, ciertamente como las que acostumbraban a escenificar los reyes y generales victoriosos. En ésta no hay lujo ni armas ni botín, pero les supera en adhesión espontánea, en reconocimiento sincero y desde el fondo del corazón y, sobre todo, en trascendencia¹³³.

Así lo resume Taylor: “No podemos eludir la tarea de reconstruir históricamente los hechos originales. Jesús debió darse cuenta de que crecía la tensión mesiánica de sus discípulos y de que había fracasado su instrucción sobre el Mesías paciente. Hasta las mismas piedras estaban impregnadas de expectación mesiánica (Lc 19,40). Jesús, pues, recurre a la acción profética, como hizo cuando alimentó a la multitud en el desierto y como hará después en la Última Cena. Antes había mandado ya a dos de sus discípulos que trajesen un pollino, para cumplir la profecía de Zacarías. Jesús, que no puede negar que es el Mesías prometido, quiere manifestar a sus discípulos y a la multitud qué clase de Mesías es: no es un Mesías guerrero, sino humilde, que cabalga en un pollino. La multitud se queda

llamativamente diferente la referencia a que los que han sido curados siguen a Jesús por propia decisión; en efecto, en otros relatos de curación los sanados siempre se habían marchado” (Grilli-Langner oc 521)

132 Grilli-Langner, *Comentario al Evangelio de Mateo*. EVD, Estella, 2011,527-532; Navarro,oc,394-399; Gnilka,oc, 131-142; Taylor,oc, 540-548; Fitzmyer,oc IV,91-108; Bovon,oc IV, 33-64;Bonnard,oc 450-453; Pagola, *Jesús*. PPC, Madrid 2007,352-257

133 Así lo subraya Fitzmyer, citando a Kümmel: “Jesús, mediante una acción consciente, asoció su persona y su destino a esa predicción [la de Zacarías], mostrando así que deseaba ser un Mesías sin pompa externa, pero precisamente en ese acto de humildad se reveló la consumación escatológica” (oc 96)

perpleja, pero comprende el significado de la acción de Jesús lo suficiente para darse cuenta de que no es el Mesías que ellos esperaban; por eso más tarde se volvieron contra él”¹³⁴.

Estamos de acuerdo con que la entrada de Jesús en Jerusalén debe ser interpretada como una acción profética que manifestara ante todos y, en primer lugar, a las autoridades religiosas su tipo de mesianismo¹³⁵, que sus discípulos, por cierto, no habían aceptado; pero nos parece que la actitud que atribuye a la multitud, que es la que asumirá en definitiva, según Marcos, no se corresponde con la historia porque en ese caso no se explica la manifestación espontánea de entusiasmo en la que coinciden todos los estudiosos¹³⁶.

Nos parece más convincente la evocación de Navarro: “el camino alfombrado de mantos y ramajes, gente en torno y grupos que van delante y detrás de Jesús entrando en la ciudad como una comitiva chocante. Se trata de una escena festiva, ritual y religiosa, pero impregnada de contenido político subversivo, pues enlazando con la tradición política judía más consistente (la davídica) la reinventa. Esa recreación es un desafío a las autoridades religiosas: el borriquillo contrasta con los caballos, pero no deja de ser una montura. La preparación del camino tampoco deja de ser un homenaje y un reconocimiento. La gente sustituye al ejército que suele acompañar la toma de una ciudad. En los casos en que la toma de la ciudad se hace de forma pacífica, esta paz y el reconocimiento que la suele acompañar se lleva a cabo sobre la base de una rendición y sometimiento previos. La multitud que acompaña a Jesús lo hace de forma libre y espontánea pues nadie la obliga a reconocer su autoridad. La espontaneidad toma la forma de liturgia de alabanza dirigida a Dios, que tiene lugar en la calle y no en el templo. Esta liturgia improvisada subvierte el grito de los conquistadores”¹³⁷.

Como se puede apreciar, aquí subversión no tiene el contenido habitual de una sublevación armada para derrocar el orden establecido sino lo que significa literalmente la palabra: trastrocamiento de los códigos establecidos y, en este caso

134 Taylor oc 542

135 Dunn deja más abierta la escena y por eso habla de “un gesto de cierta significación, supuestamente como otra parábola representada, con destino a los que tuvieran ‘oídos para oír’. Que algunos –al menos de los discípulos- percibieron en ello ecos de Zac 9,9 tendría poco de sorprendente” (*Jesús recordado*. EVD, Estella 2009,724-725)

136 Como ejemplo, valga la apreciación de Bultmann que cita, concordando, Fitzmyer: “la base histórica de la escena podría haber sido la entrada de Jesús en Jerusalén en medio de una multitud de peregrinos exultantes y llenos de expectación” (oc IV 95)

137 Oc 398-399

(como casi siempre), sacralizados. Y por eso, la reacción en contra fulgurante de sus personeros, que sienten amenazado no su poder institucional sino la legitimidad de su modo de detentarlo.

Pagola subraya este aspecto. “El gesto de Jesús era seguramente intencionado. Su entrada en Jesús montado en un asno decía más que muchas palabras. Jesús busca un reino de paz y justicia para todos, no un imperio construido con violencia y opresión. Montado en su pequeño asno aparece ante aquellos peregrinos como profeta, portador de un orden nuevo y diferente, opuesto al que imponían los generales romanos, montados sobre sus caballos de guerra. Su humilde entrada en Jerusalén se convierte en sátira y burla de las entradas triunfales que organizaban los romanos para tomar posesión de las ciudades conquistadas. Más de uno vería en el gesto de Jesús una graciosa crítica la prefecto romano que, por esos mismos días, ha entrado en Jerusalén montado en su poderoso caballo, adornado con todos los símbolos de su poder imperial (...) Este acto público de Jesús anunciando un antirreino no violento habría bastado para decretar su ejecución”¹³⁸.

Estamos de acuerdo en el carácter objetivamente subversivo; pero no en que los romanos pudieran haberlo captado.

Los peregrinos galileos, que siempre habían entrado a la ciudad para que el templo los pusiera a valer, traen ahora en medio de ellos a quien va a poner a valer al templo: traen al templo vivo de Dios. No lo conceptualizaban así, pero eso era lo que sentían, y sabían que su sentir era certero por todo lo que habían visto y oído, por lo que habían convivido con él en su tierra. Jesús era para ellos, sin sombra de duda, la presencia viva de Dios¹³⁹. Por eso, dándole un sentido pleno, desconocido hasta entonces, al canto de los peregrinos, coreaban: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”¹⁴⁰.

138 Oc 357. También Moltmann subraya que “sin esa excitación del pueblo su crucifixión por los romanos como ‘rey de los judíos’ hubiera sido incomprendible” (*El camino de Jesucristo*. Sígueme, Salamanca 1993, 226). Kasper, más cauto, concede, sin embargo, que “sin duda en Jerusalén tuvieron lugar manifestaciones mesiánicas de sus partidarios (Mc 11,7 s. par) lo que sorprendió no poco, dándose hasta algún alboroto popular” (*Jesús, el Cristo*. Sígueme, Salamanca 1967, 144).

139 Pagola subraya la expectativa del Reino, que ligaban a la persona de Jesús, al que demostraban así su agradecimiento: “contagiados por el clima festivo de la Pascua y enardecidos por la expectativa de la pronta llegada del reino de Dios, en la que tanto insistía Jesús, comienzan a aclamarlo (...) Expresan su fe en el reino de Dios y su agradecimiento a Jesús. No es una recepción solemne organizada para recibir a un personaje ilustre y poderoso. Es el homenaje espontáneo de los discípulos y seguidores que vienen con él” (oc 356)

140 “Los discípulos están siempre presentes y son los únicos activos; se los designa como grupo

Ciertamente para Mateo, que cita a Zacarías, que se refiere a “tu rey que está llegando” y que hace gritar a los peregrinos “¡Hosana al Hijo de David!”, Jesús entra a la ciudad como Mesías¹⁴¹. Lo mismo podemos decir de Lucas y Juan que coinciden en que aclaman a Jesús como rey¹⁴². Pero también Marcos, aunque más buidamente¹⁴³, lo habría interpretado así¹⁴⁴.

numeroso (*plethos*, ‘multitud’) y se alegran por los milagros de Jesús, dando gracias a Dios y luego bendiciendo al héroe por medio de la Escritura, junto con la ayuda de una fórmula litúrgica (v.37b-38). Los lectores se enteran entonces de la presencia de una ‘muchedumbre’ (*ojlos*) y oyen una queja sin explicación, de algunos fariseos (v.39). Jesús, de nuevo activo y elocuente, los reduce al silencio aprobando la alabanza, que parece a la vez orquestada y espontánea (v.40)” (Bovon oc 36). El autor no acaba de ver que la muchedumbre y la multitud son los mismos, son los que, al haber dado fe a lo que han visto y oído, dan gloria a Dios porque reconocen en Jesús a su enviado. En ese sentido son discípulos, además de que siguen la trayectoria de Jesús y lo acuerpan (oc 43).

- 141 “La cita escriturística cumplida presenta a Jesús como el *rey* (esperado), pero no concuerda con la descripción habitual de un monarca, pues es un rey manso, pacífico. Por un lado, Mateo señala con esto a sus lectores que de este Jesús no procede ningún peligro político: no es ningún anti-rey que vaya a disputar el poder al emperador romano o a su gobernador. Pero por otro, los opositores de Jesús le reprochan que quiere ser el *rey de los judíos/ de Israel* (27,11.29.37.42) con lo que a los lectores se les plantea esta pregunta: si Jesús es rey ¿de qué tipo lo es?” (Grilli-Langner oc 529). Bonnard oc 452-453
- 142 “Jesús entra en Jerusalén como ‘el rey’, como ‘el que tiene que venir’ en cumplimiento de la profecía de Malaquías: ‘Mirad, yo envío un mensajero a prepararte el camino. De pronto entrará en el santuario el Señor a quien buscáis, el mensajero de la alianza que deseáis; miradlo entrar” (Fitzmyer oc 97). “No vacila el evangelista en conceder el título de *basileus*, ‘rey’, ‘emperador’, porque en su pensamiento –como en el del evangelista Juan- la realeza de Jesús no es de este mundo (lo que no significa que no tenga efectos sociales y políticos aquí abajo)” (Bovon oc 43)
- 143 “La ausencia del título de rey no es fruto de la casualidad (cf. Lc 19,38; Jn 12,13). Éste se reserva para el relato de la pasión, en el que se desvela la verdadera dignidad regia de Jesús” (Gnilka, oc 138-139). Taylor cita, considerándola muy acertada, la observación de Dobschütz: “El modo que Jesús eligió para entrar en Jerusalén era muy apto para declarar su dignidad mesiánica a quienes fuesen capaces y estuviesen dispuestos a entenderla, y para ocultarla a los demás” (oc 541). También Navarro: “la gente, aunque se equivoque, parece entender pronto el sentido de su gesto. El narrador hace todo lo posible (...) para que el lector/a en el nivel del discurso, y los discípulos en el nivel de la trama, entiendan el gesto acertadamente”. “Las autoridades judías pueden entender el símbolo global subversivo de toda la estampa. Las autoridades romanas no entenderían casi nada de dicha acción” (oc 397,399)
- 144 Y según Gnilka, con base histórica. Por eso, después de analizar uno por uno los signos mesiánicos presentes en la escena (oc 133-139), concluye: “Como trasfondo histórico de este relato hay que suponer la entrada de Jesús en la metrópoli con sus discípulos y con un grupo de peregrinos a la fiesta. Estos últimos, llenos de júbilo, habrían relacionado tal entrada con la esperanza del reino de Dios que llega desde ahora” (Id 140)

Esa entrada triunfal de los peregrinos galileos a Jerusalén vitoreando a Jesús era una imponente manifestación de fe. Naturalmente que no era aún, la fe postpascual de la Iglesia. Aclamaron a Jesús por los milagros que habían visto, que habían interpretado como signos de que era el hombre del Espíritu, por quien pasaba Dios sanado, salvando, dando esperanza. No era, ni podía serlo, la fe puesta a prueba en la pasión¹⁴⁵.

Claro que algo podía haber también de contagio de masas, de percepción de un líder carismático, en el sentido sociológico, es decir, un ser con facultades especiales para interpretar el sentir de las masas, para identificarse con ellas y para que ellas se sientan intuitivamente representadas por él, identificadas con él; un líder que abstraiga de la realidad y apegue a sí. Es cierto que la relación con un personaje así es volátil y que el encanto puede convertirse en desapego o incluso condena. Pero Jesús no fue de ningún modo una persona de esas características; por el contrario, se empeñó en liberar las mentes y los corazones de manera que pudieran responder de manera adulta a la relación, que él propiciaba, con Dios y con los demás y, no menos, consigo mismos. Por eso no sería justo decir que Jesús tenía encantadas a las masas o que ellas erróneamente se habían relacionado con Jesús a ese nivel ilusorio y que, al verlo en poder de las autoridades, se habían desencantado y vuelto violentamente en su contra; aunque eso no quita que quienes no habían tenido un contacto más personal e inmediato con él sino que habían reaccionado por lo que se decía y por lo que habían captado en encuentros multitudinarios, no hubieran podido tener ese encantamiento y desencantamiento. Pero, a pesar de la tesis de Marcos, que sostiene que todos le fueron dejando solo, incluso, después de la resurrección, las mujeres que habían permanecido fieles¹⁴⁶, no creemos que pueda sostenerse a nivel histórico, ni por lo que toca a las masas (Lucas sostiene su fidelidad) ni a algún discípulo y algunas discípulas (así lo expone el cuarto evangelio y Mateo).

145 Bonnard, comentando a Mateo, se refiere a los dos planos de la interpretación: "Las citas preciosas de Is 62,11; Zac 9,9 y Sal 118,25-26 nos recuerdan que este relato es algo más que un reportaje objetivo; en él queda expresada la fe total del cristianismo primitivo en el rey bondadoso y doliente". "La aclamación de la multitud, como vemos frecuentemente en Mateo, tiene un doble sentido: quizás no es más que una simple excitación mesiánica y, en este caso, la gente no dejaría de fijarse en la singularidad de este atuendo regio; pero puede expresar también la fe del evangelista y de su Iglesia. En tal caso, la multitud saluda al rey que entra en Jerusalén para realizar allí el *servicio* (20,28) doloroso de la cruz" (oc 451.453)

146 Alegre, *Un silencio elocuente o la paradoja del final de Marcos*. RLT 58 (2003)3-24; 59 (2003)135-161

Los peregrinos galileos reconocían en Jesús al enviado actual y vivo de Dios precisamente en la ciudad donde residían las instituciones que mediaban la presencia de Dios y que, de hecho, según sus personeros, hacían innecesaria la presencia de ningún emisario suyo. Dios estaba presente en los ritos del templo y en la ley ¿para qué necesitaban más? No sólo no lo necesitaban, sino que, si venía de fuera, podía oscurecer esa mediación objetiva, autenticada por la tradición y, por tanto, fuente segura de acceso a Dios. ¿Qué podía significar para la ciudad santa “Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea” (Mt 21,11), como proclamaban, orgullosos y desafiantes, los peregrinos a quienes les preguntaban por el motivo de esa algarada?

Por eso, las autoridades se hicieron a un lado para que pasara Jesús y los suyos. No se atrevieron a pedir explicaciones y, menos, a desautorizar; pero no lo recibieron. Por eso, Jesús se dirigió al templo, inspeccionó todo y se retiró con los peregrinos a pasar la noche fuera de la ciudad¹⁴⁷.

Jesús se quedó con una sensación agridulce¹⁴⁸. Por una parte sentía contento de que esos sencillos, tenidos por los sabios y entendidos como insignificantes, a quienes el Padre había revelado el misterio del reinado que Jesús hacía presente, habían estado a la altura y habían dado testimonio en la ciudad santa de lo que habían visto y oído en Galilea. La fe de ese pueblo sencillo lo confortaba. Era el pueblo que él se había encontrado contra el suelo de tanta carga y desesperanzado, y a quien él había liberado la mente y puesto en pie y movilizado. Ahora esa su gente le retribuía dando la cara por él y, según Lucas (23,27.48) y verosímelmente, lo acompañaría hasta el Calvario, de donde regresó dándose golpes de pecho de dolor, rabia y protesta, como siguen haciendo los semitas, y no de arrepentimiento, como hacemos los occidentales. Jesús no estaba solo, su misión había sido fecunda¹⁴⁹.

147 “Cuando comienza a atardecer, Jesús, acompañado de los suyos, se retira de la hostil Jerusalén y se dirige a Betania” (Gnilka oc 139). “Igual que, al principio del viaje, los samaritanos ‘se negaron a recibirlo’ en sus aldeas (Lc 9,52-53), ahora los fariseos rechazan su entrada en Jerusalén” (Fitzmyer oc 98)

148 Grilli-Langner oponen la actitud de la ciudad que se sobrealta y la de la multitud que ve en Jesús al profeta de Galilea (oc531)

149 Por eso no estamos de acuerdo con Bovon cuando, comentando precisamente a Lucas, afirma: “Como el de la Transfiguración, la narración levanta un velo. A las puertas de la humillación, descubre la realeza paradójica de Jesús. Ni los fariseos, ni la discreta muchedumbre, ni los discípulos guardarán durante la Pasión el recuerdo de esta dignidad s entrevista, un recuerdo capaz de movilizarlos. Jesús estará solo en el momento de morir. Pero su exaltación pascual confirmará el valor profético y simbólico de su camino real hacia la ciudad santa” (oc 47)

Pero los representantes legítimos de la religión revelada no habían creído en él. Los personeros de las instituciones tenidas como los cauces oficiales de la voluntad de Dios, no lo habían recibido. Y ellos, y no el pueblo llano, eran los que decidían.

Por eso lloró ante Jerusalén, que no lo había recibido¹⁵⁰. Como había anunciado la legión desarmada de ángeles en su nacimiento, él venía a traer la paz de Dios como alternativa a la *pax romana*, impuesta por las legiones¹⁵¹. La paz perpetua que nos concedía Dios consistía en la entrega de su Hijo para, mediante él, echar para siempre la suerte con la humanidad. Al ligar su suerte a la de la humanidad, la suerte de la humanidad era la misma de Dios: el amor como fuente de vida filial y fraterna. Ésa era la salvación de Dios, la que ofrecía a todos y, en primer lugar, al pueblo de Dios, representado por las instituciones santas de la Ley y el Templo y sus personeros. Era una paz total e incondicional, pero también era el ofrecimiento definitivo. No habría otro. Pero ellos no habían conocido esa paz porque no se habían querido abrir a su enviado. Y no se habían abierto porque se habían absolutizado a sí mismos al absolutizar las instituciones que representaban. Por eso lloró Jesús¹⁵².

Al absolutizar los ritos del templo y el cumplimiento de la ley, la relación personal en que consiste la relación de fe, había sido sustituida por la práctica de las mediaciones ritualizadas. Pero este desplazamiento estaba oculto a sus ojos porque se seguían recitando las plegarias que expresaban esa relación. No se caía en cuenta de que la recitación no era ya el vehículo de esa relación personal absoluta por la que el creyente se pone realmente en manos de su Dios, sino que se había reducido a la condición de un componente del rito o de la ley, que había que observar. Muchos lo observarían con buena voluntad, pero sin que la primacía la tuviera ya la relación actual, viva y abierta con el Dios siempre trascendente.

150 “La soberanía regia de David, que llega con Jesús, tendría como destinataria a la ciudad. Pero se presenta a Jerusalén como la ciudad que siente enemistad contra él. Parece que la salutación que se le tributó a Jesús en las afueras de la ciudad no tuvo eco alguno en el interior de ésta. Así se indica que la ciudad le pertenece, pero ésta se resiste. Y se anuncia el destino que ella le prepara” (Gnilka oc 141). Navarro especifica más: “La ciudad trae a la memoria a los dirigentes religiosos que acusan a Jesús y le piden cuentas sobre su autoridad. La ciudad queda vinculada a las controversias entre Jesús y los líderes judíos. El lector está preparado para asistir a nuevas controversias. La reiteración de los anuncios le induce a sospechar que las consecuencias pueden ser fatales. De este modo la mención de Jerusalén tiene un carácter proléptico” (oc 395)

151 “Puesto que el relato de la entrada en 1.8-11 estaba marcado ya mesiánicamente, era natural añadirle el tema del Príncipe de la paz que cabalga sobre un pollino” (Gnilka oc 133)

152 Wright, *El desafío de Jesús*. DDB, Bilbao 2003,66

Dicho de otra manera, el rito había perdido su carácter simbólico para convertirse en una ceremonia cosificada. El nivel simbólico se alcanza cuando el rito es la celebración de la vida; es decir cuando la presupone, cuando antes del rito se realiza el vivir constantemente como hijo de Dios y por consiguiente como hermano de los demás hijos de Dios, y cuando la ley queda desbordada por el deseo sincero de hacer en cada momento lo que agrada al Padre. En eso consiste la relación de fe, que es el alma de las expresiones religiosas y que las desborda completamente. Por eso cuando se absolutizan los cauces de la religión se oscurece la relación de fe.

Por eso, Jesús, que sí mantenía esa relación de fe, es decir, personal, incluso con los personeros, se dolió de su ceguera y lloró por Jerusalén.

En América Latina, antes del concilio, vivía el catolicismo la culminación del proyecto pastoral de restauración de la cristiandad, un proyecto sacral, cuyos sujetos eran los personeros de la institución eclesiástica y cuyas manifestaciones más visibles eran el cumplimiento masivo de los ritos de pasaje (bautismo, primera comunión, matrimonio y exequias), la asistencia a la misa dominical, la celebración religiosa de las fiestas sociales y la celebración social de las fiestas religiosas, y multitud de eventos que ocupaban gran parte del tiempo libre y del espacio público. Sin embargo, había un divorcio profundo entre la religión y la vida personal y social. En efecto, siendo la única región cristiana, éramos y seguimos siendo la región con más desigualdad social del planeta.

En el postconcilio, desde Medellín, la Iglesia Latinoamericana buscó realizar el cristianismo en la vida. Los pueblos creyentes y oprimidos, apoyándose en su fe y con la alianza de la institución eclesiástica y de profesionales comprometidos, se movilizaron para conseguir sus derechos y lo que Medellín llamó el desarrollo integral, un desarrollo humano.

Como no se había visto desde el imperio romano, la respuesta del orden establecido, que se decía cristiano, fue de una brutalidad inaudita: asesinaron a seis obispos, a cientos de curas y monjas y a muchos miles de cristianos comprometidos, sobre todo, populares.

Por eso, desde hace más de una década, aunque se sigue proclamando lo mismo, de hecho la mayoría de la institución eclesiástica ha vuelto a proponer persistentemente un cristianismo de grupos cerrados, de prácticas y ritos. Ha sustituido la encarnación kenótica, que es el camino insustituible de Jesús, por la invocación religiosa, sobre todo, litúrgica, del nombre de Jesús; ha abandonado la

solidaridad de salvar al mundo desde dentro del mundo y desde abajo, desde los pobres, por la propuesta de salvarse del mundo, entrando en el ámbito eclesial organizado.

¿No tenemos que llorar hoy también por Jerusalén? ¿Y no son hoy también pobres quienes siguen dando la cara por Jesús de Nazaret, por su camino, en medio de la ciudad, de la dirección dominante en ella, que no quiere conocer la paz que él le trae, porque, como denunciara Medellín, sigue siendo una institucionalidad violenta, que genera violencia?

Entre nosotros ¿quienes mantienen hoy la fe y la proclaman con su vida? Cuando decimos a Jesús en la Cena del Señor “no mires nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia” ¿en quiénes estamos pensando? En un juicio de hecho y no sólo en teoría ¿no son, sobre todo, los pobres con espíritu los que constituyen el corazón de la Iglesia, los que mantienen e irradian la fe, los que conocen la paz del Señor y, por eso, la propagan a quienes se ponen en su onda?

13. EL CIEGO DE NACIMIENTO CURADO POR JESÚS, SE CONVIERTE EN TESTIGO FEHACIENTE (JN 9,1-38)¹⁵³

Al pasar Jesús y sus discípulos ven a un ciego de nacimiento, conocido de todos porque se solía sentar delante de la puerta Hermosa del templo para pedir limosna. Para los discípulos sólo es objeto de curiosidad: “¿Quién pecó para que naciera ciego? ¿Él o sus padres?” Para ellos era obvio que si era ciego era porque Dios lo había castigado. El problema para ellos era quién mereció ese castigo. Como se ve, la noción de Dios que subyace es el Dios retributor: premia a los buenos y castiga a los malos. Como no es fácil ver la causa, es decir, el estado interno de la persona, se deduce por el efecto. Si a uno todo le sale bien, se deduce que es bueno; si le sale mal, es que ha hecho mal. Para Jesús, en cambio, dejarse llevar por esa lógica es profanar el nombre de Dios. Para él Dios sólo hace bien; por eso, no ha intervenido en su ceguera; pero va a intervenir para que vea: al darle vida se va a manifestar su gloria¹⁵⁴.

Por eso, hace barro con la saliva y se la aplica a los ojos del ciego, pidiéndole

153 Mateos-Barreto, oc.431456; Léon-Dufour, oc II,258-280; Barret, oc.534-555; Brown, oc, 612-628; Tilborg, oc,184-193; Castro, *Evangelio de Juan*. Comillas, Madrid, 2001

154 Léon Dufour, oc vol. II, 263-266; Mateos/Barreto oc 433-436. “El ciego, presentado como tema de debate teológico, se convierte en objeto de la misericordia divina y lugar de revelación” (Barret oc 541)

que vaya a lavarse a la alberca de Siloé, que, dice significativamente el evangelista, quiere decir enviado¹⁵⁵. El ciego, que, como tal, tiene afinado el oído, ya que tiene que ejercitarlo en vez de la vista, y ha oído la conversa, se abre, agradecido y gozoso, a la mentalidad de Jesús, cree en sus palabras y por eso deja que le ponga el emplasto y va resuelto a lavarse a Siloé.¹⁵⁶ El hombre no sólo ha creído las palabras de Jesús sino que ha creído en él como un hombre con la mentalidad de Dios y enviado por él para revelarlo haciendo el bien, precisamente en su misma persona¹⁵⁷.

Al lavarse los ojos, lleno de fe, comienza a ver¹⁵⁸. Tenía que ser algo indescriptible comparar la idea que se había hecho de las cosas con el modo como las veía. Caminaría sin trastabillar y mirando todo con grandísima atención. Los que lo veían viendo, se quedaron tan asombrados que discutían si era el mismo o alguien que se le parecía. Él insistía que era el mismo. Entonces, llenos de genuino interés, le preguntaban cómo había comenzado a ver. Él les contaba lo que había hecho con él Jesús. Como obviamente no se trataba de una curación técnica sino de un signo, que ellos interpretaban como de Dios¹⁵⁹, lo llevaron ante los dirigentes religiosos. Ellos le volvieron a preguntar cómo había comenzado a ver. Entonces se produjo una discusión entre ellos porque unos aseguraban que, si hacía eso, es que era de Dios; pero otros argüían que, si profanaba el sábado, no podía venir de él. Por eso, le pidieron su parecer al ciego. Él contestó resueltamente que era profeta. Como no querían sacar esa conclusión, llamaron a sus padres, que certificaron que era su hijo y que nació ciego, pero en lo tocante a la curación les

155 “Relacionado con el acto por el que Dios formó al hombre según el Génesis, el gesto de Jesús significaría la conclusión de la creación primera, con vistas al ser perfecto que es el hombre creyente” (Léon Dufour, *oc* 266). Lo mismo Mateos/Barreto *oc* 436-437

156 “El ciego del relato, aunque mendigo, no formula ninguna súplica. No puede pedir lo que él ignora. No va a recuperar un bien que poseyera antes y que después perdió sino que va a nacer a una nueva existencia” (Léon Dufour, *oc* 265). Lo mismo, Mateos/Barreto, que, sin embargo, añade: “No pretende, sin embargo, suprimir su libertad; va a ponerle ante los ojos el proyecto de Dios sobre el hombre. La decisión de obtener la vista quedará en sus manos; él tendrá que ir por propia iniciativa a bañarse a la piscina” (*oc* 436)

157 “Los obras de Dios (9,3s) hacen al hombre. Ha visto la luz, no a través de una enseñanza, sino a través de la acción” (Mateos/Barreto *oc* 438)

158 “La obediencia del ciego es completa; y así lo es también su curación” (Barret *oc* 542). Castro *oc* 215

159 “Según el estilo joánico, el signo es constatado debidamente por algunos actores extraños al acontecimiento. Esto ocupa el lugar que tenía la admiración con que se coronaban los relatos de milagro sinópticos, y no por azar: los signos de Jesús apelan a una opción que compromete ante el misterio que ha significado el prodigio” (Id 268)

remitieron a él porque tuvieron miedo a comprometerse¹⁶⁰. Ellos, le conminan a que dé gloria a Dios es decir, a que reconozca que, puesto que a ellos les consta que Jesús es pecador, lo que ha hecho con él no puede ser sino un mal. Él se niega a prejuzgar al que lo curó y se atiene a su experiencia con él que le certifica que ha hecho un bien con él, luego no puede ser malo¹⁶¹. Entonces, metidos en ese callejón sin salida, volvieron a pedir que les repitiera cómo lo había curado. Él, ya en tono desafiante, les preguntó si ese interés se debía a que también ellos querían hacerse sus discípulos. Ellos arguyeron que eran discípulos de Moisés porque a él constaba que le había hablado Dios, en cambio Jesús no se sabía de dónde venía. Él les echa en cara su incapacidad de discernir, porque, si hace bien, como le consta a él personalmente, no puede venir sino de Dios. Ellos, que no pueden oponer ninguna razón al argumento del ciego, lo descalifican por su ceguera nativa¹⁶². Pero, aun en su lógica, falla el argumento, porque si era pecador por no ver y ahora ve, es que Dios ha intervenido en su vida¹⁶³. Por eso, al verse vencidos, lo expulsan por recalcitrante¹⁶⁴. El hombre va al templo a dar gracias a Dios y allí lo encuentra Jesús, que le pide que crea en el Hijo del Hombre¹⁶⁵. El exciego, que

-
- 160 “La unión entre la mayoría de edad y el dar razón de sí mismo ante las autoridades muestra una clara diferencia con los padres, que tienen miedo a expresarse. La mayoría de edad significa, por tanto, la capacidad de hablar con libertad, basada en la propia experiencia (*dar razón de sí*), indicando la seguridad del hombre hecho, que no teme expresarse por la nueva sabiduría y libertad que le ha comunicado el Espíritu” (Mateos/Barreto oc 447)
- 161 Para los dirigentes “Dios no puede actuar contra el precepto en beneficio del hombre: ese bien del hombre es un mal, una ofensa a Dios. Ahora le piden al ciego curado que lo reconozca él mismo. Quieren imponerle su idea de Dios, el juicio que ellos formulan, como más válido que su propia experiencia. El hombre tendría que admitir que habría sido mejor seguir ciego, porque la vista de que ahora goza es contraria a la voluntad de Dios. Defienden su postura negando la evidencia. Son los enemigos de la luz; con la ‘mentira’ (cf. 8,44) intentan extinguirla (1,5)” (Mateos/Barreto oc 448)
- 162 “¿Y tú quieres enseñarnos a nosotros?” Burlonamente se dice, no obstante, la verdad: el hombre ha llegado a ser un maestro” (Tilborg oc 191)
- 163 En el juicio, dice Tilborg, el ciego “representa la parte de Jesús, o quizás mejor aún: él representa a Jesús mismo (¿acaso el autor, en 9,9, ha aludido incluso al nombre divino de Jesús?)” (oc 189)
- 164 “Con la realización del signo, el proceso que intentaban contra Jesús en los capítulos 5 al 8 se desplaza al enfermo recién curado: las gentes se dividen sobre él poniendo en duda su identidad; los fariseos niegan lo que él atestigua, primero sobre el milagro y luego sobre su autor; termina injuriándole y echándole de la sinagoga. Personificado en este hombre que ve, el signo realizado por Jesús suscita la misma hostilidad que la palabra de revelación” (Léon Dufour, oc 259)
- 165 “Se trata de la fe, una palabra que se repite tres veces: como pregunta, como meta y como declaración. La pregunta de Jesús es para el hombre una orden, tal como había sido al comienzo de la historia. Es la primera y la única vez que Jesús exige la fe en él mismo” (Tilborg oc191-192)

lo ha reconocido por la voz, le dice que le diga quién es para creer en él, porque como él cree en Jesús, también creará en el que él le diga. Jesús le dice que es él mismo y el hombre confiesa su fe¹⁶⁶.

El problema de fondo de este pasaje, que dramatiza vívidamente el proceso vivido por la comunidad del discípulo amado, que ha sido expulsada de la sinagoga por confesar a Jesús, es si vivo y actúo desde la ideología, que conduce a profesión de doctrinas y a la práctica de ritos y conductas, o desde la experiencia, que lleva a la relación de fe y de ahí a actuar como un verdadero sujeto, consciente y con libertad liberada, actitud que lleva al testimonio. Los maestros de la ley y los fariseos viven desde una voluntad de Dios absolutamente objetivada, desde una ley hipostasiada. Dios actuó en el pasado y el fruto de esa actuación es la institucionalidad religiosa vigente. Desde ese horizonte establecido todo está prefijado. Lo único que se necesita es voluntad para actuarlo.

Ese horizonte sacraliza la desigualdad: el que tiene desventajas, por ejemplo, porque nació ciego, es porque Dios lo ha castigado: nació en pecado. Consiguientemente, el que tiene salud y bienes es porque Dios lo ha bendecido. El que está arriba ve convalidado su estatus por Dios y el que está abajo también debe aceptar que Dios quiere que viva así¹⁶⁷.

Jesús no comparte este modo de razonar, esta lógica. Para él su Padre materno es el Dios de la vida y quiere el bien de todos. Él no ha intervenido en las desgracias. Él quiere intervenir para superarlas. Es lo que hace Jesús como Hijo suyo.

También hay maestros de la ley que se dejan impresionar por esta capacidad que tiene Jesús de poner vida y se inclinan a pensar que viene de Dios, que obra por su Espíritu. Pero, en definitiva, se impone el criterio de que no puede venir de

166 Brown especifica muy bien el proceso que se da en el exciego al ir respondiendo a las preguntas que le hacen a propósito del acontecimiento de su curación. Dice que al narrador “lo que más le interesa son las preguntas que se van a formular. A cada una de ellas responde el hombre que estuvo ciego con afirmaciones que revelan un conocimiento cada vez más profundo de Jesús. Cuando le preguntan los vecinos, todo lo que es capaz de responder el hombre es que su bienhechor es ‘ese hombre que se llama Jesús’ (v.11). Bajo la presión del primer interrogatorio de los fariseos, de tono más acuciante, el hombre llega a confesar que Jesús es un profeta (v.17). En el interrogatorio final de los fariseos se convierte en ardiente defensor de Jesús: lo que éste ha hecho demuestra que viene de Dios (v.33). Luego, en el momento culminante de la respuesta al mismo Jesús, el hombre reconoce a éste como el Hijo del Hombre (v.37)” (oc 622)

167 “El Dios de ellos no se interesa por el hombre que sufre o está inutilizado; para él, lo inviolable, el valor supremo es la Ley (cf. 5.10.22-23 Lects.). La Ley impersonal, como un muro, oculta el amor de Dios y le impide manifestarse” (Mateos/Barreto oc 445)

Dios porque, al curar en sábado, no guarda el descanso sabático y, en definitiva, porque no es de ellos, que son los del partido de Dios.

El ciego creyó en Jesús. Por eso fue a bañarse a la piscina de Siloé como él lo mandó y recobró la vista. Para él lo que hizo Jesús con él no fue un acto puntual sino una relación personal salvadora, recreadora, que lo comprometía con él.

En la discusión con los dirigentes, ambos se mueven a niveles distintos: ellos, en el de la legislación establecida desde antiguo, tenida como la expresión cabal de la voluntad de Dios. Él, en el de su experiencia salvadora, una experiencia actual de Dios a través de Jesús, una experiencia, pues, que acredita a Jesús como enviado último de Dios, del Dios liberador¹⁶⁸.

El problema para los dirigentes es que la religión del pueblo de Israel es una religión histórica, basada, no en la sacralización de las fuerzas de la naturaleza, como eran las religiones de su entorno, sino en acontecimientos históricos de salvación. Por eso cuando los dirigentes invocan a Moisés como referente autorizado, él les rearguye que si en Moisés actuó Dios liberando ¿por qué no lo reconocen en Jesús, que hace lo mismo?

Es que para ellos Moisés, más que el caudillo liberador de la esclavitud y conductor a través del desierto a la tierra prometida, es aquel al que le habló Dios, es decir, el legislador, una legislación absoluta, que manifiesta el señorío absoluto de Dios, y no, como aparece en el Éxodo y el Deuteronomio, la ley que Dios les da para custodiar la libertad adquirida. Como ellos no pueden responderle con argumentos¹⁶⁹, responden sancionándolo, excluyéndolo de la comunidad, por proclamarse discípulo de Jesús.

Entonces Jesús lo encuentra y le pregunta si cree en el Hijo del Hombre. Él le responde que cree en el que él le diga que crea, porque en definitiva cree en él. Jesús le dice que el Hijo del Hombre es él y el exciego lo reverencia como tal. ¿Qué quería decir Hijo del Hombre? Es, tal como aparece en la profecía de Daniel (cap 7), la alternativa de Dios frente a los imperios que, como han sometido por

168 “El resultado de la acción de Jesús y de la aceptación por parte del ciego tiene como efecto la visión (...) Equivale a un don de sabiduría que le permitirá distinguir los verdaderos valores de los falsos (cf. 9,13ss). Le ha sido comunicada no por una doctrina, sino por una percepción vital de lo que es el hombre. Él sabe ahora, en sí mismo, qué significa serlo. Esta experiencia orientará en adelante su actuación” (Mateos/Barreto oc 438)

169 “El ex-ciego es un iluminado, es otro Cristo, él se sabrá defender. Efectivamente, va a confundir a los maestros judíos, haciéndoles ver el misterio de ese hombre, que por todo cuanto ha hecho con él, tiene que venir de Dios. Es su enviado” (Castro 217-218)

la fuerza a los pueblos, se han portado como fieras y no como verdaderos seres humanos. El Hijo del Hombre es el Hombre que venía de Dios para reinar en su nombre. Su único atributo es su humanidad. La simpatía y la compasión, la responsabilidad respecto de sus hermanos. El exciego ha experimentado la fecundidad de su humanidad y por eso sabe lo que hace cuando lo reconoce, cuando lleno de fe en él, se entrega, se pone en sus manos¹⁷⁰.

Cuando afirmamos, pues, que el ciego se basa en su experiencia, queremos insistir en que nos referimos a la experiencia de la fe y por tanto a la primacía de la dialéctica simbólica del oído sobre la de la vista, aunque, de buenas a primeras, ésta parezca llevar la voz cantante en la escena. En efecto, antes de ver y para ver el ciego comienza dejando que Jesús le ponga barro en los ojos y obedeciendo a su mandato de ir a lavarse a la piscina de Siloé. Después se afina en esa experiencia y le saca todo el jugo posible convirtiéndose en un seguidor de ese hombre que venía, sin duda, de Dios y hacía su voluntad porque, si no, habría sido imposible que le hubiera dado la vista. El proceso es completado cuando Jesús lo vuelve a encontrar y le pide que crea en el Hijo del Hombre. El ciego, dispuesto a obedecer a quien ha reconocido por la voz, le pregunta quién es para creer en él y Jesús le responde que es el que está viendo, el que habla con él. Así pues, Jesús se propone para el ciego, en definitiva, como su interlocutor. El que había sido curado de su ceguera vuelve a dejarse llevar por su palabra y lo adora como el Hombre venido de Dios como luz de vida. El camino de la fe llega hasta la visión, hasta la mística¹⁷¹.

La pregunta obvia es si me muevo al nivel de la ideología, y entiendo la fe como profesión de verdades, o al de la experiencia, y vivo la fe como entrega personal al que se ha presentado en mi vida como digno de ella¹⁷². Si soy un es-

170 “El acontecimiento que se narra tiene en sí mismo un alcance simbólico: el hombre curado de su ceguera representa al creyente iluminado por la fe”. “Es por tanto un personaje activo desde el principio hasta el fin, obedeciendo primero a la orden de dirigirse a Siloé con los ojos cubiertos de barro, luego a través de las pruebas que sufre, finalmente ante el misterio que se le manifiesta. La actividad de Jesús y la del antiguo ciego se conjugan entonces dentro del itinerario que se presenta al lector; el texto muestra la eficacia soberana de la luz, resaltando además el compromiso por parte del hombre” (Léon Dufour, *oc* 260 y 261)

171 Barret subraya que para los sinópticos la visión del Hijo del Hombre está ligada a la hora de la consumación de la humanidad. “En cambio, en el evangelio según Juan, aunque permanece el contexto escatológico, se puede ver al Hijo del hombre por la fe, y sólo por la fe (cf. 6,36), tanto ahora como en el futuro, en la tierra o en el cielo. De hecho, ver a Jesús es ver al propio Dios (14,9)” (Barret *oc* 551)

172 Barret insiste en que los dirigentes se presentan como los que parecen saberlo todo y desde su código preestablecido e inmutable no paran de hacer afirmaciones contundentes sobre la persona de Jesús; en cambio, el ciego, manifiesta que no sabe nada, excepto una cosa: su ex-

pecialista de Dios y de Jesús, porque sabe todo lo tocante a la religión cristiana, o un experto, un iniciado en el misterio de sus personas por haber aceptado su relación y haber correspondido. ¿En qué dirección voy? ¿Fe doctrinaria o fe como relación humanizadora?

14. EL EXPERTO EN TORTURA CONFIESA A JESÚS POR EL MODO COMO LA HA VIVIDO, UNA EXPERIENCIA LÍMITE, ABSOLUTAMENTE PARADÓJICA (MC 15,39)¹⁷³

El último testimonio que vamos a dar es el más sorprendente de todos. La cruz fue para los enemigos de Jesús la comprobación, que los llenó de alivio y satisfacción, de que no venía de Dios y para los discípulos se constituyó en un escándalo insuperable. Los teólogos hablan interminablemente de la *kénosis*, del vaciamiento, de Jesús. Y, sin embargo, hubo una persona que fue capaz de ver cómo moría Jesús en la cruz y creer por el modo como murió¹⁷⁴. No vio, pues, vaciamiento sino consumación¹⁷⁵.

El centurión, que ha visto morir a muchos crucificados, digamos, que es experto en cómo los seres humanos viven esa tortura o, más precisamente, en cómo la tortura no sólo mata sino deshumaniza a los torturados, al comandar el ajusticiamiento de Jesús¹⁷⁶, es capaz de pasar de la rutina inicial a la curiosidad.

perencia salvadora de la persona de Jesús que para él basta para acreditarlo como venido de Dios (oc 553). Lo mismo, Castro oc 222

173 Navarro,oc,560-563; Gnilka,oc,380-383; Taylor,oc,723-724; Bonnard,oc 607; Bovon,oc IV, 561-562; Grilli-Langner, oc 729,732; Fitzmayer,oc IV,508-511,518-519

174 "A diferencia de los jefes judíos, que exigen una señal para poder creer (32b), el centurión al pie de la cruz desemboca en la fe" (Gnilka oc 380)

175 "Lo que ve el centurión y con él la fe, en la muerte de Jesús en la cruz, no es la consumación en el sentido de la marcha de su alma a Dios, sino que el ver es la fuerza de la fe que reconoce en el Crucificado al Salvador" (Gnilka oc 381). Estamos de acuerdo en que la consumación en sentido absoluto se dará en la resurrección. Pero afirmamos que en la cruz se da la consumación de su existencia terrena, que es la existencia del Hijo de Dios. Si eso no fuera así ¿qué ve el centurión, que ve la fe, en el Crucificado? ¿Por qué ve en el Crucificado al Salvador? Así lo ve también el autor que en el resumen anota: "Jesús rechaza la bebida narcotizante (23) y acepta hasta el final, en obediencia voluntaria, su padecimiento. Ahí reside precisamente su ejemplaridad" (Id 282)

176 Taylor comienza anotando algo que puede parece trivial, pero que es la condición de posibilidad de todo lo que diremos: "Se describe con exactitud la posición del centurión junto a la cruz: el centurión está delante de Jesús (...) Al estar cumpliendo su deber, estaba frente a las cruces, y nada se le pasó por alto" (oc 723). "Lo paradójico es que nadie mejor que él puede decir lo

El punto de partida se supone que es la rutina ya que, si una persona no es sádica y, más, si tiene alguna sensibilidad humana, sólo puede comandar una acción tan bárbara como ésta poniéndose entre paréntesis, actuando de un modo meramente profesional, con la mayor frialdad posible, asegurándose de que todo trascurra por los cauces normales y que termine pronto.

Pasa de la rutina a la curiosidad, porque empieza a notar que el guión no sigue los pasos consabidos. En efecto, lo que la experiencia le ha enseñado al centurión es que la tortura de la cruz se vive de tres formas o de la combinación de algunas de ellas: el terror que transmiten los torturadores puede reducir al torturado a un ser poseído por el pánico, de manera que todo lo demás se vuelve en él residual. La brutalidad infringida puede ser respondida por el torturado con rabia y así la rabia puede poseer al torturado de manera que viva la tortura maldiciendo a sus torturadores, prometiéndoles la venganza o el castigo de Dios o puede rebelarse también contra Dios y maldecirlo, así como maldice a sus torturadores. O la agresión puede aniquilarlo de tal modo que él mismo se eche a morir, inhibiendo cualquier reacción y esperando y deseando que llegue la muerte. Esto es lo que, según su experiencia, viven los crucificados. Pero en este caso observa que no ocurre nada de eso. Por eso lo invade el asombro.

Al seguir observando, ya con creciente interés, ve que Jesús vive la tortura, no reactivamente, ya que cualquiera de las posibilidades consabidas son reacciones, digamos, instintivas, sino que la vive con señorío de sí. Percibe que sufre intensamente y que reacciona ante el dolor físico. Percibe, más aún, que soporta dolores más íntimos aún que los de la tortura, percibe en él una especie de desolación de fondo; pero pareciera que los dolores, lejos de deshumanizarlo, lo estimulan a que saque fuerzas de flaqueza, lo llevan a aquilatar su humanidad. Por eso, cuando expira concluye que vivir ese trance como lo vivió ese hombre, que morir así, tan humanamente¹⁷⁷, es superior a las posibilidades de un crucificado. Y confiesa que ese hombre era hijo de Dios¹⁷⁸. En esa situación tan extrema, que casi determina

que dice ni con mayor fiabilidad (...). Y Navarro: “Esta visión del centurión (*ve*) lo constituye en testigo de primera mano, situado delante de él. Lo que ve es la muerte (*expirar*) de Jesús. El verbo, de nuevo, condensa la percepción y la experiencia del centurión, pero también indica que la confesión que tiene lugar enseguida es obra de ese Espíritu que sale de Jesús” (oc 561)

177 Para Bovon le centurión vio “la calidad de este ser humano” (oc 561)

178 Para Taylor la declaración del centurión “puede ser un reconocimiento espontáneo de la divinidad de una persona de extraordinaria grandeza (...) pero Marcos exagera el significado de las palabras del centurión, al considerar estas palabras finales de su evangelio como un paralelo de la expresión *uios theou* del principio, es decir, como confesión de la divinidad de Jesús en sentido plenamente cristiano” y cita a Lohmeyer que observa que “en el evangelio de Marcos

la deshumanización, lo vio sufrir la tortura con una libertad tan soberana, lo vio morir de un modo tan humano, tan humano, como sólo un hijo de Dios podía morir. Su profesión de fe fue que Jesús excedía a los demás seres humanos en humanidad. En eso vio el centurión su trascendencia¹⁷⁹.

En lo primero en que queremos reparar es en lo escandaloso que tenía que sonar a la comunidad de Marcos que, siendo un evangelio programático, es decir, que está escrito para mostrar, para probar, que Jesús es el Hijo de Dios, como dice su primer versículo (“comienza el evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios”), el único ser humano que lo proclama Hijo de Dios en vida sea el que comandó el pelotón de la tortura en la que murió¹⁸⁰. En todo caso, eso es tan paradójico

la declaración del centurión supera a la de Pedro y afirma que al sumo sacerdote le pareció una blasfemia. El evangelista, por tanto, la considera de importancia grandísima”. Y concluye diciendo: “La narración de la crucifixión alcanza su culmen en la declaración del centurión” (oc 724). Para Navarro esta confesión tiene dos niveles: “La confesión tiene su punto de ambigüedad al referirse al título dado a Jesús, pues el término *hijo* va sin artículo. El dato encierra profundidad de sentido. Por un lado es coherente con la condición de pagano y también de romano, capaz de identificar a un personaje en sus propias categorías, como héroe o un hijo de dios o de dioses. A la par, cierra el macro-relato formando inclusión con la confesión del narrador en 1,1, confirmando y dando testimonio, desde fuera, como extranjero y verdugo, de la condición divina de aquel ejecutado. Y en tercer lugar puede verse un correlato de la palabra de Dios en el bautismo (...) La palabra de Dios sobre su identidad está en paralelo con la palabra de identificación del centurión. Esto último puede entenderse si se ha leído le evangelio transcurrido entre ambos momentos” (oc 561)

179 Así lo dice, de otro modo, Navarro: “La pregunta abierta de Jesús sobre Dios y sobre sí mismo, devuelta a la historia por le centurión, es una pregunta sobre el individuo, su sentido, su identidad, su autonomía, su valor. La pregunta cristológica se ha vuelto una pregunta teológica y ésta, a su vez, se ha convertido, de nuevo, en una pregunta antropológica (...) Esa pregunta sobre Dios, la pregunta de la fe, remite la valor de la libertad y de la dignidad individual” (oc 563). La dignidad que el centurión supo ver en ese hombre linchado moralmente y acabado salvajemente en la tortura.

180 La confesión “se refiere a la vida y muerte de Jesús, ahora ya concluida (‘este hombre *era*...’) y constituye una especie de resumen al final del evangelio. Confiere una significación a su totalidad. Sólo a partir de la muerte de Jesús en la cruz se puede comenzar a comprender quién era éste. La revelación del Hijo de Dios, que se llevó a cabo en sus milagros y en acciones poderosas (cf. 3,11;5,7) tiene su complemento necesario y su punto culminante en la cruz. Puesto que a la vista de la cruz no hay espacio para interpretaciones equivocadas, se puede proclamar públicamente la dignidad del Hijo de Dios propia de Jesús” (Gnilka oc 380). Estamos de acuerdo en lo que se dice, pero no en que no se advierta el carácter paradójico e incluso revulsivo, y por eso la dificultad de que el evangelista y su comunidad hayan podido darle su palabra para que confiese su fe precisamente al centurión que comandó su ajusticiamiento y que continuaban comandando los que ajusticiaban a los miembros de su comunidad.

que raya en el sarcasmo¹⁸¹. Pero es que además la comunidad en la que nació ese evangelio era una comunidad perseguida por los romanos, una comunidad con mártires, y, por tanto que tenía experiencia muy cercana y dolorosa de torturas y torturadores. De lo terrible de ese trance y de cómo, incluso, era proclive para que los testigos flaquearan y apostataran. Para ellos los torturadores eran lo más cercano a agentes de Satanás. En estas condiciones ¿no tenía que resultar revulsivo, casi inasimilable, que el único que lo haya proclamado hijo de Dios en vida haya sido el centurión que comandaba el piquete que lo ajustició?

Cuesta mirar de frente a la escena porque, si la tortura viola, en todo caso, los derechos humanos más elementales, si, en todo caso, es inhumana, si deshumaniza, por tanto, a los que la mandan y la ejecutan, no es fácil comprender ni aceptar que un torturador, y no un torturador cualquiera sino el que torturó a Jesús, lo haya confesado como hijo de Dios.

Podemos alegar que como él no lo condenó a muerte ni lo torturó, podía mantener una cierta distancia, una cierta imparcialidad, una cierta indiferencia. Podía argüir que él sólo obedecía órdenes y que no tenía por qué averiguar la justicia o injusticia de la casusa. Eso alegan a lo largo de la historia muchos policías y militares; eso alegaron, por ejemplo, en el juicio de Nürenberg y en los regímenes latinoamericanos de la Seguridad Nacional. Pero a todos se les arguyó que uno no puede abdicar en ningún caso su responsabilidad personal, porque nadie puede definirse por su profesión sino por su condición de persona, con las relaciones (para nosotros de hijo de Dios y de hermano de todos, incluso de los enemigos) que la constituyen.

Pero, para que no nos lavemos las manos, hay que poner en claro que el caso de los torturadores no es un caso excepcional sino el caso extremo de una actitud muy difusa, indispensable para que se mantenga el sistema. En este totalitarismo de mercado, que es la figura actual del occidente globalizado, muchísimos funcionarios actúan con la misma irresponsabilidad, alegando que ellos no pueden prever ni tomar en cuenta las consecuencias laterales de sus actos, que ellos lo

181 “El centurión da testimonio, profundamente irónico y paradójico, de la verdad (*verdaderamente*) de la declaración del narrador; y confirma visiblemente la palabra que en el bautismo Dios dirigió a Jesús sin testigos, y en la transfiguración ante los tres discípulos elegidos. El centurión inaugura algo que no se deduce de lo precedente, pero que tiene que ver con todo ello. Como testigo, se convierte, también, en portavoz de Dios y se encuentra en lugar de los discípulos, donde tenían que haber estado ellos, diciendo lo que a ellos correspondía. El argumento de acción ha terminado con la muerte de Jesús y el de revelación también ha terminado con el testimonio del centurión” (Navarro oc 562)

único que buscan es hacer desaparecer el déficit del Estado y que la flexibilización del mercado de trabajo o el desmonte de los servicios sociales son medidas que conducen a ello.

Por eso, si miramos bien la situación del centurión, que hemos caracterizado como la de un funcionario, en este caso de carrera, que dice limitarse a recibir órdenes, tenemos insistir que no es excepcional; tal vez sea minoritaria, pero es estructural y absolutamente indispensable para la marcha de este sistema fetichista. Ahora bien, como estamos en un sistema democrático ¿quién puede eximirse de responsabilidad?

Por eso, si miramos bien, el caso del centurión es absolutamente ejemplar: una persona del estatus y precisamente encargada de ejercer la violencia legal frente a los que perturban el sistema, que, lejos de dejarse moldear por su oficio y perder así todo rastro de sensibilidad humana, conserva la capacidad de ir más allá de su función y, por eso, puede salir de sí y colocarse perceptivamente frente a la realidad y llegar a ver al ser humano detrás del condenado o, mejor, sobresaliendo por encima de esa condición absolutamente descalificada. Es capaz de reaccionar humanamente frente a ese desechado por el orden establecido, que él precisamente representa; es capaz de sentir admiración por él y no desprecio ni aborrecimiento; es capaz de abrirse de tal modo ante esa persona, es capaz de inhibir hasta tal punto su papel respecto de él, que da lugar a que se manifieste su misterio personal, y, por eso, tiene el coraje, la libertad, realmente inaudita, de confesar que es un ser sagrado y de considerarlo del mundo de lo divino, precisamente por su desmedida humanidad.

Esta confesión de fe es imprescindible en el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Ante todo porque Jesús murió pidiendo perdón por los que lo asesinaban, y esta confesión es el fruto más eximio de la fecundidad de ese perdón; también, porque Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva; y, finalmente, porque son necesarios funcionarios como el centurión que lleguen a confesar a Jesús, lo que implica desmarcarse de su estatus y, al confesar la justicia del reo (Lc 23,47), proclamar la injusticia del orden que representan¹⁸². Por eso,

182 Bovon no cree que éste es el sentido que le da Lucas, aunque acaba concediendo que lo incluye: "Hay dos traducciones e interpretaciones posibles de este adjetivo: una sitúa la justicia de Jesús en la tradición bíblica de la *sedaqá*, de la integridad moral, de la autenticidad religiosa, de la pertenencia al pueblo de Dios en el marco de la alianza. Según esta traducción de 'justo' Jesús representaría al 'justo sufriente' de los Salmos y del Deuterocanónico. La otra prefiere mantenerse en el marco profano del proceso de Jesús. Al declarar a Jesús *dikaïos*, el centurión no hace nada más que afirmar la inocencia del acusado. Continuando las afirmaciones reiteradas de

tiene pleno sentido concluir estas escenas evangélicas sobre la fe en Jesús con la confesión de fe del centurión.

Quedan dos consideraciones, que estimamos muy pertinentes: la primera es que si el que comandaba el piquete que lo ajustició fue capaz de confesar su fe en Jesús, abriéndose a la gracia del Crucificado, nadie puede considerarse indigno del don de la fe, nadie puede verse desahuciado, todos tenemos oportunidad.

La segunda es una cuestión inquietante: ¿por qué en el evangelio de Marcos el centurión fue el único que confesó el misterio de su identidad? Esta pregunta no tiene una respuesta cabal: sólo Dios sabe qué pasó en cada caso; él sólo conoce el juego de su gracia y las libertades humanas. Pero, como la pregunta es legítima, más aún, como encierra una enseñanza para nosotros, es preciso buscar congruencias que expliquen, al menos hasta cierto punto, lo que parece una anomalía.

Consideraremos sólo dos casos que nos parecen los más representativos: el de las autoridades y el de los discípulos. Las autoridades, ya hemos tocado el punto, no se abrieron porque han absolutizado las mediaciones que representan y de ese modo se ha absolutizado a sí mismos y, por tanto, han relativizado la relación con Dios, que es el absoluto que el templo o la Ley intentan mediar; han relativizado, pues, a las personas, tanto a Dios, como a los creyentes y a los demás seres humanos. Si, para ellos, lo absoluto son mediaciones objetivadas, no pueden reconocer al mediador personal, que es Jesús. Si ya todo está estatuido, no pueden reconocer la manifestación actual de Dios.

Pilato, el centurión sostiene que Jesús era 'inocente' y que, por consiguiente, fue la víctima de un 'error judicial' (...) Prefiero el sentido bíblico de 'justo', porque concuerda con el contexto inmediato: el centurión no puede alabar a Dios por la inocencia del crucificado; lo hace a la vista de la justicia de Jesús. Además, el tema de la justicia se corresponde con las intenciones teológicas de Lucas, tal como se expresan en estos mismo capítulos de la pasión (por ejemplo 22,27.51.61 y 23,28-31.34a.41.43). El sentido de 'justo' incluye además el de 'inocente'" (oc 561-562). Fitzmyer está de acuerdo con el primer sentido básico y con la inclusión secundaria del otro: "Lo que realmente 'glorifica a Dios' es la declaración de la inocencia de Jesús por parte del capitán, que reconoce el sentido que tiene en el plan de Dios la muerte de un inocente. Eso es lo que Lucas quiere dejar bien claro cuando escribe su relato evangélico" (oc 511). Pero además dice cautelosamente que "el comentario del capitán podría proceder de una tradición realmente histórica que le habría llegado a Lucas" (oc 508). Por eso añade: "En labios del capitán histórico, el término *dikaïos* tendría que significar: 'inocente', en lugar de 'justo' (...) Pero, si se pasa al estadio III, se podría preguntar si el evangelista no estará insinuando algo más, ya que en la obra de Lucas se llama algunas veces a Jesús 'el Justo' (cf. Hch 3,14;7,52;22,14)" (oc 519)

El caso de los discípulos, sobre todo los apóstoles, es más complejo. Coinciden con las autoridades en que tienen su versión sobre la manifestación definitiva de Dios y no están dispuestos a pasarse a la que Jesús propone. No lo creen a él, no creen en su proyecto. Por eso, cuando les previene que iba a caer en manos de las autoridades, Pedro le replica que no le va a suceder eso porque Dios no lo puede permitir. Hasta el fin (en la representación de Lucas, hasta el día de la Ascensión), siguen aguardando la restauración de la soberanía de Israel. Y, sin embargo, ni Jesús los echa ni ellos se van. Jesús no los echa porque él ha venido sólo a salvar y tiene una paciencia infinita. Pero ellos, ¿por qué no se van, como se fueron muchos otros cuando les dijo que él no iba a ser el que trajera la salvación sino que él en persona era la salvación? (cf Jn 6,25-66). Ellos no lo sabrían decir, pero el caso es que todas las desavenencias, toda la incomodidad que crea en ellos incesantemente la palabra de Jesús, no los impulsa a alejarse de él. Se mantienen con él porque, aunque no lo puedan verbalizar así, de hecho, para ellos, Jesús es más que el Mesías, absolutamente más. Por eso, aunque no están de acuerdo en torno al mesianismo, sí perciben que su persona es la vida de su vida y que por eso sería una locura separarse de él. Su permanencia mostrenca, sin motivos verbalizables, es la prueba más fehaciente de la hondura de su fe. Pero es una fe, que al carecer de mediaciones, porque en ellas estriba el desacuerdo, no puede confesarse, y cuando, como en el caso de Pedro, intenta la confesión, cae en el equívoco y por eso Jesús les impone silencio.

Ambos grupos tienen pretensiones propias sobre la salvación, en el caso de las autoridades, y sobre la salvación y sobre Jesús, en el caso de los discípulos; y ninguno de los dos grupos está dispuesto a relativizarlas para abrirse a las de Jesús, más aún, a abandonarlas, para pasarse a las que él propone y de las que es personalmente portador.

En cambio, el centurión, como romano, vive completamente ajeno a la religión judía; aunque, como en el caso de ellos, también tiene su ideología, que es el carácter benéfico del imperialismo romano, una ideología que lo llevaba a presuponer que, en principio, un condenado por las autoridades romanas era culpable y merecía la condena. Lo que lo diferenció de ambos grupos es que se abrió a lo que daba de sí el acontecimiento concreto de la crucifixión de Jesús. El contraste con todo lo que él había visto hasta entonces en ese trance, despierta su curiosidad y luego su admiración y finalmente el sobrecogimiento, reacciones, ambas, propias del que se abre a la teofanía. El centurión dio lugar a la experiencia, y le dio lugar tan plenamente que desmintió, en este caso, a la ideología subyacente.

La confesión es el fruto de entregarse con apertura total a la experiencia, es decir, recalquémoslo, a la relación de fe¹⁸³.

La pregunta para los que nos confesamos cristianos es ¿nos seguiremos escandalizado de la cruz de Jesús? ¿La veremos sólo como abajamiento, como vaciamiento, como *kénosis*?¹⁸⁴ ¿No seremos capaces de ver, como vio el centurión, que en ella culminó su misión y su humanización? Ante la confesión de fe del centurión ¿no seremos capaces de ver la fecundidad de la cruz?

15. FE Y FALTA DE FE EN LOS DISCÍPULOS. LAS APARICIONES COMO ENCUENTROS DE FE PARA LA MISIÓN¹⁸⁵

Puede parecer extraño que no hayamos puesto a los discípulos como modelos de la fe en Jesús de Nazaret, cuando ellos están a la base de los evangelios, cuando la fe de los cristianos brota de su testimonio. Tendríamos que decir, sin embargo, que el que queden mal tantas veces es una prueba de que su testimonio es fiable: si su centro fueran ellos y no Jesús, habrían reinterpretado los hechos para quedar bien.

Acabamos de referirnos a su adhesión absoluta a Jesús, que coexiste con su falta de adhesión a su propuesta. También nos hemos referido a su falta de fe que les hace dejarse llevar por el miedo.

Marcos es el que más subraya esta incapacidad de comprender de los apóstoles. El episodio más chocante es cuando, yendo en barca por el lago después de

183 Para Gnlika Marcos divide en dos grupos a quienes presencian la crucifixión: el de los no creyentes y el de los creyentes: “En el lado de los creyentes de encuentra el centurión, que es desarmado por la muerte de Jesús y se convierte en vidente. Las mujeres demuestran con el ejemplo su confesión. De ellas se dice que sirvieron a Jesús y le siguieron por el camino del dolor. (...) La muerte de Jesús en la cruz desemboca en la confesión que pronunciará un gentil. Con ello se ha dado a entender o se presupone que este evangelio, que es el de Jesucristo, el Hijo de Dios, tiene que ser llevado a los gentiles. No se puede escuchar el mensaje de la cruz sin comprometerse” (oc 383)

184 Es muy aguda la observación de Navarro: “Si tenemos razón al mostrar la importancia del grito final de Jesús, sobre el trasfondo orante del SI 22, que desplaza las preguntas hacia Dios, ¿cómo es que en el lugar que debía ocupar la respuesta de Dios encuentra el lector la repuesta de un centurión romano? No deja de ser profunda y teológicamente irónico. La respuesta de Dios no vendrá fuera de la historia ni de los personajes y acontecimientos históricos, sino de dentro. La respuesta del centurión, así, reintroduce a Dios y a su Hijo en la historia” (oc 562-563)

185 Trigo, *La resurrección de Jesús*. ITER 37-38 (2005)274-290 (con bibliografía)

la segunda multiplicación de los panes y tras una discusión con los fariseos que le pedían insistentemente una señal del cielo, es decir, una demostración desnuda de poder, porque estaban ciegos para comprender las que realizaba, que hacían presente el amor misericordioso de Dios, estando rumiando Jesús la ceguera de esos hombres intachables, les previene a sus discípulos que anden con cuidado con su levadura, es decir, con su ideología. Ellos comentan entre sí que es una indirecta porque se han olvidado de traer panes. Jesús se queda descorazonado por ese despiste tan absoluto. Él les previene en contra de la mentalidad de los fariseos pues veía que para ellos seguía teniendo prestigio, ya que cuando denuncia que la ley de pureza no es expresión de la voluntad de Dios sino que la sustituye, apartando a la gente de cumplirla, ellos le observan en privado que los fariseos se han escandalizado porque no se atreven a decir que también ellos lo están. Pero ellos están tan alejados de las preocupaciones de su Maestro, que creen que lo que le preocupa es el pan y eso después de que los multiplicó por dos veces. Por eso les recrimina: “¿Es que no acaban de comprender? ¿Tienen la mente embotada? (...) ¿Todavía no entienden?” (Mc 8,17.21).

Y es cierto que no entienden. Por eso, la reconvención de Pedro a Jesús cuando, después de haberlo confesado Mesías, les anuncia que va a caer en manos de las autoridades. Por eso apartaban a las mamás que llevaban a sus hijos para que Jesús los bendijera: les parecía que andar bendiciendo a unos niños era impropio de la apostura firme y hasta con un deje de fiereza, que debe mostrar el ungido por el Espíritu para liberar a la nación de los ocupantes romanos. Por eso se la pasan discutiendo entre ellos quién es el mayor y, por eso mismo, los hijos de Zebedeo le piden los primeros puestos cuando asuma el reino y el mando. Por eso están dispuestos a pasar trabajos con tal de llegar a esos puestos encumbrados. Por eso se quedan completamente desorientados cuando les dice que es muy difícil que se salven los ricos. Por eso cuando regresan de la misión, de lo que están satisfechos es de que los demonios los obedecen, es decir, de que tenían esa fuerza, pero muestran su extrañeza de que los entendidos en Biblia, porque asisten siempre a la sinagoga y cumplen la Torá, no les hayan querido abrir sus casas, mientras que les han abierto los corazones la gente insignificante que está un tanto al margen de las cosas de la religión. Por eso, les insiste que tienen que dejar sus pretensiones y hacerse como niños; pero ellos persisten en su actitud. Incluso cuando en la última cena les está manifestando la pena que siente porque uno de ellos lo va a traicionar, enseguida ellos se olvidan del asunto y se ponen a discutir cuál es el más grande. Por eso, según Lucas, ante la persistente cerrazón, que culmina cuando ante una ironía para encarecer lo apretada que va a llegar a

ser su situación cuando él ya no esté, le muestran dos espadas, para hacerle ver que están preparados para todo, él acaba bruscamente las confidencias de esa noche diciendo: “Basta ya” (Lc 22,38.51); expresión que repetirá en el Huerto, después de que Pedro haya usado la espada. Es terrible que el evangelio de Lucas, que coloca a los discípulos a una luz más favorable, ponga en labios de Jesús esa expresión como índice de que para Jesús, ante la cerrazón de los suyos, no tenía sentido seguir hablando. Ése es el modo como concluye lo que él había querido que fuera su testamento antes de su pasión.

Como se ve, todo esto trasluce un desencuentro tenaz, que hace ver la soledad creciente de Jesús cuando estaba en medio de los suyos. Y que hace ver el fracaso de Jesús que, a pesar de su perspicacia y su infinita paciencia, no consiguió que se abrieran a su propuesta.

Pero, complementariamente, esa distancia infranqueable, pone más al descubierto la prestancia enorme de Jesús, la calidad de su persona y la profundidad de su irradiación y atracción, ya que, como hemos insistido, los apóstoles no se van, no pueden ni quieren irse. Con Jesús se sienten constantemente desubicados, perplejos, retados; pero también se sienten acogidos de una manera absoluta, gratuita y, por tanto, acogidos tal como son. Se sienten llevados a dar lo mejor de sí. Y, sobre todo, sienten que el incomprensible Jesús es una referencia indispensable para sus vidas y sus personas. Saben que no pueden vivir sin la humanidad que brota de él¹⁸⁶.

Sin que sean capaces de verbalizarlo así, experimentan que con Jesús viven ya la vida eterna. La viven, aun en medio de todos los desencuentros, porque esa vida transcurre a un nivel infinitamente más hondo, al nivel que instaura su aceptación absoluta: la fe de Jesús en ellos, trasunto de la de Dios. Por eso también ellos responden con fe; no, fe en sus palabras, pero sí, en lo absoluto de su persona.

Esa fe se quebrará cuando al arrestar al Maestro, lo dejen solo, en manos de sus enemigos. Pero, ni aun entonces desaparece su fe. Por eso, cuando ya había pasado todo, cuando su Maestro aparecía ante todos, y en primer lugar ante ellos, como un Mesías fracasado, ellos, a pesar de su miedo, se vuelven a reunir. Es que, aunque su Maestro sea ya un difunto y, por tanto, no puedan tener ya más relaciones con él, ellos, incomprensiblemente, se siguen considerando los suyos. Más aún, al repasar una y otra vez su vida, le van dando la razón a Jesús: imperceptiblemente se van pasando a su perspectiva, van haciendo caso a su mensaje.

186 Sobre la incomprensión de los apóstoles, la fe de Jesús en ellos y su adhesión a pesar de todo, ver Aleixandre, oc.135-137

Están absolutamente convencidos de que por él había pasado el Dios de Israel, trayendo la salvación. Pero entonces chocaban con la evidencia de su derrota. Ellos no habían estado, como las mujeres, en el Calvario; ellos no habían podido abrirse, como el centurión, a lo que su muerte había tenido de consumación. Para ellos era sólo derrota y, como le había dicho Pedro a Jesús cuando les anunció su muerte, seguían pensando que Dios no podía permitirlo. Por eso estaban perplejos: seguros de que su vida había sido la del enviado definitivo de Dios y absolutamente escandalizados de su muerte.

Estando pasmados entre ambas evidencias que se anulaban mutuamente, llegó la noticia de las mujeres, que habían ido al sepulcro y lo habían encontrado abierto y lo habían visto vacío y aseguraban que un ángel les había dicho que había resucitado.

Ellos no es que no creían, como los saduceos, en la resurrección de los muertos sino que no se lo habían planteado porque no entraba en su horizonte. Era una de las cosas en las que se había estrellado la proclama de Jesús. Ahora, que les era proclamado por las mujeres, referido al Crucificado, no sabían qué pensar. No podían decir sí o no porque no podían pensarlo.

En esto, el propio Jesús se les dejó ver lleno de la gloria de Dios. Al verlo con sus llagas, al ver que era, sin duda, el Crucificado, pero vivo y transformado, penetrado por la gloria de Dios, se llenaron de alegría. Ya estaba resuelto el impasse: la cruz había sido la culminación de la misión y la consumación de la persona de Jesús. Dios no lo había salvado de morir sino de la muerte, del seno de la muerte, ya que, si lo hubiera salvado de morir, no lo habría salvado sino que le habría dado una tregua, o, si le hubiera arrebatado del mundo a su seno, lo habría salvado de los seres humanos, de ellos, y ni Jesús ni su Padre querían a Jesús solo, sino como Primogénito de los hermanos. La resurrección era la última palabra de Dios sobre Jesús y sobre su misión: en él, el Primogénito, toda la humanidad y toda la creación estaban ya en la comunidad divina; en Jesús había comenzado el reino de Dios que acabaría cuando, vencida ya la muerte, Jesús entregue el reino al Padre y Dios sea todo en todos.

Las apariciones fueron encuentros de fe. Jesús, recreado por Dios en su seno, con su misma gloria, con su mismo peso, con su misma densidad de ser, no puede ser visto por ojos mortales con una relación de sujeto a objeto, primero, porque Jesús no es ya un ser de este mundo y no está, por tanto, en el horizonte de lo visible, y, segundo, porque quien fuera capaz de verlo desde sí mismo tendría que tener su mismo grado de ser. Por eso Jesús se les dejó ver, es decir, los capacitó

para que lo vieran. La fe de Jesús en ellos, esa relación gratuita que había tenido siempre con ellos, ahora, en su nuevo estadio de humanidad gloriosa, capacitó a los discípulos para que se abrieran a él y él se les mostrara a su fe.

Como se ve, hablar de un encuentro de fe no es hablar de algo meramente interno, en el sentido de que sucede sólo dentro del propio individuo; es, por el contrario, referirse a la relación propiamente interpersonal, ya que la relación de fe es la relación estrictamente interpersonal: relacionarse desde la autorrevelación del otro. Entre seres de este mundo, que habitamos en el mismo horizonte, coexisten la relación de sujeto a objeto y la relación de persona a persona, y la pregunta es cuál prevalece. En el caso de las apariciones de Jesús resucitado, ya no se da la primera posibilidad, porque Jesús está en Dios y no es ya un ser de este mundo; por eso, sólo cabe con él la relación de fe.

Para el tema que nos ocupa, hay que tener en cuenta que las apariciones no son algo secundario respecto de la resurrección: un modo de informar de ella a sus amigos. Por el contrario, ellas forman parte de la resurrección. En efecto, la muerte de Jesús es, como vimos, la consumación de su relación de fe, tanto con su Padre como con nosotros. Como nos lleva en su corazón y no quiere ser salvado de nosotros, su Padre no puede arrebatarlo de este mundo y llevárselo a su seno. Como no puede hacer nada, Jesús tiene que morir sin ver la actuación salvadora de su Padre, sin signos; tiene que morir remitido, lleno de fe, a su actuación después de la muerte. Jesús muere, pues, consumando su fe en su Padre y en nosotros. Muere como nuestro Hermano. Si su Padre resucita a nuestro Hermano, la aparición a los que se han quedado huérfanos, sin el Hermano mayor que era la vida de su vida, es un aspecto esencial de su resurrección. Si no tiene ningún hermano, el Padre no ha resucitado al Hermano. Las apariciones son la constitución definitiva de esa fraternidad en Cristo. Por eso una aspecto fundamental de ellas es el envío del Espíritu de hijos, que nos constituye en hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano universal. Así los capacita para expandir esa fraternidad universal.

16. DICHOSOS LOS QUE CREEN SIN HABER VISTO (JN 20,29)¹⁸⁷

Tomás no estaba reunido cuando Jesús se apareció a sus compañeros. Ellos le daban testimonio de que lo habían visto resucitado, Pero él no los creía. Se

187 Mateos-Barreto,oc,873-882; Léon-Dufour,oc IV,199-206,215; Brown,oc XIII-XXI,1363-1370; Barret,oc,875-876; Castro, *Evangelio de Juan*. DDB, Bilbao 2008,359-360); Tilborg, oc,416-422

había quedado tan impactado por la conciencia de que Jesús había muerto como crucificado, que les aseguró que no creería hasta que no viera las llagas de la tortura y no metiera el dedo por el agujero de los clavos y la mano por la hendidura del lanzazo en el costado. A la semana se apareció de nuevo Jesús, les dio la paz y dirigiéndose a Tomás le dijo que hiciera lo que había dicho para asegurarse de que Dios lo había resucitado¹⁸⁸. Pero él, echándose a sus pies, confesó: “Señor mío y Dios mío. Jesús le dijo: ‘has creído porque me has visto. Dichosos los que, sin ver, crean’”¹⁸⁹.

Si, como hemos visto en la vida de Jesús, tanto en sus paisanos, como en los jefes, como en los mismos discípulos, como en el dignatario rico, cuesta tanto creer en él viendo lo que Jesús decía y hacía ¿cómo podremos creer sin verlo?

Es posible creer a las personas sin ver ni conocer aquello de lo que tratan. Eso es lo que hacemos normalmente: lo que conocemos por nuestra propia experiencia es muchísimo menos que aquello a lo que damos crédito por lo que nos dice gente que consideramos fehaciente. Casi todo lo sabemos de este modo: por la fe que damos a otros, a través de libros, de la televisión, de internet, de lo que nos cuentan de viva voz. Sin creer a otros no podríamos vivir. A unos creemos más, a otros menos, a unos les creemos una cosa, a otros otra, damos más crédito o retiramos nuestra confianza, pero siempre, en un grado variable, creemos.

Ahora bien, eso es creer a las personas, pero ¿se puede creer en ellas sin una experiencia íntima a través de la cual se haya comprobado que son fehacientes? ¿Puede creer un hijo en su mamá, sin esa experiencia diaria en la que experimenta su amor constante? ¿Puede creer un varón en una mujer hasta el punto de hacerla su esposa, sin ese contacto íntimo prolongado? ¿Pueden unas personas llegar a hacerse amigos del alma de manera que se entreguen mutuamente, sin experimentar cada uno que la amistad es sólida, que el amigo es confiable?

¿Cómo puede decir el Resucitado: dichosos quienes crean si haber visto? ¿No es eso creer a ciegas? ¿Es eso humano? ¿Es, siquiera, posible?

188 “Se subraya un solo aspecto: la persona que los discípulos han visto ¿es realmente Jesús que ha colgado en la cruz? (...) Sólo la identidad de Jesús es lo que está en juego aquí” (Tilborg oc 417). Castro oc 360

189 Para Tilborg es muy probable que esta frase “en primer lugar, guarde relación con el discípulo amado (...) ‘vio la tumba vacía y creyó’ como un modelo para los creyentes posteriores” (oc 420). “Al consignar estas palabras de Jesús, Juan quiere decir que también los sucesores de los discípulos pueden acceder a la fe como ellos, y que esa fe los coloca al mismo nivel de bendición que a los testigos oculares o incluso a nivel más alto” (Barret oc 875)

Crear en el sentido fuerte que lo dice Jesús, creer en él como el enviado último y absoluto de Dios, como nuestro salvador, como la vida de nuestra vida, no es posible sólo porque alguien nos hable de él, aunque nos hable muy bonito. Y si alguien cree de ese modo es que está encantado y, por tanto, de algún modo enajenado, y de esa manera no se puede creer ya que no sería una entrega consciente y libre sino bajo el influjo de esa sugestión, que tiene algo de ilusoria, al menos en el sentido de que no contiene la realidad a la que hace referencia sino sólo una referencia fascinante; eso, en el caso de que todo lo que diga sobre la persona sea verdad.

La referencia a Jesús, que nos hace una persona, puede ser un impulso para ponernos en contacto con él, pero no sustituye al contacto. Por ejemplo, cuando Andrés se encontró con su hermano Simón después de haber estado con Jesús, estaba tan contento, que dio testimonio de él; pero no pretendió que se convenciera por sus palabras. Por eso le añadió: “ven y lo verás”. Lo mismo, la samaritana a sus vecinos; ellos la creen por la transformación que ven en ella, pero, tras la experiencia de Jesús, creen que él es el salvador del mundo. Pero, si ahora no puede decirse eso porque Jesús no está aquí, si está en el seno del Padre ¿cómo vamos a tener el contacto personal indispensable para entregarnos en fe a él?

Para aclararnos del proceso que conduce a la fe después de la resurrección y cuando ya no se dan las apariciones iniciales que desataron el proceso¹⁹⁰, vamos a poner el caso de los apóstoles cuando empiezan a proclamar a Jesús en Jerusalén o cuando Pedro y Juan dan testimonio de Jesús ante el sanedrín. Mientras vivía Jesús, todos los habían visto alrededor de Jesús como comparsas, pero infatuados por su cercanía a Jesús, creyéndose con una densidad humana que no tenían. Estaban ilusionados, encantados, y, como vimos, Jesús no fue capaz de sacarlos de su engaño, porque esa vida en la intimidad del Mesías, les resultaba muy emocionante. Pero cuando apresaron a Jesús, se esfumó su prestancia. Pedro, que seguía pensando que la tenía, tuvo que sufrir en carne propia la decepción de haberlo negado cuando llegó la hora de la verdad. Así pues, los de Jerusalén y en particular los jefes, sabían de la poca consistencia de los discípulos.

190 Barret, después de haber destacado que los que venimos después no estamos en un rango inferior a los primeros, complementa diciendo que tampoco “es verdad que los primeros apóstoles carecieran de una importancia capital y única; porque, de hecho, las futuras generaciones llegaron a la fe por la palabra de esos testigos (17,20) es decir, en la palabra apostólica es donde las generaciones futuras encuentran a Jesús resucitado y acceden a la fe” (oc 876). Lo mismo, extensamente, Brown oc 1367-1369

Y de pronto los ven hablar con la misma prestancia del Maestro. Era un cambio tan cualitativo, los dejó tan admirados, que cuando dijeron que se debía a que habían visto a Jesús, resucitado por Dios, no les pidieron pruebas, porque suficiente prueba era una transformación tan positiva. Lo mismo sucedió a los sanedritas: cuando los oyeron hablar, se quedaron tan admirados, que los hicieron salir y se pusieron a cavilar qué iban a hacer con esos hombres que eran idiotas, es decir atentos a su vida particular, e iletrados, y, sin embargo, les hablaban de tú a tú, razonable y fehacientemente, como si tuviesen incorporado a su Maestro.

¿Qué significan estas escenas? Que los que se convierten en Jerusalén lo hacen no sólo ni principalmente por el testimonio verbal de los apóstoles sino por percibir en ellos el Espíritu de su maestro. Y por la misma razón no los castigan los sanedritas. Ahora bien, pueden percibirlo porque también actúa en ellos.

Eso significa que el testimonio cristiano sólo es fehaciente cuando lo da alguien con el mismo Espíritu de Jesús, con el Espíritu de Jesús resucitado, y cuando la persona que escucha se abre al mismo Espíritu. Por eso Jesús reprocha a Tomás por no creer en el testimonio de sus compañeros, un testimonio dado con el mismo Espíritu del Resucitado. Aunque finalmente Tomás va más allá de lo que ve: él es el que hace la confesión de fe con la que culmina el evangelio y que lo recapitula¹⁹¹.

Es cierto que, como había dicho Jesús, creemos sin ver; pero no, sin la experiencia de su Espíritu. Hay, pues, una discontinuidad: nosotros no vemos al Resucitado, mejor dicho, el Resucitado no se deja ver; ya no hay apariciones. Eso es lo que quiere destacar esa bienaventuranza que Jesús proclama para nosotros. Pero hay también una continuidad de fondo: el Espíritu entregado, que forma parte de la Pascua, que no es, pues, una consecuencia de la resurrección sino que forma parte de ella¹⁹². O, si se prefiere, la Pascua, que es un acontecimiento unitario, tiene

191 Brown, que estudia detalladamente la fórmula *Señor mío y Dios mío*, anota que “ésta es, por consiguiente, la suprema afirmación cristológica del cuarto evangelio” “No es de extrañar que la profesión de Tomás sea lo último que dice un discípulo en el cuarto evangelio (...) Nada más profundo cabía decir de Jesús” (oc 1365,1366). “En segunda instancia Tomás responde también en el plano de la fe. En su respuesta a la invitación de Jesús, de sentirlo y tocarlo, Tomás va mucho más allá de lo que es visible. Proclama la última confesión del libro: ‘Mi Señor y mi Dios’” (Tilborg oc 417). Castro subraya la acción del Espíritu: “La confesión de la divinidad de Jesús no puede surgir ni siquiera de esa comprobación. Es un don del Paráclito que descubre la identidad más íntima y honda de Jesús en el corazón de los discípulos” (oc 360)

192 “Este segundo tipo de fe no descarta el signo o la aparición de Jesús resucitado, pues la utilización de lo visible es consecuencia inevitable de que la Palabra se haya hecho carne. Mientras Jesús permaneció entre los hombres había que llegar a la fe a través de lo visible. Ahora, al final

tres lenguajes que enfatizan tres aspectos conectados: la resurrección, que alude a la recreación de Jesús por parte del Padre con su misma gloria; la exaltación, que indica la subida para sentarse a su diestra, es decir, su condición de Señor de cielos y tierra; y el envío del Espíritu para proseguir su misión de hacer de este mundo, que asesina a los enviados de Dios, el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios.

Se da, pues, fe al testimonio, si el testigo está movido por el mismo Espíritu de Jesús y si el que escucha se abre a la moción del Espíritu. La fe en Jesús no se propaga en base a operativos propagandísticos o a la compulsión de fanáticos o fundamentalistas o entusiastas. De ese modo se provocan adhesiones a un grupo y a su referente mítico; pero no fe, que es un encuentro de libertades, de libertades liberadas y que, por tanto, sólo puede acontecer ante el testimonio razonable de un testigo vivo de Jesús, es decir, animado por su mismo Espíritu, un Espíritu, hemos venido insistiendo desde el comienzo, que no se impone por su insistencia machacona ni, en el extremo opuesto, por cualidades eximias, sino por su calidad humana, trasciende por su humanidad consumada.

LOS SACRAMENTOS DE JESÚS

Hemos asentado que la posibilidad actual de fe está ligada a la proclamación de Jesús que llevan a cabo testigos imbuidos de su mismo Espíritu. Esta posibilidad se concreta cuando el que escucha, escucha con fe, fe posibilitada, no sólo por el Espíritu que impulsa a los testigos sino por secundar los oyentes al movimiento del Espíritu, que también alienta en ellos.

Esto es lo básico; pero además, complementariamente, existen hoy presencias simbólicas de Jesús, que demandan nuestra fe y a las que podemos y debemos dar fe. Vamos a explicar esta posibilidad abierta para los que no convivimos con él mientras anduvo en nuestra tierra.

Actualmente no vemos a Jesús porque, como dijo el ángel a las mujeres, “no está aquí”. Vive, resucitado, en la comunidad divina. Pero sí existen sacramentos de su presencia. Los sacramentos son presencia real en la ausencia real: como no está en su persona, está realmente en el sacramento. En eso consiste esa presencia que hemos calificado de simbólica. Por tanto, además de la presencia del Espíritu

del evangelio otra actitud se hace posible y necesaria. Es la era del Espíritu o de la presencia invisible de Jesús (14,17) y ha pasado el tiempo de los signos y las apariciones (...) lo uno lleva a lo otro” (Brown oc 1369)

en los testigos, si nos podemos relacionar en fe realmente con él, presente en sus sacramentos.

Los sacramentos de Jesús (no hablamos de los de la Iglesia) son cuatro y están orgánicamente imbricados. El primero tiene un carácter absoluto y atemático, es decir, que es independiente de la conciencia que se tenga sobre él. Jesús es servido o dejado de servir en los pobres. Y de servirlo o no servirlo en ellos depende la suerte eterna. Al ser atemático no implica fe explícita; aunque la relación de servicio sí tiene que implicar la fe en aquellos a quienes se sirve: si, de hecho, se sirve en ellos a Jesucristo, se los tiene que servir como a personas y no como a clientes en el sentido romano: necesitados a los que se da para hacerlos dependientes. O sea, que, al ser un sacramento atemático, la fe, necesaria en todo caso, se ejerce aquí con los mismos pobres, lo que implica que la atención ha de ser personalizadora, lo que no equivale a cálida, ya que el tono cálido puede ser una táctica para enfeudar más a fondo, que entraña una enorme falta de respeto, aunque el implicado no lo note y esté, por el contrario, entusiasmado, como también puede estarlo, al menos hasta cierto punto, el entusiasmador.

El segundo sacramento alude a las relaciones que constituyen al pueblo de Dios en cuerpo de Cristo: él está en medio de los discípulos misioneros; no en medio como un lugar, ya hemos dicho que no está aquí, sino en lo que los media. Está entre los convocados enviados. Así pues, si entre ellos no hay relaciones constituyentes porque están en el mismo lugar, pero cada quien anda buscando lo suyo, no se hace presente Jesús, ya que son las relaciones las que lo hacen presente. Pero no cualquier relación: sólo las que construyen la fraternidad de las hijas e hijos de Dios. Por eso quedan excluidas las relaciones no mutuas, las relaciones verticales, las fundamentalistas, ya que en todas ellas el vínculo no es la fraternidad; como también las corporativas, porque la fraternidad es de carne y sangre, ya que es cerrada, no, la de las hijas e hijos de Dios.

En este segundo sacramento también entran todas las relaciones sociales que contribuyen a hacer de este mundo el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios porque también son ellas relaciones en el nombre de Jesús, que no se restringe a su nombre propio sino a la causa del reinado (que es la acogida de Dios, que en Jesús se acerca como Padre de todos y nos hace a todos sus hijos y, por tanto, hermanos entre nosotros) como único camino hacia el Reino.

En este sacramento la fe en Jesús se ejercita como fe en los demás desde el Espíritu de Jesús. Si uno quiere salirse con la suya o sólo busca lo que le interesa, no hace presente a Jesús en las relaciones con los hermanos.

El tercer sacramento es la presencia real de Jesús como Maestro, cuando los discípulos abiertos a los pobres y convocados como condiscípulos fraternos, escuchan la Palabra, sobre todo, los evangelios, como discípulos, más aún, como condiscípulos, es decir, no tratando de que los evangelios convaliden sus propias tesis y opciones vitales sino abriéndose a lo que nos quiera decir el Maestro en ellos, para dirigir por ellos la vida. Es lo que hemos tratado de hacer a lo largo de esta presentación, que, por eso, está abierta a lo que se nos pueda argüir que es cosecha propia y no escucha obediente a la Palabra que es el Señor Jesús.

Este sacramento es el tesoro escondido de muchas comunidades cristianas populares, en Nuestra América, en las que nunca falta gente no popular solidaria con ellos, y también de las comunidades cristianas de solidarios.

Ahora bien, la perspectiva discipular exige un método: como los evangelios son de otra época y de otra cultura, es preciso gastar no poco tiempo en trasladarse a ellos para ver qué quieren decir. No se puede comenzar por qué me dicen a mí, qué me ha llamado la atención. Con este método uno se dice a sí mismo lo que quiere oír con el espejo de la lectura. Hay que hacer el esfuerzo, en el que insiste Ignacio en sus Ejercicios Espirituales, de hacerse presente a la escena y para lograrlo no se puede proyectar sobre ella nuestro horizonte, nuestra mentalidad, nuestras valoraciones. Hay que hacerse cargo de lo que sucedía en aquel tiempo y en aquel lugar. En eso consiste la fe: en abrirse, en escuchar, en no querer proyectarnos sino en dar lugar. Ésa es la actitud de fe, la actitud discipular, imprescindible para contemplar los evangelios y toda la Biblia, que, para nosotros, ha de ser contemplada desde ellos.

El cuarto sacramento es la culminación de los otros tres, pero lo es porque los contiene; en caso contrario, ni siquiera es sacramento. Es la Cena del Señor: Jesús se hace realmente presente en el pan y en el vino cuando la comunidad que se lleva mutuamente y está estructuralmente abierta a los pobres y ha escuchado discipularmente la Palabra, acepta alimentarse del cuerpo del Señor (de su persona) y de su sangre (de su vida), para que, viviendo de ella, haga lo mismo, es decir, para que sea capaz y quiera hacer lo mismo que el Señor: dar a otros esa vida y esa persona que ha recibido, como único modo de permanecer en él.

Como decimos después de hacer memoria de él, después de repetir su invitación: “éste es el sacramento de nuestra fe”. Dar fe es aceptar que, viviendo del Señor, que se nos entrega realmente, vamos a ser capaces de hacer lo mismo: proseguir su historia hasta que venga.

Con esto creemos haber presentado el panorama de lo que significa la fe en Jesús de Nazaret, según los santos evangelios, que, como dice el concilio, son la fuente de la proclamación y de la vida cristiana: “es menester que toda la predicación eclesiástica, así como la religión cristiana misma, se nutra y rijan por la Sagrada Escritura” (*Dei Verbum* 21). Nuestro mayor deseo es que la presentación haya contenido algo del mismo Espíritu del propio Jesús, con el que se escribieron.

Desde la narratividad evangélica la fe en Jesús se da en personas necesitadas, bien personalmente, bien en una persona querida cuya situación no pueden resolver ellas mismas: En el caso del parálítico, el cariño hacia su amigo les lleva hasta Jesús como el que puede llegar hasta donde ellos no llegan. En el de la mujer con flujo de sangre, la fe en Jesús la saca de su muerte en vida. En el de Jairo, saca a su hija de las garras de la muerte. En el caso del centurión es el dolor por el sufrimiento de su criado el que lo lleva hasta Jesús. En el de la sirofenicia es el cariño hacia su hija y el sufrimiento de verla poseída por el demonio la que no sólo la lleva hasta Jesús sino hasta reinterpretar sus palabras, de buenas a primeras tan ofensivas, de manera que él llegue a captar que tiene sentido en los planes de su Padre que la cure. En el caso de la pecadora pública es la necesidad de ser acogida por el hombre de Dios y acabar así con tanto desprecio, la que lo lleva al desafío de llegarse hasta él en casa de los que más la despreciaban en el pueblo. En el caso de la samaritana es el propio Jesús el que se llega hasta esta mujer, sedienta de amor y aprecio, para con su fe estimular la suya en un diálogo ascendente de fe en el que Jesús llega hasta la máxima revelación de sí y la mujer hasta hacerse un testigo fehaciente de Jesús. En el caso del padre del niño poseído por un espíritu es también el propio Jesús el que mediante un diálogo de fe logra que el padre asuma el problema de su hijo y confíe en que la fe de Jesús supla lo que falta a la suya. En el caso del leproso samaritano es su posición doblemente excéntrica respecto de Jesús, ya que es leproso y samaritano la que posibilita que pase de la fe a Jesús a la fe en él. El ciego que estaba al borde del camino se queda tan contento de la atención personal que le dispensa Jesús en medio de tanta gente que, curado, lo sigue personalmente. El ciego de nacimiento, asíéndose de la experiencia de Jesús que le da el dejar que le ponga el emplasto en los ojos y obedecer sus indicaciones de lavarse en Siloé, es capaz de dar testimonio de él ante los jefes judíos con tal clarividencia que al quedarse sin argumentos no tuvieron más remedio que echarlo.

TU FE TE HA SALVADO

Sus paisanos no creen en él (Mc 6,1-6)

2. Los discípulos se dejan llevar por el miedo porque les falta fe (Mc ,40)
3. La fe como proceso: de la fe de los amigos, al perdón como superación de la resignación a la enfermedad y deseo de ser curado (Mc 2,1-12)
4. La fe como relación mutua: la mujer toca el manto de Jesús y Jesús la presenta en sociedad como bendecida por Dios (Mc 5,25-34)
5. La fe del centurión en Jesús como dispensador plenipotenciario del poder benéfico de Dios (Lc 7,1-10)
6. La fe que busca entender logra que Jesús se abra a posibilidades que no había contemplado (Mt 15,21-31)
7. La fe en Jesús salva a la pecadora y le da la paz (Lc 7,36-50)
8. De la fe en Jesús, a convertirse en una persona feaciente (Ln 4,5-42)
9. La dificultad de suscitar la fe y la fe supletoria de Jesús (Lc 9,14-29)
10. Creer a Jesús y creer en Jesús: la fe que sana y la fe que salva (Lc 17,11-19)
11. El salvado por la fe, se convierte en seguidor (Mc 10,46-52)
12. Los representantes del templo y la Torá no reciben a Jesús porque no es del aparato (Mc 11,1-11; Mt 21,10-11; Lc 19,41-44)
13. El ciego de nacimiento curado por Jesús, se convierte en testigo feaciente
14. El experto en tortura confiesa a Jesús por el modo como la ha vivido, una experiencia límite, absolutamente paradójica
15. Fe y falta de fe en los discípulos. Las apariciones como encuentros de fe para la misión
16. Dichosos los que creen sin haber visto (Jn 20,29)

Cediter

UCAB-ITER
CENTRO DE ESTUDIOS A DISTANCIA
Formarse para la vida – Estudios a distancia



INFORMACIÓN SOBRE LOS CURSOS

1. JUSTIFICACIÓN

La formación de los laicos debe ser gradual, integral, continua y progresiva: desde la catequesis inicial hasta la profundización en los misterios de la fe y la iluminación, desde la Sabiduría, de todo el saber humano. La formación, tiene que adecuarse permanentemente a las exigencias de los tiempos y preparar a los creyentes para el testimonio de vida (CPV, El Laico católico, fermento del Reino de Dios en Venezuela, N° 72).

2. OBJETIVO DEL CURSO

El Centro de Estudios a Distancia del ITER, en asociación con el Instituto Internacional de Teología a Distancia (IITD) de Madrid, ofrece con el Plan de Formación Básica, a los laicos comprometidos, la oportunidad de profundizar en el conocimiento de la fe que les lleve a potenciar una acción pastoral cualificada en sus Iglesia locales y a una presencia testimonial en la sociedad en que viven.

3. FORMACIÓN BÁSICA: Cuatro semestres.

Seminarios opcionales: Uno por semestre.

4. ESPECIALIZACIÓN: Dos semestres.

5. TITULACIÓN: Diploma en Formación básica pastoral.

6. RÉGIMEN ACADÉMICO

- Estudios a distancia mediante un texto para el autoaprendizaje y prueba de evaluación a distancia.
- Asesoría personalizada por correo electrónico, por teléfono o en la oficina.
- Tutorías mensuales, día sábado de 8.30 am a 1.00 pm según calendario.

7. INFORMACIÓN

En la oficina del CEDITER: teléfono 0212- 808 7526 (lunes a viernes de 9 am a 1 pm). Dirección: 3ª avenida con 6ª transversal – Altamira – Caracas. Correo electrónico: cediter@ucab.edu.ve.